Los Hollister



26

Y EL MISTERIO DEL CENTRO COMERCIAL

JERRY WEST

La familia está emocionada con la llegada de «Domingo», el burro de Nuevo Méjico, más cuando descubren que lleva una nota firmada por Y. I. F., que les llevará hacia un nuevo misterio. Estando la Navidad cerca, los Hollister planean algo especial para usar a «Domingo» y repartir regalos entre los niños pobres de la ciudad.





Jerry West

Los Hollister y el misterio del Centro Comercial

Los Hollister - 26

ePub r1.1

nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters And The Trading Post Mystery*
Jerry West, 1954
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UN MENSAJE MISTERIOSO



—¡Mamita, por la puerta principal está entrando un «catero» de telegramas! —gritó la rubita Sue Hollister, que había entrado corriendo en la cocina, con su gato «Mimito» en brazos.

Impaciente, empezó a dar tirones de la mano de su madre, insistiendo:

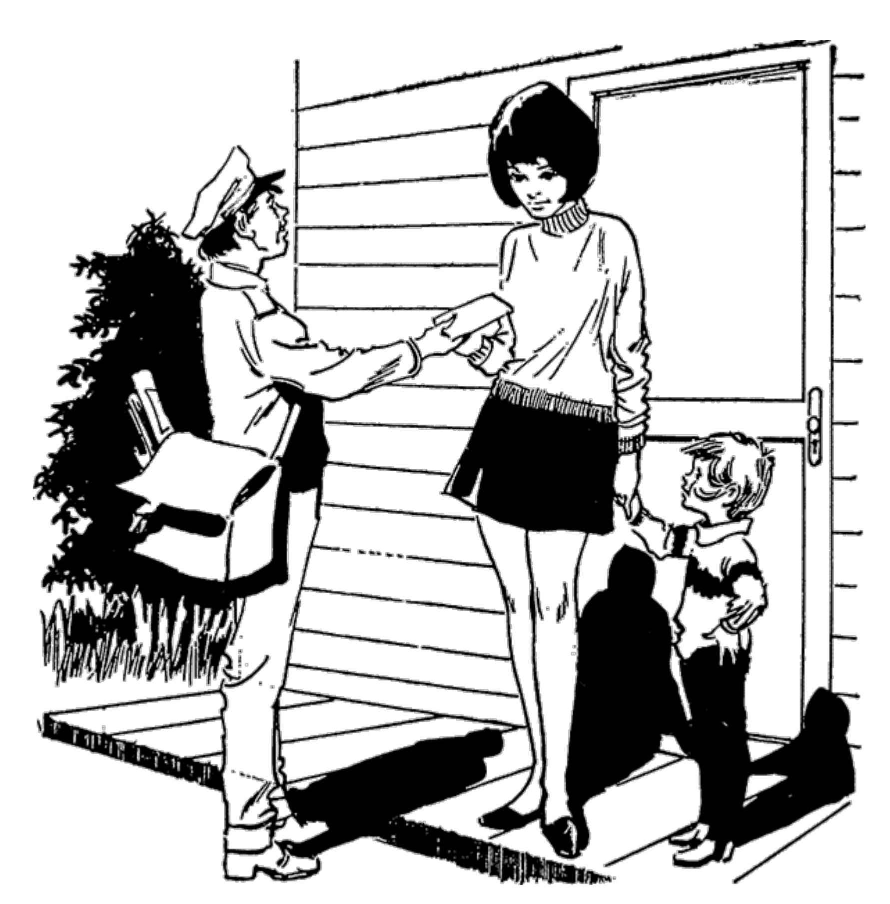
—¡De prisa! ¡Debe de ser muy «portante»!

La señora Hollister sacó del horno una bandeja de dulces y fue con su hija hasta la entrada.

—Telegrama para la señorita Sue Hollister —dijo el muchacho, sacando un sobre amarillo del bolsillo de su chaqueta.

La señora Hollister tomó el sobre, dio las gracias al repartidor y cerró la puerta, porque era diciembre y soplaba un fuerte viento.

—¿Qué es, mami? —preguntó Sue, dando saltitos en torno a su madre.



—No tengo la menor idea —contestó la guapa señora Hollister —. ¿Por qué no lo abres?

Sue dejó el gatito en el suelo, con toda delicadeza, y tomó el sobre con sus manitas gordezuelas. Abrió el telegrama, se lo tendió a su madre y pidió:

—Léelo, mamita.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de la madre cuando ojeó el papel.

—Es del señor Vega.

—¿El señor Vega, aquel que visitamos en el Oeste, este verano?

—Sí. Y ¿recuerdas que prometió regalarnos un burro?

—¿«Domingo»?

—Eso es. Pues el señor Vega nos envía a «Domingo» por avión. Llegará al aeropuerto de Shoreham mañana a las diez.

Sue estaba tan entusiasmada que gritó y dio varias zapatetas. Luego, al quedarse quieta, dijo a su madre:

—Es mi primer regalo de Navidad de este año.

Cuando, unos meses atrás, la familia Hollister visitó Nuevo Méjico, estuvieron viviendo con los señores Vega y sus hijos Diego y Dolores. Los Vega tenían siete burros, cada uno con el nombre de un día de la semana. A Sue le agradó «Domingo» en especial, al que a veces llamaba «Dominguito», y el señor Vega le dijo que podía quedárselo como regalo de él. Pero había transcurrido tanto tiempo que todos creían que el señor Vega se había olvidado de enviarlo.

Sue estaba deseando poder contar la novedad a sus hermanos. Y cuando oyó sus voces en el porche posterior, así como los pasos en el suelo de las botas para la nieve, corrió al encuentro de Pete, Pam, Ricky y Holly, Unos instantes después todos entraban apresuradamente en casa.

—¡Qué contenta te veo, Sue! —comentó Pam, morena de once años.

—¡Canastos! ¿Qué es lo que pasa? —preguntó el pelirrojo Ricky, de siete años, al quitarse la capucha y ver el telegrama en manos de Sue.

—Una «sorpresa».

Holly, de seis años, se retorció las trencitas y esperó, mientras Pete, un muchachito de doce años, con el cabello cortado a cepillo y una sonrisa franca y simpática, decía:

—Anda, Sue, ¿cuál es tu gran secreto?

—¡«Domingo»! ¡Vamos a tener al burrito «Domingo»!

—¿Cómo? —preguntaron los otros, a coro—. ¿Cuándo?

—Mañana por la mañana —replicó Sue, añadiendo que el animal llegaría por avión.

—¡Qué lío! —murmuró Ricky—. ¿Cómo vamos a meterle en casa?

—¿Y dónde dormirá «Domingo»? —comentó Pam.

—En mi cuarto, claro —contestó Sue, muy decidida.

Todos sus hermanos se echaron a reír.

—Me temo que «Domingo» tendrá que vivir al aire libre —dijo la señora Hollister.

—¡Ya sé! —dijo Pam—: Podemos construir un establo para

«Domingo» en el garaje. Es bastante grande.

Durante los minutos siguientes, todos hablaron a un tiempo del estupendo regalo. Hasta que la señora Hollister dijo:

—Supongo que Pete y Ricky buscarán una solución para traer a «Domingo» desde el aeropuerto a casa, y las niñas le prepararán un lugar para dormir.

Las tres hermanas fueron al garaje, que estaba algo separado de la bonita casa que habitaba la familia a orillas del Lago de los Pinos. Entre tanto, los dos chicos saltaron la baranda del porche y estuvieron hablando.

—¿Se te ocurre alguna idea para traer a «Domingo» desde el aeropuerto, Ricky? —preguntó Pete.



—Lo que nos haría falta es un remolque —replicó el pecoso.

Al oír estas palabras, Pete exclamó, jubiloso:

—¡Eso es! Y sé dónde hay uno. Vi un remolque frente al Servicio

Estación de Keck, el otro día.

—Entonces, ¿a qué esperamos? Vamos a telefonearle —propuso el pecoso, poniéndose en pie de un salto.

Cuando el señor Keck, quien se ocupaba de hacer todas las reparaciones del señor Hollister, supo lo que Pete necesitaba, se echó a reír y dijo que, sin duda alguna, los dos hermanos podían llevarse prestado el remolque para transportar el burro a casa.

—Voy a llamar ahora mismo a la tienda, para hablar con papá —decidió Pete.

Y marcó el número del Centro Comercial, la tienda donde se vendían juguetes, artículos de ferretería y objetos deportivos, situada en la zona comercial de Shoreham. Un momento después, el padre se ponía al aparato.

—Hola, papá. Tenemos una gran sorpresa —dijo Pete, contando a su perplejo padre lo relativo al burro «Domingo»—. Y ya sé cómo transportarlo desde el aeropuerto.

El muchachito explicó, también, el gentil ofrecimiento del señor Keck.

—Ésta es una gran noticia —afirmó el señor Hollister, riendo de buena gana—. Ya me disponía a marchar. ¿Qué os parece si os reunís conmigo, dentro de diez minutos, en el establecimiento del señor Keck, y me ayudáis a enganchar el remolque a la furgoneta?

Los dos muchachos salieron a toda prisa de su casa, hacia la gasolinera del señor Keck. Llegaron en el momento en que el señor Hollister frenaba allí su furgoneta. El padre de los Hollister era un hombre alto y atractivo, de risueños ojos castaños.

Todos se pusieron al trabajo de enganchar el remolque. Luego, después de dar las gracias al señor Keck, los dos muchachitos marcharon con su padre en la furgoneta. Cuando se detuvieron en el camino del jardín, Ricky fue el primero en bajar para ir a abrir la puerta del garaje. Cuando la puerta empezó a subir, el pecoso gritó, sorprendido:

—¡Canastos! ¿Qué es esto?

Bloqueando la entrada al garaje había un gran montón de paja. De pronto, de entre aquel montón salieron Pam y Holly.

—¡Mirad lo que hemos hecho para el burro! ¡Una cama! —anunció Holly.

—Es mejor que os apartéis para que papá pueda meter el coche —aconsejó Ricky—. Vamos. Yo os ayudaré.

—Podemos hacer un pesebre de verdad —propuso Pete—. Iré al sótano a buscar algunas cajas vacías.

Los otros le ayudaron a transportar y alinear los cajones alrededor de la paja.

—¡Huy! Si parece un pesebre de verdad —murmuró Pam—. Estoy deseando tener a «Domingo».

Al día siguiente, sábado, los cinco hermanos se levantaron más temprano que de costumbre. Antes de desayunar, incluso, ya salieron a hablar de «Domingo» a sus amigos. A las nueve, el señor Hollister, que había ido a abrir el Centro Comercial, volvió.

Los niños le estaban esperando y la señora Hollister ya se había arreglado y sólo tuvo que ponerse un grueso abrigo. La familia se alejó en la furgoneta.

Los caminos estaban cubiertos de una gruesa capa de nieve, que había caído unas semanas atrás, y les costó casi media hora llegar al aeropuerto, que se encontraba a varios kilómetros al norte de la población. El señor Hollister detuvo la furgoneta ante el edificio central y Pam y Pete entraron a preguntar sobre el vuelo 322. Una joven que estaba tras el mostrador, sonrió a los dos hermanos.

—El avión llega puntual —dijo—. Y supongo, por lo nerviosos que os veo, que sois los niños que están esperando el burro. —Cuando los Hollister dijeron que sí, la empleada explicó—: Hace una hora, el piloto nos ha hablado por radio de vuestro animalito.

Pete y Pam salieron en seguida para hablar con los demás.

Mientras esperaban, pudieron ver varios aviones que tomaban tierra. Al cabo de un rato, el señor Hollister miró su reloj y dijo:

—Falta un minuto para las diez.

Todos guardaron silencio entonces.

Un instante después, Holly cuchicheaba:

—Creo que lo oigo llegar.

¡Claro que sí! El zumbido del motor del avión fue haciéndose más sonoro cada vez.

—¡Ahí está! —gritó Ricky, señalando el gran aparato que describía círculos, disponiéndose a tomar tierra.



Cuando las ruedas del gran aparato de mercancías rozaron la pista, los Hollister bajaron de la furgoneta.

Pam acudió a un empleado para preguntarle:

—¿Podemos ir todos a buscar a nuestro burrito?

—Sí. En cuanto se detengan los motores.

Pam tomó a sus dos hermanitas de la mano y las tres corrieron alegremente hacia el avión. Pete y Ricky se adelantaron. Cuando el señor y la señora Hollister se acercaron, el copiloto estaba bajando una rampa desde la parte posterior del avión.

—¡Ahí viene «Domingo»! —chilló Sue.

—¡Lleva una cinta roja al cuello! —observó Pam.

Mientras el burrito negro, ensillado y embridado, posaba sus patas en la pista, los niños corrieron a abrazarle. El animal parecía acordarse de ellos y rebuznó sonoramente. Pete notó que había una

nota sujeta a la cinta roja que adornaba el cuello de «Domingo».

—Es un verso —dijo. Y leyó, en voz alta:

SI ME CUIDAS CON ATENCIÓN,
TE QUERRÉ DE…

Y. I. F.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Sue a su padre.

—No sé. Vosotros, hijos, ¿recordáis algo que dijesen los Vega, que pueda ser una pista?

Pam movió de un lado a otro la cabeza, y luego preguntó:

—¿Qué rima con atención?

—Camión, biberón, corazón… —dijo Pete.

—¡Corazón! ¡Eso es! —exclamó Ricky—. «Si me cuidas con atención, te querré de corazón».

—Ahora sólo nos falta saber quién es Y. I. F. —suspiró Pam.

Sue acompañó el burro al remolcador y dos empleados del aeropuerto ayudaron al señor Hollister y sus hijos a colocar sobre él a «Domingo». Le ataron el ronzal a una argolla metálica. «Domingo», alarmado por tan extraños sucesos, quiso libertarse. Pete decidió viajar con el burro en el remolque, y la presencia del chico calmó un tanto al burro.

Los demás se instalaron en la furgoneta y contemplaron a «Domingo» por la ventanilla trasera, mientras el señor Hollister conducía, camino de casa. Al llegar, bajaron todos, apresuradamente, y Pete desató a «Domingo». Estaba el burro inspeccionando sus nuevos territorios y Pete se encargaba de quitarle los arreos, cuando «Zip», el hermoso perro pastor, llegó corriendo. Los dos animales se frotaron el hocico.

—¡Ya son amigos! —gritó Sue, entusiasmada.

En aquel momento, por el camino llegaban otros niños.

—Es magnífico —declaró, muy serio, un muchachito alto, de unos doce años. Era Dave Meade, un gran amigo de Pete.

Detrás llegaban Jeff y Ann Hunter, que vivían a unas manzanas de distancia de los Hollister, en la misma calle. Ann, de cabello negro y ojos grises, tenía diez años; y su hermano Jeff, ocho.

—¡Qué bonito es! —dijo Ann, acariciando al burro.

—¿Dónde lo vais a meter? —preguntó Dave.

—Le hemos hecho un pesebre en el garaje. Venid y veréis —invitó Pete.

Estaban conduciendo a «Domingo» a su hogar, en el garaje, cuando una nueva voz, gritó:

—¡Eh! ¿Qué pasa? Dejadme ver.

Pam suspiró. ¡Ya estaba allí Joey Brill! Joey era un chico antipático y mal educado, que iba a la misma clase que Pete, en la Escuela Lincoln. Era un chicarrón ceñudo y de hombros poderosos, que no había cesado de molestar a los cinco niños desde que la familia Hollister se trasladara a Shoreham. Ahora Joey se abrió paso, a codazos, entre los demás niños, hasta el garaje.

—¡Vaya caballo birrioso! —se burló.

—Si no es un caballo. ¡Es un burro! —le rectificó Sue.

Sin previo aviso, el chicazo propinó a «Domingo» una fuerte palmada en el flanco y dio un grito. El animal, asustado, salió a toda velocidad del garaje. Viéndose libre, corrió patio adelante, dirigiéndose derecho al helado lago de los Pinos.

—¡«Domingo» se está escapando! —lloriqueó Sue.

BUSCANDO UN PAPÁ NOEL



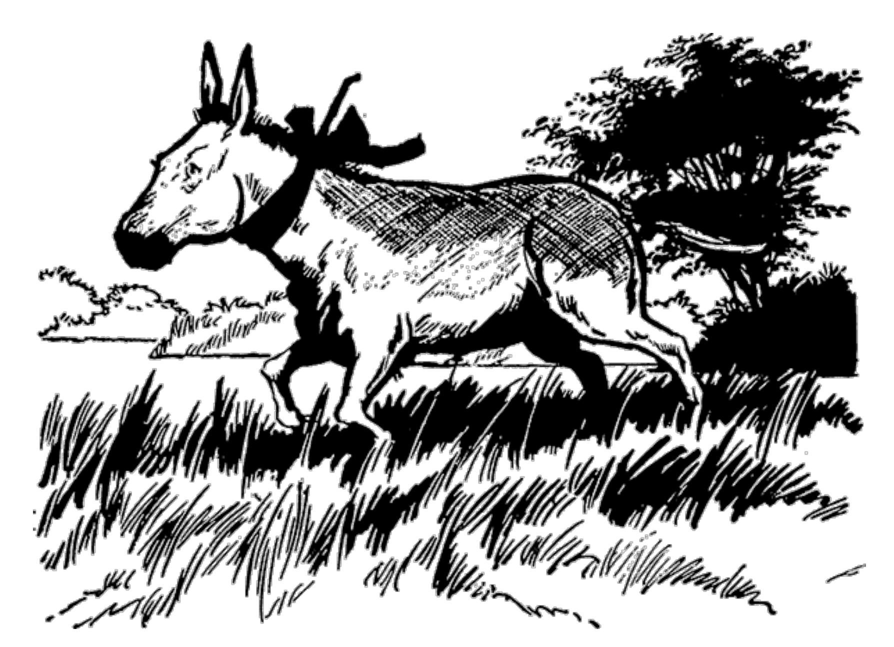
¡Pobre «Domingo»! ¡El burrito estaba tan aturdido que no sabía hacia dónde correr!

Al llegar a la orilla del lago, corrió un trecho horizontalmente, para luego meterse en el patio de los Smith. Todos los niños, menos Joey Brill, corrieron en su búsqueda. Dave Meade tiró de «Domingo» por la cinta roja, pero no consiguió más que desatársela. El burro se alejó de él.

—Por favor, espérate. ¡Espérate! —pidió Pam a voces.

Pero «Domingo» no hizo otra cosa más que levantar la cabeza y siguió corriendo.

—¡Se va hacia la caleta del pez Rueda! —gritó Ricky, sin aliento, pensando, esperanzado, en que alguno de los patinadores fuese capaz de cazar a «Domingo».



Cuando el asustado animal se abrió paso, a bandazos, se encontró ante un grupo de patinadores. Viéndole, ellos empezaron a reír, señalando al burrito. Esto pareció sorprender a «Domingo». Y antes de que hubiera podido decidir qué hacer, Pete llegó corriendo y le agarró por las bridas.

—Vamos, muchacho —dijo Pete, apaciguador—. Nadie va a hacerte daño.

Pronto, todos los niños que le habían perseguido y muchos de los patinadores se reunieron en torno al animal.

Todos empezaron a hacer preguntas y pronunciar alabanzas.

—¡Huy, qué lindo es!

—¿De dónde le habéis sacado?

—¿Cómo se llama?

Algunos de los compañeros de escuela de los Hollister les saludaron desde el deslizante hielo, y uno de los chicos hizo señas a Pete para que llevase allí a «Domingo». Pam, con mucha precaución, condujo al animal por una suave pendiente hasta la orilla del lago, donde un grupo de los más pequeños se calentaba las manos alrededor de una hoguera.

—¡Es un gran burro! —declaró, admirativo, un chico que se llamaba Ken.

—¡A mí no me lo parece! —declaró una voz estridente.

Todos se volvieron para ver a Will Wilson, un amigo de Joey Brill. Will, que era muy alto para su edad, siempre apoyaba a Joey, en contra de los Hollister. Ahora, al aproximarse patinando hizo una mueca.

—Vamos a pinchar el rabo del burro —dijo, tomando a «Domingo» por la cola.

—¡Apártate de él! —ordenó Holly, ceñuda.

—Está bien. Entonces te daré un tirón de las trenzas —dijo el chicarrón.

De todos modos, no se acercó mucho, porque una mirada de Pete le convenció de que era mejor no probar. Se entretuvo patinando y, al intentar describir unas vueltas en forma de ocho, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el hielo. Todos rieron; Ricky más sonoramente que nadie.

Will se levantó, muy colorado, y gritó con ira:

—¡Sigo diciéndoos que vuestro burro es viejo y sarnoso!

—¡Mentira! —protestó Ricky, saliendo en defensa de su burro—. «Domingo» es el mejor asno del país.

—Si tan estupendo es, ¿por qué no sale a patinar?

Holly, levantando muy dignamente la cabeza, gritó:

—¡«Domingo» sabe patinar muy bien!

—¡Ja, ja! Entonces, ¿qué estáis esperando? Dejadle que salga a exhibirse —les retó Will.

—Lo siento, pero no podemos poner patines a «Domingo» —dijo Pam, dando un paso al frente—. Podría caerse.

—Es que tenéis miedo —dijo Will, con retintín.

—Sí. Me da miedo hacer daño a nuestro burro —repuso Pam, muy seria—. No hay que hacer daño a los animales.

—¿Quién dice que 110 se puede hacer daño a un asno mugriento? —dijo el chicazo—. Pues ahora mismo voy a atarle mis patines en las patas delanteras.

Cuando Will se aproximó a «Domingo», Pete avanzó unos pasos y agarró por el brazo al chico.

—¡Aléjate de nuestro burro! —le advirtió.

Una sola mirada convenció al camorrista de que Pete hablaba muy en serio.

—Bien, hombre —replicó Will, esforzándose por reír—. ¿Es que no sabéis aguantar una broma?

En aquel momento, varios niños que estaban cerca prorrumpieron en risillas. Pero no por lo que hacía Will Wilson. Era porque Ricky y Holly habían tomado dos pares de patines y los estaban ajustando a los pies y las manos del pecoso.

—Ricky, ¿para qué haces eso? —exclamó Pam.

—Voy a patinar a cuatro pies, en lugar de «Domingo» —contestó el pequeño, imitando unos rebuznos—: ¡Aaaaiii! ¡Aaaiii!

Ricky se inclinó y apoyó las manos en el suelo, igual que un asno. Mientras los espectadores se contorsionaban de risa, el chiquillo se deslizó repetidamente sobre el hielo, a cuatro pies, hasta acabar dando un resbalón que le hizo quedar tendido en la nieve, sobre su estómago.

—¡Uff! Me alegro de no haber puesto los patines al pobre «Domingo». Ya veis lo que me ha pasado.



Entre Pete y Pam ayudaron al pecoso a levantarse y le desataron los patines de las manos.

—Vamos —dijo Pete—. Ya es hora de volver a casa.

Los niños condujeron a «Domingo» hasta el garaje, le pusieron en el pesebre y le sirvieron avena para comer. Antes de dejarle e irse a casa, Sue hizo bajar la testuz al animal y le cuchicheó en una oreja:

—¿Quieres decirme quién es Y. I. F., ese que puso la nota a mi «Dominguito»?

Aquella noche, mientras cenaban, se habló de la aventura de Ricky con los patines. El señor Hollister rió de buena gana. Luego hizo comentarios sobre las decoraciones de Navidad que tenían en el Centro Comercial.

—Tenemos guirnaldas y cosas parecidas —dijo el padre—, pero aún le falta algo. ¿Podéis sugerir alguna cosa?

—Ya sé lo que te hace falta en la tienda, papá —dijo Pam—. Un gran Papá Noel, un muñeco, claro, con trineo y todo. Podrías ponerlo en lo alto del Centro Comercial.

El señor Hollister se mostró sorprendido.

—Vaya. Me parece una buena idea, hija.

—Podríamos llenar el trineo de juguetes para los niños pobres —apuntó Holly.

El pensamiento de un Papá Noel y su trineo en el tejado del Centro Comercial hizo que todos los niños se sintieran muy contentos. De repente, Pete hizo chasquear los dedos, diciendo:

—Papá, ¿y por qué no vendes con descuento todos los juguetes que la gente compre para los niños pobres?

Pam palmeó alegremente, proponiendo:

—Nosotros podríamos ir a entregarlos el día de Nochebuena.

—Y ser los ayudantes de Papá Noel —exclamó Holly.

—Todas vuestras ideas son magníficas, pero antes debemos encontrar a Papá Noel, su trineo y el reno. Vamos a llamar a Indy Roades, y también hablaremos con Tinker, para ver si ellos saben dónde podemos encontrar todo el equipo.

Tinker era un hombre de edad a quien el señor Hollister había empleado cuando abrió la tienda. Indy Roades también trabajaba en el Centro Comercial. Era un indio procedente de Nuevo Méjico.

—Sí, sí. Dejadme que yo telefonee —pidió Ricky.

—Muy bien.

Ricky corrió al teléfono, marcó el número de Indy y esperó,

impaciente. Ricky tenía gran cariño a «Negrito», el perro de Indy. Eran muy buenos amigos los dos, desde que los Hollister desataron una vez un bote que un chico le ató a la cola.

—Hola, Indy —saludó Ricky cuando su amigo contestó al teléfono.

A continuación, el niño explicó lo que los Hollister deseaban hacer en el Centro Comercial, y preguntó a Indy si conocía a alguien que vendiera algún Papá Noel, con trineos y renos.

—Me parece mucho pedir —contestó el indio Creo que no conozco a nadie que venda tales cosas. Pero Tinker ha pasado toda su vida en Shoreham. Podrías llamarle.

Ricky dijo que así lo haría, y colgó. Entonces telefoneó a Tinker. El viejecito se interesó en seguida por aquellos planes.

—Sí. Conozco a alguien que hace cosas de esa clase —contestó —. Vive en Clareton. Se llama Greer. Pero, por estas fechas, suele haber agotado todos los equipos de Papá Noel.

—De todos modos, probaremos —dijo Ricky.

Y después de dar las gracias a Tinker, habló con su familia del señor Greer. Pam buscó, en el anuario telefónico, la sección correspondiente a Clareton. Allí localizó un tal señor Greer, modelista.

—Será mejor que hable yo con él —dijo el señor Hollister, marcando el número que su hija le fue diciendo.

Todos los hermanos esperaron, muy nerviosos, mientras, su padre hablaba con el señor Greer.

—¿Y dice usted que sólo le queda uno?… ¡Sí, sí! Magnífico. Mañana, a primera hora de la tarde… Adiós.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, mientras él y sus hermanos atosigaban a preguntas a su padre.

—¿Cómo es de grande ese Papá Noel?

—¿Cuántos renos tiene?

—¿Nos podremos quedar con él para siempre?

El señor Hollister se echó a reír.

—No puedo contestar ni a una sola de vuestras preguntas. Mañana lo sabréis todo. —El padre se volvió a la señora Hollister—. Elaine, ¿te parece bien que salgamos todos mañana por la tarde?

—Estupendo —concordó la señora Hollister. Luego, pasando un

brazo por los hombros de Sue y Holly, dijo—. Ya es hora de que se vayan a la cama mis pequeñitas… Y Ricky también.

Era costumbre en casa de los Hollister que Pete y Pam se quedasen levantados un rato más que los otros.

—Vamos a ver si «Domingo» está bien, Pete —propuso Pam.

Encendieron desde la casa la luz del garaje, y salieron. Al momento oyeron fuertes golpes y encontraron a su burro dando coces contra la puerta. Había destrozado por completo el pesebre, hecho de cajas y paja.

—¡Pero, «Domingo»! —exclamó Pam.

—Creo que no le gusta estar aquí —dijo Pete, empezando a ordenarlo todo—. Vamos, hombre, hay que acostumbrarse a las cosas diferentes al rancho —dijo, dirigiéndose al asno.

De repente, Pam tuvo una idea.

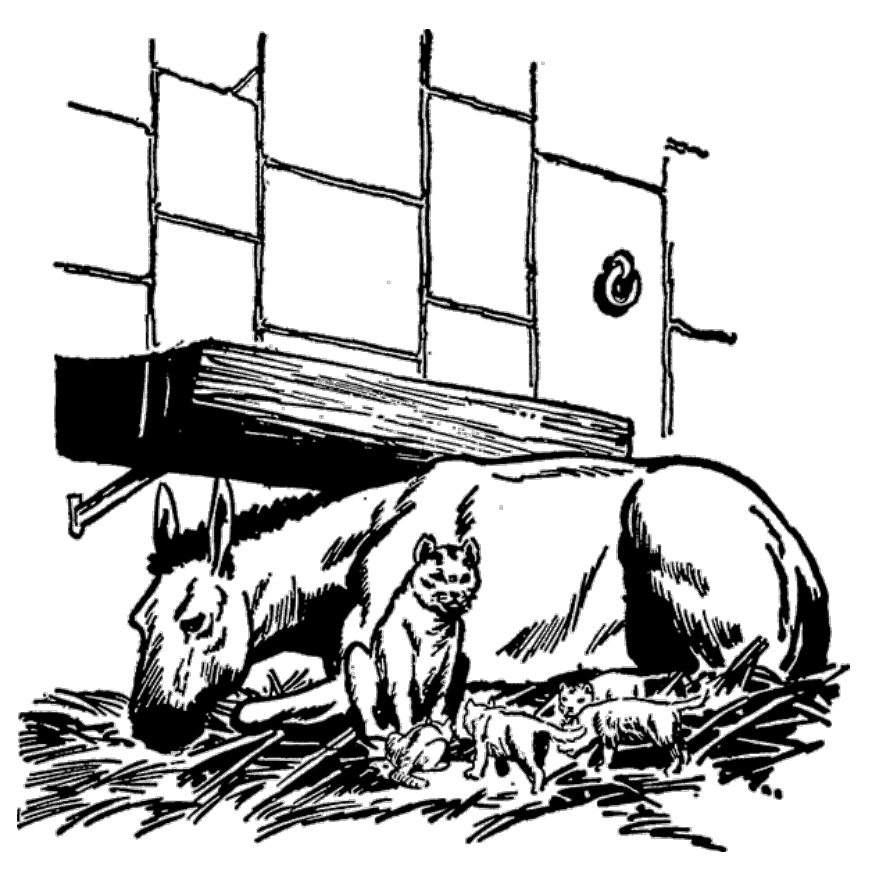
—Dolores me dijo que los burros sienten añoranza y soledad. A lo mejor es eso lo que le pasa. ¿Por qué no traemos aquí a «Zip», para que haga compañía a «Domingo»?

—Pero «Zip» es nuestro perro guardián —objetó el chico.

—Es verdad. Entonces, ¿por qué no traemos a «Mimito» y su madre? Y también a los demás gatitos.

La madre de «Mimito» y sus hermanos era la gata «Morro Blanco».

Pam corrió a casa y volvió en seguida con la gata y sus cinco hijitos, para que hiciesen compañía a «Domingo». ¡Qué contento se puso el burro al verles! Muy satisfecho, se tumbó en la paja, junto a «Morro Blanco» y su familia.



Cuando volvían a casa, Pam dijo:

—Tendríamos que escribir al señor Vega para darle las gracias, en nombre de Sue, por habernos enviado a «Domingo».

—Podemos hacerlo ahora mismo —propuso Pete, abriendo la puerta.

Pam ya había escrito otras veces cartas así, para dar las gracias sobre algún regalo. Mientras su hermana se sentaba ante el escritorio, Pete dijo:

—No te olvides de preguntar al señor Vega si él sabe algo sobre la misteriosa nota que encontramos en la cinta de «Domingo».

Pam escribió con esmero una carta muy pulcra, y firmó con los nombres de todos sus hermanos y el suyo. Ya había cerrado el sobre y lo estaba sellando cuando llegó Pete con la chaqueta puesta.

—Iré a echarla al buzón de la esquina —dijo, y salió corriendo de la casa.

Al regresar, unos minutos más tarde, oyó sonar el teléfono. Pam ya acudía a responder.

—Diga —invitó la niña.

Pete se detuvo para saber quién llamaba. Y vio que su hermana se había puesto muy pálida.

—¿Quién es? —preguntó el chico, preocupado.

Pam colgó el auricular y se volvió hacia su hermano, con la cara muy larga.

—¡Pete! —exclamó, casi a punto de echarse a llorar—. ¡No podemos tener a «Domingo»!

UN TRINEO Y UNOS RENOS CORNUDOS



—¿Quién ha dicho que no podemos quedarnos con nuestro burro? —preguntó Pete, sorprendido.

En aquel momento bajaban por las escaleras el señor y la señora Hollister.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó, al instante, el padre.

—Que… el Departamento de Higiene dice que… no podemos tener a «Domingo» —lloriqueó Pam.

—¿Cómo? —exclamó el señor Hollister, incrédulo—. ¿Quién ha dicho eso?

—Ese señor ha dicho que era del Departamento de Higiene.

—¿El señor Stone?

—No ha dicho su nombre, papá.

El señor Hollister dijo que el señor Stone, un cliente del Centro Comercial, era el presidente del Departamento de Higiene. Pocos minutos después, el señor Hollister estaba hablando con él por teléfono.

—No. Yo no he telefoneado a su casa —dijo el señor Stone—. Y no sé nada sobre su burro. En Shoreham no se pueden tener caballos, a menos que cuente con un establo especial para él. Pero

la ley no incluye los burros —añadió, riendo—. Hablaré con los otros directivos, por si alguno ha telefoneado a su casa. Le llamaré a usted más tarde.

Cuando el señor Hollister estaba a punto de despedirse, el señor Stone añadió:

—Es extraño que dos personas me hayan telefoneado en tan breve espacio de tiempo, para hablarme de las ordenanzas con respecto a los establos.

—¿A qué se refiere? —preguntó el señor Hollister.

El señor Stone explicó que, poco antes, le había llamado un muchacho.

—Puede que tuviera algún potrillo nuevo —concluyó el hombre, antes de colgar.

Cuando el señor Hollister explicó a Pete y Pam lo relativo a la llamada del muchacho, Pete hizo un chasquido con los dedos, al tiempo que exclamaba:

—¡Apostaría algo a que ha sido Joey Brill! ¡Ya nos quiere gastar otra jugarreta!

—No os preocupéis de momento de eso, hasta que tengamos más noticias —dijo el señor Hollister, pasando un brazo por los hombros de su hijo.

Unos minutos más tarde telefoneaba el señor Stone para decir que ninguno de los miembros del Departamento de Higiene había telefoneado a los Hollister, y la familia podía tener al burro sin ningún problema.

—No necesitan ningún establo especial para él.

—Entonces, ¿podemos seguir teniéndolo en el garaje?

—Sí. Claro que pueden, señor Hollister, y deseo que sus hijos se diviertan mucho con él. Buenas noches.

El día siguiente fue un domingo soleado y resplandeciente, y los niños despertaron al sonido de las campanas de la iglesia. Encontraron a «Domingo» muy feliz y retozón, a la hora de darle de comer. Y cada niño dio un corto paseo sobre el animal.



Toda la familia fue a la iglesia y comieron temprano. Después salieron para Clareton. Era una población pequeña y el señor Hollister no tuvo dificultades para encontrar la casa del señor Greer.

Todos salieron en tropel de la furgoneta, y Sue en seguida vio a un hombre que salía por la parte trasera de la casa, hacia un establo. La pequeña echó a correr por el camino y llegó a su lado.

—Venimos a comprar un Papá Noel, señor —anunció.

El hombre bajó la vista hacia la chiquitina y sonrió.

—Lo siento, nenita, pero se han agotado todos. Ayer vendí el último.

Sue hizo un puchero y por sus mejillas empezaron a resbalar lágrimas gordísimas. Luego, llorando ya con verdaderos alaridos, corrió al lado de su madre, que se acercaba por el camino.

—¡Ya han comprado nuestro Papá Noel, mamita!

Al oír aquello, el hombre se volvió y acudió a saludar a los visitantes. Cuando el señor Hollister dijo quiénes eran, el señor Greer se apresuró a pedir disculpas.

—¡Por el amor de Dios! No sabía que eran ustedes los Hollister. ¡Qué disgusto he dado a su hijita! Claro que tengo su Papá Noel. Vengan.

—¿Dónde tiene usted todos sus Papás Noel, señor Greer? —preguntó Ricky.

—En el establo, donde los hago —contestó el interrogado, abriendo la puerta.

Cuando entraron, los Hollister pudieron ver un trineo con ocho renos. Sentado en el trineo había un hombrecillo rechoncho y alegre, con traje y gorro encarnados.

—¿Es… es Papá Noel? —preguntó Holly, extrañada.

Porque la figura sentada en el trineo tenía, realmente, una expresión muy jovial y bonachona, pero si se trataba de Papá Noel, alguien le había afeitado el bigote, pensó Holly.

El señor Greer soltó una risilla. Se asomó a la puerta del establo y gritó en dirección a su casa:

—Emmy, Emmy, ¿quieres traerme los bigotes y un poco de cola? Es que, ¿sabéis? —añadió el señor Greer, dirigiéndose a los niños—; nunca pongo la barba y el bigote a Papá Noel hasta que está a punto de salir de aquí.

—¿Por qué? —quiso saber Sue.

—Porque a las golondrinas del establo les gusta hacer nidos en las barbas —fue la respuesta del señor Greer, que hizo reír a todos.

No le llevó mucho tiempo al hombre aplicar barba y bigote al mofletudo y colorado rostro de Papá Noel.

—¡Ahora sí que de verdad es él! —aprobó Holly.

El señor Hollister se sentía muy complacido con aquel conjunto de renos, trineo y muñeco.

—Es, exactamente, lo que me gusta para el Centro Comercial —dijo, sonriente.

Los ojos del señor Greer brillaban cuando pidió a sus visitantes que le observasen. Sacó un cordón eléctrico de debajo del trineo y pidió a Pete que lo conectase a un enchufe de la pared. El muchachito lo hizo así.

Al instante, el hocico del reno delantero se encendió, las cabezas de todos los animales empezaron a moverse de uno a otro lado y resonaron las alegres notas de la canción navideña «Alegres

Campanas».

—¡Canastos! —exclamó Ricky, dando alegres saltos—. ¡Esto sí que está bien!

—¡Es lo mejor que he visto nunca! —confesó la señora Hollister.

—Supuse que les gustaría —sonrió el señor Greer, muy complacido.

—Pasaré mañana a recogerlo en la camioneta —dijo el señor Hollister.

Mientras los dos hombres se entretenían hablando unos momentos, los niños iban y venían en torno al trineo y se subían en él, imaginándose que viajaban con Papá Noel. Sue pidió a Ricky que la subiera en brazos para poder ver qué era lo que hacía que los renos moviesen el cuello. El chiquillo la subió tan alto como le fue posible, junto a una de las cabezas de renos. Sue prorrumpió en risitas de regocijo, cuando el hocico iba hacia un lado primero y luego hacia el otro, casi rozando su naricilla.

Cuando la pequeñita alargó un brazo para acariciar al animal, uno de los cuernos del reno se enganchó en el cuello del abrigo impermeable de Sue. La pobrecita Sue se vio arrancada de los brazos de su hermano y empezó a danzar por los aires, ahora hacia un lado, luego hacia el otro, enganchada en el cuerno del reno.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó la pequeña.

El señor Hollister corrió hacia la niña. En ese momento, el abrigo se desprendió del cuerno y… ¡PLOF! Por fortuna, Sue fue a parar a los brazos de su padre.

—¡Ay, papaíto, no me gustan nada estos paseos en reno! —dijo la pequeña, abrazándose con fuerza al señor Hollister.

—Bien. Creo que ya hemos visto bastante por hoy —dijo el padre—. Nos iremos ya.

Mientras él concretaba los últimos detalles respecto al Papá Noel, los demás echaron a andar hacia la furgoneta, sin cesar de hablar de su nueva adquisición. Pronto toda la familia estuvo en camino de regreso a casa. Esta vez pasaron por una carretera distinta y, en una gran pancarta situada junto a la calzada, Pam pudo leer:

¡DETÉNGASE AQUÍ!

—¿No te parece divertido, papá? —preguntó Pam—. ¿Por qué no nos detenemos?

El señor Hollister accedió y llevó la furgoneta al interior del sendero que llevaba a la granja.

—Pero ¿de verdad vamos a poder cortar nuestro árbol de Navidad? —preguntó Ricky, emocionadísimo.

A la izquierda de la casa había un bosquecillo de árboles de hoja perenne, de diversas variedades y tamaños. Un hombre con altas botas iba y venía entre ellos, colgando carteles en unos y otros.

Cuando el coche se detuvo, los Hollister salieron y se acercaron a aquel hombre. Él les dijo que su nombre era Quist.

—Elegid el que más os guste, hijos —dijo el señor Hollister.

—Éste es muy bonito —opinó Pete, señalando uno.

—Sí. Muy lindo —concordó la madre, contemplando el arbolillo de contornos uniformes—. Pero me parece un poco corto, ¿no crees, Pete?

—Me parece que tienes razón, mamá.

De repente, a lo lejos se oyó un gritito de regocijo. Todos se volvieron y pudieron ver a Holly que brincaba, contentísima.

—Mirad lo que he encontrado. ¡Venid en seguida!

Cuando llegaron junto a ella, Holly señaló a lo alto de unas ramas de un gran abeto.

—Tenemos que escoger este árbol, ¿verdad? Di que sí, mamá.

—Es un árbol imponente —declaró el señor Hollister—. Pero ¿qué harías con el nido?

—Sé un sitio donde podríamos ponerlo, papá —explicó Holly—. Lo llevaré a la escuela y la señorita Tucker Jo pondrá en nuestra exhibición de la naturaleza. ¡Yo seré la primera que habré encontrado un nido para esa exhibición!



—¿Qué decís, hijos? —preguntó el señor Hollister—. ¿Cuántos votos a favor del árbol del nido para Holly?

Todos respondieron convencidos de que Holly había encontrado un árbol estupendísimo para su casa. Cuando preguntaron al señor Quist si el nido iba incluido en el árbol, el hombre respondió, jovial:

—Claro que sí, niños. Puede usted quedárselo, señorita. Yo la subiré para que lo tome. Puede llevarse el nido ahora y volver por el árbol más adelante.

Sostenida por las poderosas manos del granjero, Holly alcanzó el preciado nido. Lo tomó amorosamente y volvió a bajar al suelo. El granjero tendió una tarjeta al señor Hollister, diciéndole:

—Escriba aquí su nombre y dirección, y cuélguelo del árbol, por favor.

—¡Zambomba! ¡Huellas de conejo! —gritó Pete entonces.

—Vamos a seguirlas —sugirió Ricky—. Será divertido.

—Yo también quiero ir —dijo Pam.

Los tres hermanos corrieron entre los árboles, siguiendo las huellas zigzagueantes que se advertían entre la maleza. Cuando las pisadas del suelo se hicieron más visibles, Pete dio un silbido y exclamó:

—¡Se nota que el conejo corría a grandes saltos!

—¡Ya lo veo! ¡Allá va! —gritó Pam.

En lo alto de un montículo se veía un conejo blanquísimo. El conejo dirigió un vistazo a los niños y, en seguida, dio un gran salto. Lo último que desapareció al otro lado del montículo fue su cola.

—¡Vamos! ¡Hay que alcanzarlo! —gritó Ricky.

Alejándose del bosquecillo donde crecían los árboles navideños, los niños se internaron en un maizal, en uno de cuyos extremos corría un arroyo. El conejo cruzó el helado arroyo y se perdió en algún trecho de boscaje, al otro lado.

—Lo rodearemos —propuso Ricky, muy eufórico.

—No estoy segura de que el hielo del arroyo soporte nuestro peso —objetó Pam.

Pero los chicos no querían interrumpir la persecución.

—El hielo tiene aspecto de estar muy sólido —afirmó Pete—. Voy a probar.

Abriendo la marcha, Pete se posó alegremente sobre la capa de hielo que cubría el riachuelo. En vista de que resultaba resistente, siguió adelante.

—Estupendo. ¡Seguidme!

Pero aún ni había acabado de decir esto cuando, ¡CRUNCH! El hielo se resquebrajó. Antes de que Pete tuviera tiempo de correr a la orilla, el hielo dio paso al agua y… ¡Al agua fue a parar Pete!

DOS CAMORRISTAS



Cuando Pete cayó al agua, Pam y Ricky dieron un grito. No sabían lo profundo que pudiera ser el arroyo y temían que el agua cubriese a Pete por encima de la cabeza.

El agua, muy fría, dejó a Pete sin aliento. Por suerte, cuando los pies le tocaron al fondo, el agua no le llegó más que hasta el pecho.

—No os preocupéis —gritó a sus hermanos—. Podré salir fácilmente.

Pete apoyo los codos en el hielo y luchó por salir del agujero. Pero a su alrededor el hielo continuaba resquebrajándose. Dos veces estuvo a punto de salir, pero en ambas ocasiones acabó resbalando. No tardó en estar entumecido de frío; los dientes le castañeteaban.

—Nosotros te ayudaremos —dijo Pam, empezando a inquietarse.

Un momento después aparecía el señor Hollister, que había oído los gritos de sus hijos.



—¡Papá, papá, ayúdanos a sacar a Pete! —pidió Pam.

Su padre corrió al borde del arroyo. Se echó sobre el hielo y se arrastró, centímetro a centímetro, hasta Pete. Por fin sus manos le alcanzaron.

—Agárrate con fuerza —indicó a Pete. Y se volvió a sus otros hijos para añadir—: Sujetadme los pies, no vaya a ser que el hielo se rompa bajo mi peso.

Ricky agarró al señor Hollister por uno de los zapatos y Pam por el otro. Los dos tiraron con fuerza y, con mucha lentitud, arrastraron a su padre hacia la orilla. Él, a su vez, sacó a Pete del agua helada. Hasta que también Pete se encontró sobre el hielo y fue arrastrado hacia la orilla.

Pete temblaba de pies a cabeza cuando se puso en pie.

—¡Uff! Estoy helado.

El señor Hollister dijo que no había que perder ni un minuto.

—Debes llegar en seguida a casa del señor Quist. Procura correr todo el trayecto, Pete, antes de que el agua se te hiele encima.

Todos se pusieron en marcha a buen paso.

—Yo… yo creo que estoy bien. Al principio tenía un pie insensible, pero ahora ya vuelvo a notarlo —jadeó Pete, cuando estaban ya muy cerca de la granja.

La señora Hollister, seguida de Sue y Holly, corrió hacia el empapado Pete. Entre todos contaron apresuradamente lo ocurrido y llegaron con Pete a la casa. La puerta se abrió de par en par y la señora Quist exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué ha sucedido?

Al enterarse del accidente que habían sufrido, se compadeció.

—¡Pobre muchacho! Entra en seguida.

Condujo a Pete hasta la abrigada cocina y le acercó una silla al fogón de leña. En seguida, ella y la señora Hollister se agacharon para quitar a Pete botas y calcetines y le dieron un masaje en pies y manos, hasta que el muchachito reaccionó.

Al poco llegó el señor Quist. Al enterarse de lo ocurrido, dijo a su esposa:

—Ebba, voy a llevarme al chico arriba para que se cambie de ropas.

Pete, con los pantalones pegados a la piel, siguió al granjero al piso alto. Unos momentos después, volvía a bajar cubierto con un albornoz a rayas rojas y blancas, que le llegaba hasta los tobillos y le sobraba por todas partes.

La señora Quist se echó a reír.

—Pareces nuestro «Jul-Nisse», de Navidad, bajando de la buhardilla —dijo.

—¿«Jul-Nisse»? ¿Qué es eso? —preguntó Holly.

—Es algo perteneciente a todos los países escandinavos —explicó la señora Quist—. Papá y yo somos daneses. Aunque llevamos largo tiempo viviendo en los Estados Unidos, todavía recordamos la Navidad tal como se celebra en Dinamarca.

—Cuéntenos algo sobre «Jul-Nisse» —rogó Pam.

La señora Quist se apartó de la frente un mechón de rubio cabello y esperó a que su marido hubiera colgado a secar tras el fogón, las ropas de Pete. Entonces dijo:

—«Jul-Nisse» es tan misterioso como Papá Noel. Sabemos que existe, pero nunca lo hemos visto.

Los niños escucharon, muy interesados, mientras la amable danesa les explicaba que «Jul-Nisse» era un hombrecito pequeño y muy afable, que vivía en un desván. Pero nunca le veía nadie, más que el gato de la familia.

—Siempre que ocurre alguna cosa extraña en una casa, nosotros creemos que lo ha hecho «Jul-Nisse». Pero es un buen hombrecillo. Siempre anda asegurándose de que los animales de las granjas estén bien atendidos.

El señor Quist afirmó con un cabeceo, al tiempo que decía:

—«Jul-Nisse» se ocupa de que estén siempre debidamente abrevados, alimentados y con un buen lugar para dormir.

Su esposa prosiguió con la historia:

—Cada Navidad, los niños de Dinamarca dejan un cuenco de gachas y una jarra de leche en la entrada de sus desvanes. Y a la mañana siguiente, ¿sabéis lo que ha pasado?

—¡Que ya no está! —adivinó Ricky.

—Eso es. Siempre ha desaparecido —respondió, riendo, la señora Quist.

—¿Es que «Jul-Nisse» se lo come? —indagó Holly.

Cuando la señora Quist asintió, Sue se subió a sus rodillas y preguntó:

—Ese «Jul-Nisse» ¿tiene mamá?

—Nunca oí hablar de ella.

—Entonces, ¿quién da de comer al pobrecín los otros días? —preguntó Sue, perpleja—. ¡Debe tener un hambre!…

La señora se encogió de hombros, sonriendo.

—También vosotros debéis tener apetito —dijo, sin responder a la pregunta de Sue—. Sobre todo tú, Pete. ¿Vas entrando en calor?

El muchachito había dejado de temblar y tuvo que admitir que tenía el estómago vacío. La señora Quist fue a la despensa a buscar leche y chocolate. A los pocos minutos, el delicioso aroma de chocolate humeante llenaba la cocina. A cada uno se sirvió una taza rebosante de chocolate. Entonces el señor Quist pasó entre los presentes una bandeja de crujientes pastelillos daneses.

—¡Yamm! ¡Qué ricos! —dijo Ricky, tomando un sorbo de

chocolate.

Cuando los Hollister terminaron la merienda, las ropas de Pete ya se habían secado. Subió al piso para vestirse y regresó a los pocos momentos. Todos se pusieron sus gruesos abrigos y dieron las gracias a los amables esposos Quist.

—Cuando vuelvan a buscar su árbol, entren a vernos —dijo el señor Quist.

—Gracias. Lo haremos con mucho gusto —respondió la señora Hollister.

—Adiós —dijo Sue, sacudiendo su manita gordezuela—. Me voy a casa, a buscar a «Jul-Nisse» en mi buhardilla.

Durante el trayecto a casa, los cinco niños se entretuvieron cantando villancicos. Holly, que sostenía el nido de pájaros con mucho cariño en su regazo, para que no se aplastase, añadió un cancioncilla relativa a los pájaros durante el invierno. La niña esperaba, impaciente, el siguiente día, para poder llevar el nido a la escuela.



Por la mañana, después del desayuno, la señora Hollister dijo:

—Hijita, sería mejor que lo metieras en una bolsita.

—Pero mamá, es que quiero enseñar el nido a todos los amigos que encuentre por el camino.

—Está bien. Pero ten mucho cuidado de que no se te caiga. Los nidos de pájaro son tan frágiles…

Los cuatro hermanos mayores salieron juntos hacia la escuela. Sue no era todavía lo bastante crecida para ir, aunque constantemente estaba hablando del parvulario y jugaba mucho al colegio con sus muñecas. Holly y Pam se adelantaron, porque los chicos se detuvieron un momento en el garaje, a dejar algo de alimento a «Domingo».

—Parece que está aburrido —observó Ricky, acariciando al animal—. Yo jugaré contigo cuando salga de la escuela, «Domingo».

Entretanto, Pam y Holly se habían adelantado bastante. De

repente, Holly levantó la vista hacia su hermana y preguntó:

—¿Crees que sería «Jul-Nisse» quien puso la nota a «Domingo»?

Pam sonrió y dijo:

—¿Por qué piensas eso?

—Porque el verso decía abajo Y. I. F. Y «Jul-Nisse» empieza con Y, ¿no, Pam?

—No, guapa, empieza con J.

—Vaya… Nunca vamos a averiguar quién puso la nota.

Pam estaba asegurando a su hermana que todo se pondría en claro, con el tiempo, cuando Joey Brill y Will Wilson llegaron corriendo junto a ellas.

—¡Eh! ¿Qué lleváis ahí? —preguntó Joey Brill, viendo el nido.

—¿Conque queriendo ser la mimada de la maestra, por llevarle regalitos? —añadió Will, ceñudo.

Las niñas no contestaron. Joey y Will se acercaron más.

—¿Quieres echar un vistazo, Will? —preguntó Joey, haciendo un guiño a su amigo.

Como por casualidad, Will golpeó el antebrazo de Holly y el nido de pájaro voló por los aires.

—¡Basta! —gritó una voz, llegando por detrás del grupo y Ricky apareció, corriendo.

El pelirrojo llegó a tiempo de coger el nido en el aire, antes de que se golpease contra el suelo. Satisfecho, se lo pasó a su hermana.

—Vaya. Un buen cazador, ¿verdad? —se burló Joey—. Oye, Will, ¿qué te parece si jugamos a pelota con el nido?

—¡No podéis quitármelo! —protestó Holly, apartándose de los chicos.

Cuando el grandullón se aproximaba a su hermana, Pam le apartó de un empujón. Pero el chicazo le devolvió el empellón.

—¡Estate quieto! —ordenó Ricky, golpeando a Joey en el pecho.

—No te hagas el listo —vociferó Joey, empujando al pequeño contra Will.

Will dio otro golpe a Ricky y el pobrecillo pelirrojo fue a parar al suelo.

En aquel momento se oyeron pasos veloces. Joey se volvió y gritó:

—¡Eh, Will, cuidado!

Pero el aviso llegó demasiado tarde. Pete Hollister se abalanzó sobre Will, le hizo caer de espaldas a tierra, y quedó sobre él.

Ricky, muy nervioso, empezó a dar saltos y a gritar:

—Os está bien empleado, Joey, por hacerte pasar por un miembro del Departamento de Higiene y decir que no podíamos tener nuestro burro.

—No fue más que una broma —replicó Joey, sin darse cuenta, de momento, de que estaba haciendo una confesión.

Will acabó poniéndose en pie y, durante unos momentos, él y Joey golpearon a Pete. Hasta que el mayor de los Hollister logró propinar a Joey un directo en la mandíbula. De repente, sonó una sirena y un coche se detuvo junto al bordillo.

—De prisa. ¡Un policía! —gritó uno de los que se habían arremolinado para mirar.

Sin embargo, antes de que nadie tuviera tiempo de alejarse, un joven policía, de aspecto simpático, salió del coche y corrió junto a los belicosos muchachos.

—¡Oficial Cal! —exclamó Pam.

Los Hollister conocían bien a Cal Newberry porque le habían ayudado a resolver un misterio, poco después de su llegada a Shoreham.

—¿Por qué no podéis jugar juntos pacíficamente? —preguntó el policía.

—Está bien; lo haremos —masculló Will.

—Ahora estrechaos las manos —aconsejó Cal.

Los chicos lo hicieron, sin mucho entusiasmo, y Cal estuvo observando, mientras se alejaban y entraban en el patio del colegio.

—Hemos tenido suerte —dijo Holly, al separarse de sus hermanos para entrar en su clase—. Joey ha estado a punto de destrozarme el nido.

La señorita Tucker, la maestra, se mostró encantada con el nido y dijo que lo había hecho un pájaro que se llamaba reyezuelo. Todos los niños lo contemplaban mientras iban dando la lección, relativa al árbol navideño.

—Y ahora, Holly, ¿quieres colocar el nido en la sala de exposición? —pidió la señorita Tucker.

Holly, muy orgullosa, fue a colocarlo en la urna de cristal del

cuarto del fondo.

Luego, los niños se reunieron en la sala de juntas. El señor Russell, el director, anunció que la escuela daría una obra teatral el jueves anterior a la Navidad, representando las costumbres de esta festividad en otros países.

—Cada clase representará un país diferente y trabajará por sus propios medios —añadió.

A la clase de Holly se le asignó Suiza. A la de Ricky, Noruega. A Pam y a sus compañeros les correspondió Italia, y a Pete y los suyos los Países Bajos.

De inmediato empezaron a hacerse planes. ¡Qué días tan emocionantes y atareados se presentaban para todos! Y, para colmo, el señor Hollister iba a colocar el trineo y los renos en el Centro Comercial.

Los niños estuvieron esperando a su padre a la hora de la cena, pero el señor Hollister no se presentó. Por fin cenaron. Al concluir, el padre todavía no había llegado.

—¿Crees que ocurrirá algo? —preguntó Pam, muy inquieta, a su madre.

MÁSCARAS CÓMICAS



Empezaban a estar todos verdaderamente asusta dos, pensando en que el señor Hollister podía haber sufrido un accidente, cuando oyeron la bocina de la furgoneta en el camino del jardín.

—¡Ha venido papá! ¡Ha venido papá! —dijo Sue a grititos.

Tanto ella como sus hermanos corrieron a ponerse abrigos y gorros y salieron a recibir al padre. ¡Qué contentos se pusieron al ver que estaba bien!

Y qué escena tan divertida contemplaron, iluminada por el farol de la puerta del garaje… En la parte trasera de la furgoneta iba sentado Papá Noel en su trineo, pero faltaban los renos. Los animales estaban distribuidos a su alrededor, como si hubieran llovido del cielo. Uno de los renos se encontraba dentro del trineo y otro tenía las patas delanteras apoyadas en la ventanilla.

De pie, en el camino, al lado de la camioneta, se encontraba el señor Hollister e Indy Roades.

—Hola —saludó el indio. Y con una risa añadió—. Acabamos de llegar del Polo Norte.

—Ah. ¿Por eso habéis tardado tanto?

—Creímos que no ibais a llegar nunca a casa —dijo Pam—. ¿Ha

pasado algo?



—Sí. Algo ha pasado —repuso el señor Hollister—. Entremos en casa que os lo explicaremos.

Sue tomó a Indy de la mano y pidió:

—«Cóntanoslo» tú también.

Indy, más bajo que el señor Hollister, tenía los hombros anchos y atléticos, un rostro agradable y una simpática sonrisa. Mientras los demás se quitaban los abrigos, la señora Hollister preparó para él un cubierto. El indio y el señor Hollister se sentaron a cenar y a explicar el motivo de su retraso.

—Por poco nos quedamos sin Papá Noel. Todo por causa de Herman Tash —dijo el señor Hollister.

Pete abrió los ojos inmensamente.

—¿El dueño de la ferretería que hay en la manzana siguiente al Centro Comercial? —preguntó.

—El mismo —asintió el señor Hollister—. También él quería a

Papá Noel y asegura que lo había comprado.

El padre siguió explicando que el señor Tash había encargado un Papá Noel con su correspondiente trineo en la primavera, pero en el mes de septiembre envió una carta al señor Greer, en la que cancelaba el pedido.

—Y ¿luego volvió a cambiar de idea? —se extrañó Pam.

—Eso debió de ocurrir, porque cuando llegamos con la camioneta, el señor Tash estaba discutiendo con el señor Greer. El señor Tash insiste en que nuestro Papá Noel le pertenece.

—Pero no ha podido conseguir nada —intervino Indy—. De modo que acabó por dejar la discusión y marcharse en su coche. Pero iba muy indignado.

Ricky exhaló un sonoro suspiro.

—Espero que nos deje tranquilo a Papá Noel —dijo—. ¿Cuándo lo colocaremos todo en el techo del Centro Comercial, papá?

—Mañana.

—¿Esperarás a que salgamos de la escuela, para que podamos ayudarte? —preguntó Holly.

—Claro que sí. Id directamente desde la escuela a la tienda. Me gustará que me ayudéis.

A la mañana siguiente se levantaron temprano, porque todos los niños tenían cosas que hacer. Los chicos dieron de comer a «Domingo», luego, queriendo gastar una broma, llevaron al animal hasta el porche posterior y le hicieron empinarse y asomar la cabeza por la ventana de la cocina.

—¡Iiiiah! —rebuznó el burro.

Las tres niñas rieron alegremente y Pam dio a «Domingo» un terrón de azúcar.

—Buenos días —le dijo.

Holly acababa de poner el desayuno a «Zip». Pero, a pesar de estar comiendo, el perro levantó el hocico de su plato y dio varios ladridos. «Morro-Blanco», que aguardaba su alimento, empezó a maullar sonoramente. «Domingo» insistió en sus rebuznos:

—¡Iiiiiaaah!

¡Qué alboroto se armó!

—¡Basta! ¡Llevaos el burro al garaje! —tuvo que ordenar la señora Hollister.

Todo volvió a recobrar la calma y, una hora más tarde, los niños salían hacia el colegio. Aquella mañana, la clase de Holly estaba dedicada a estudiar las costumbres de Suiza. La señorita Tucker leyó a los niños un libro ilustrado, sobre el particular.

—El día más feliz de todos es el primero de diciembre, cuando se celebra San Nicolás. San Nicolás es el Santa Claus, o el Papá Noel de otros países. Allí se le llama «Samichlaus». Para festejarlo, los niños desfilan por las calles de su pueblo. A veces, un niño pequeño va vestido de «Samichlaus». El niño viste un traje escarlata, adornado con pieles, una graciosa máscara encarnada y una barba larguísima. Tiene muchos ayudantes y sirvientes. Todos los niños que desfilan lucen las máscaras cómicas.

—¡Qué divertido debe de ser! —comentó Holly.

—Pues aún hay una sorpresa para las niñas —continuó la señorita Tucker—. En compañía de «Samichlaus» va una hermosa doncella que se llama Lucy. Ella entrega regalos a todas las niñas buenas del pueblo.

—¿Y a los chicos no? —preguntó un muchachito que se sentaba detrás de Holly.

—Pues…, no. Bien; ahora haremos el reparto de papeles para nuestra representación. Necesitaremos un niño que represente a «Samichlaus» y una niña para Lucy.

—¡Elíjame a mí, señorita! —gritaron varias niñas, incluida Holly.

La señorita Tucker sonrió y dijo:

—Pondremos papelitos con los nombres de las niñas en un sombrero, y en otro sombrero papeles con los nombres de los chicos.

Las dos niñas que se sentaban más cerca del ropero fueron a buscar sus capotas. Cada alumno escribió su nombre en un trocito de papel blanco. Cuando todos los papeles estuvieron en el sombrero adecuado, la señorita Tucker sacó, primero, el nombre de un muchacho.

—Ned Quinn —anunció.

Ned era un amigo de Ricky.

Los compañeros palmotearon y el elegido, un niño rubio, hizo una reverencia, diciendo, entre risas:

—Os presento a «Samichlaus».

—Ahora —prosiguió la señorita Tucker—, el primer nombre que saque de este sombrero tendrá el papel de Lucy.

Todos quedaron silenciosos. A Holly, debido al nerviosismo, le palpitaba enormemente el corazón. Estaba pensando en lo mucho que le gustaría ser elegida como Lucy.

Lentamente, la señorita Tucker extrajo un papel y lo desdobló.

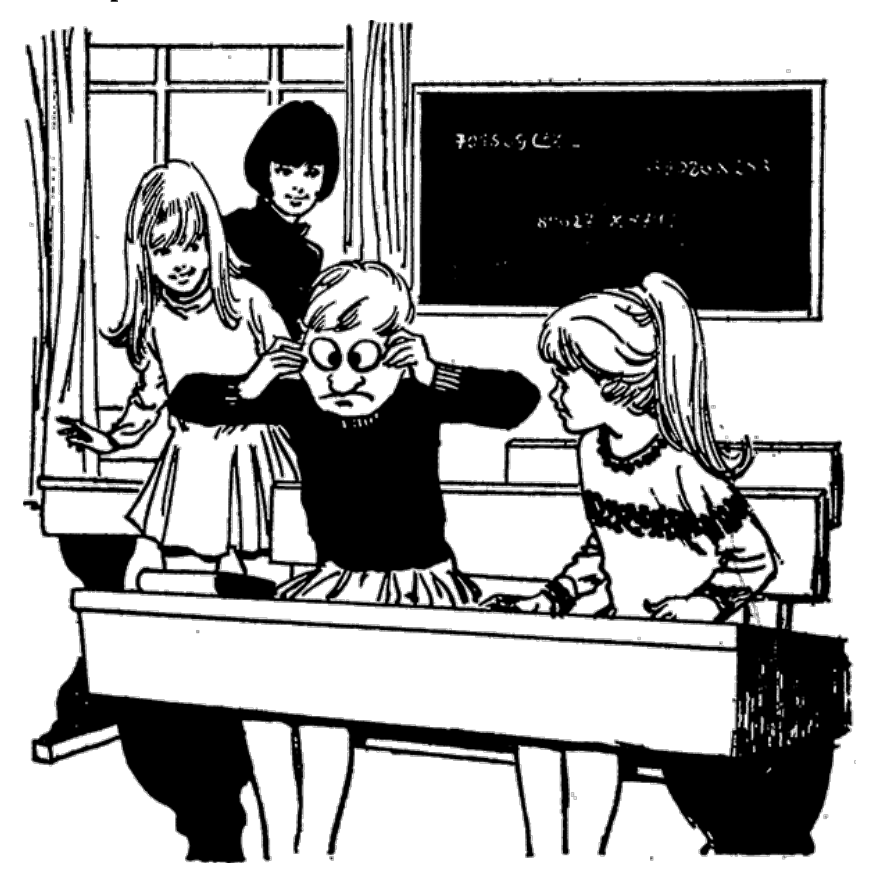
—¿Quién es? ¿Quién es? —gritaron varias niñas.

—Lucy es… Holly Hollister —anunció la maestra.

—¡Oh, qué Lucy tan bonita va a ser! —declaró Donna Martin, mientras todos los compañeros aplaudían.

—¿Qué haremos ahora, señorita Tucker? —preguntó Donna.

—Prepararemos máscaras.



Donna, la niña de ojos y cabellos castaños y mejillas sonrosadas,

se cambió de asiento, para colocarse al lado de Holly, mientras la señorita Tucker iba entregando a todos papel de colores y tijeras. Luego, la maestra plantó el libro sobre su mesa, para que todos los niños pudieran ver cómo eran las máscaras. Pronto el aula se vio invadida del ruidillo de los tijeretazos.

—Mira, Donna. Tengo una muy graciosa —dijo Holly, entre risillas—. ¿Qué tal estoy con ella?

Donna soltó una carcajada.

—Estás igual que una carota de calabaza de la fiesta de Todos los Santos, con la nariz muy aplastada. Y ¿qué te parece la mía?

—Es como un minino triste; como si hubiera estado llorando —contestó Holly, llevándose una mano a la boca para contener la risa.

Ya todos los niños habían concluido sus máscaras. La señorita Tucker les enseñó, entonces, a colocar una tira de goma, de lado a lado, para qué las máscaras quedasen fijas en sus caras.

—Ahora haremos un desfile, como los niños suizos.

Niños y niñas se ajustaron sus cómicas caretas y desfilaron por el aula. A Holly empezó a resbalarle la máscara hasta que le quedaron los ojos tapados y no supo por dónde andaba.

¡Cloc!

Holly se dio un golpazo contra la puerta que acababa de ser abierta por el señor Russell, el director. Del impacto, la niña quedó sentada en el suelo.

—¡Oh, Dios mío! —gritó la señorita Tucker, acercándose a toda prisa.

Ya el señor Russell estaba ayudando a Holly a levantarse, y le expresaba lo mucho que lo sentía.

—¡He… he visto las estrellas! —murmuró la niña.

—¡Pobrecilla! —dijo la maestra, quitándole la máscara y examinando la frente de Holly—. Te va a salir un buen chichón. Ven, que te pondremos agua fría.

La maestra acompañó a Holly a la fuente del vestíbulo y empapó en agua su pañuelo. Holly se lo llevó a la frente y se sintió mucho mejor. Cuando sonó la campana de salida, ya había olvidado por completo el accidente.

Los cuatro hermanos se reunieron para ir a la tienda de su padre. Indy dijo que Papá Noel, su trineo y los renos esperaban para

ser subidos al tejado. Cada pieza sería subida por separado, con la polea, y luego se montaría el conjunto.

—¿Todo listo para subir a Papá Noel y lo demás? —preguntó el señor Hollister a Indy.

—Todo listo —contestó Indy.

Indy había ajustado un grueso tablón en el tejado de la tienda que era de una sola planta. En el extremo iba añadida una polea y pendía una cuerda que llegaba a la calle.

—¿Qué podemos hacer nosotros, papá? —preguntó Pete, mientras Indy subía al tejado por una escalera de mano.

El señor Hollister dijo que los niños podían subir detrás de Indy para ayudarle a colocar debidamente el trineo con los renos y Papá Noel. Ricky y Holly fueron los primeros en subir al tejado, cubierto de nieve. Les siguieron Pete y Pam. Había un amplio repecho alrededor del tejado. A pesar de todo, Indy advirtió a los niños que no debían inclinarse demasiado.

—Tendremos cuidado —prometió Pam.

Abajo, en la acera, el señor Hollister se ocupaba de atar los renos a un extremo de la cuerda. Un grupo de curiosos se había arremolinado ya.

—Va a quedar muy bonito —declaró un chiquillo pelirrojo.

—Una magnífica idea —comentó un hombre que salía de la tienda.

Y una señora añadió:

—Ahora sí que estamos en plena Navidad. Ha venido Papá Noel a Shoreham.

Cuando el primer reno quedó bien sujeto a la cuerda, el señor Hollister lo izó hasta el tejado. Indy se inclinó hacia fuera y agarró al reno por una de las patas. Los niños le ayudaron a meterlo y a colocarlo en pie. La operación se repitió hasta que todos los animales de madera estuvieron en el tejado.



Para entonces, el gentío de abajo era tanto que llegaba a la acera de enfrente.

—¡Queremos ver a Papá Noel! —gritó el chico pelirrojo—. ¡Que lo suban ya!

—Papá Noel será el último —repuso el señor Hollister, risueño, mientras ataba el trineo por ambos extremos, para luego subirlo lentamente.

—Ya lo tengo —anunció Indy, cuando él y los niños sujetaron el trineo por un lateral y lo llevaron junto a los renos.

Le llegó el turno a Papá Noel. El señor Hollister ató la cuerda en torno al traje rojo del barbudo hombrecillo y la alegre figura navideña fue izada hasta el tejado, mientras los curiosos aplaudían. Cuando todas las piezas estuvieron en su sitio, Indy las aseguró con alambres para que el viento no las derribara.

—Buen trabajo —dijo Indy a los niños—. Gracias por vuestra ayuda.

Pete estaba ansioso por ver qué aspecto tenía todo desde la calle. Fue el primero en bajar, seguido de los otros.

—Ya lo creo que queda bonito, ¿verdad? —comentó con su padre, complacido de ver cómo había quedado colocado todo.

Pero el señor Hollister no le prestaba atención, porque estaba buscando entre la multitud.

—¿Dónde está Ricky? —preguntó—. ¿No ha bajado con vosotros?

—No me he fijado —dijo Pam, y miró a su alrededor.

Pero Ricky no estaba por ninguna parte.

—Debe de estar todavía en el tejado, papá —dijo Pete. Y tras colocarse ambas manos a los lados de la boca, gritó—: ¡Ricky! ¡Eh, Ricky, baja!

No hubo contestación. Pete subió rápidamente la escalerilla y miró por el tejado. Ricky no estaba allí. Cuando Pete volvió a bajar e informó de lo que pasaba, Pam se asustó mucho.

—Papá —dijo, alarmada—, ¿crees que Ricky puede haberse caído por el otro lado del tejado?

OTRA NOTA EXTRAÑA



Cuando Pam habló de sus temores de que Ricky se hubiera caído por el otro lado del tejado, todo el mundo mostró preocupación. La multitud guardó silencio, mientras los Hollister empezaban la búsqueda.

Pete corrió al callejón que daba a un lado de la tienda, y Pam fue por el otro. El señor Hollister y Holly cruzaron la tienda hasta la calle posterior. ¡Pero Ricky seguía sin aparecer!

Cuando los buscadores volvieron a la entrada del Centro Comercial, Will Wilson, que se había unido a los curiosos, llamó a Pete.

—Oye, creo que sé adónde ha ido tu hermano.

—¿Lo sabes? ¿Adónde? —preguntó Pete, impaciente.

—Me ha parecido verle yéndose a casa, llorando.

—¿Por qué iba a hacer eso? —repuso Pete, no sabiendo si creer o no a Will.

—Por nada. ¡Porque es un bebé llorón! —dijo Will.

—No lo es —protestó Holly, saliendo en defensa de su hermano, mientras Pete se alejaba con disgusto.

De repente, Pam gritó:

—¡Escuchad todos!

Todos pudieron oír una risa profunda.

—¡Jo, jo, jo! ¡Feliz Navidad para todos!

La voz parecía llegar del tejado y todos levantaron, la vista. La bolsa que llevaba Papá Noel al hombro se movió ligeramente y al poco salió por ella la cabeza de un chico.

—¡Ricky! —chilló Holly, emocionada—. ¡Está escondido en el saco de Papá Noel!

—¡Feliz Navidad! ¡Feliz Navidad! —repitió Ricky.

—¡Igualmente! ¡Lo mismo te deseamos! —gritaron algunos de los presentes.

El señor Hollister, tranquilizado, sacudió la cabeza.

—Baja en seguida —ordenó—. Nos tenías preocupados a todos.

Ricky bajó por la escalera, que luego Indy recogió. Empezaba a oscurecer y Pete dijo:

—¿No es hora de encender las luces, papá?

El señor Hollister, mirando el cielo, ya muy oscuro, asintió:

—Sí. Baja el interruptor, hijo.

Indy había empalmado un cordón conectado con la corriente del interior de la tienda. Cuando Pete pulsó el interruptor, un torrente de luz iluminó la escena del tejado. El hocico del primer reno se encendió, todos los animalitos de madera empezaron a mover de un lado a otro la cabeza y las notas de la canción «Alegres Campanas» llenaron el aire. Los presentes aplaudieron y, algunos, empezaron a tararear la conocida canción.

—No cabe duda de que estos Hollister tienen siempre buenas ideas —dijo una señora de cabellos grises.

—Bah. No son tan importantes —masculló entre dientes un chico. Era Joey Brill.

Joey se inclinó e hizo una bola de nieve muy apretada y dura. Apuntó con cuidado, desde detrás de un poste de teléfono, y lanzó la bola al tejado del Centro Comercial.

¡Chass!

La bola alcanzó al primer reno en el hocico y la bombilla roja se hizo mil pedazos.

—¿Quién lo ha hecho? —preguntó Pete, indignado.

—Ese chico que se marcha corriendo —dijo la señora canosa—.

¡Qué mala intención se necesita para hacer una cosa así!

Pete distinguió a Joey, y corrió tras él. Pero el chico giró en una esquina y desapareció.

—Ajustaremos cuentas más tarde —dijo Pete.

Cuando regresaba a la tienda, Holly le salió al encuentro para decirle:

—Indy ha puesto una bombilla nueva. Mira; el hocico del reno ya está otra vez encendido.

Pete levantó la vista y contempló la luz que volvía a brillar en la oscilante cabeza del animal de madera.

—Será mejor para Joey que no vuelva a romperla —dijo Pete.

En aquel momento, Dave Meade, que acababa de llegar, corrió junto a los Hollister.

—Es fantástico —afirmó—. Nunca ha habido una cosa igual en Shoreham.

Ricky le contó lo ocurrido con Joey.

—Estoy seguro de que quiere vengarse —opinó Dave.

—¿A qué te refieres? —preguntó, inmediatamente, Pete.

—Ah, pero ¿no os habéis enterado?

—¿De qué?

—¿Sabes quién se encarga de hacer los recados y pedidos para el señor Tash?

—¿No será Joey?

—¡Sí!

—Entonces, por eso nos ha tirado la bola de nieve contra el reno —dijo Pete, que a continuación contó a Dave cómo el señor Tash, propietario de la ferretería de más abajo, había querido quedarse con el trineo y los renos que habían adquirido los Hollister el día anterior.

—Seguramente a Joey le molestó que vosotros salieseis ganando —dijo Dave, riendo—. Más vale que tengáis cuidado. La próxima vez puede intentar alcanzar con una bola a Papá Noel.

—Tienes razón —concordó Pete—. Voy a ir ahora mismo a casa del señor Tash, y hablaré con Joey, si es que está allí.

Acompañado por Dave, Pete cruzó una calle y entró en la tienda del señor Tash. El establecimiento no era precisamente un lugar ordenado y limpio. Por todo el suelo se veían pilas irregulares de

diversos artículos. Joey estaba en el mostrador, envolviendo unos encargos, cuando se acercó Pete. El camorrista arrugó la frente al ver a los dos amigos.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó huraño.

—He venido a advertirte sobre nuestro Papá Noel. ¡No vuelvas a tirarle bolas de nieve!

—Tiraré bolas de nieve siempre que me dé la gana —espetó Joey a Pete.

—Te advierto por última vez —dijo Pete, antes de salir de la tienda.



Al llegar al Centro Comercial, encontró a su padre y sus hermanos preparándose para ir a casa. Dave hizo el trayecto con ellos, hasta llegar a su propia casa. Entonces bajó y se despidió.

En casa, Sue se mostró contentísima con lo que le contaron sobre Papá Noel y, en seguida, mostró gran interés en ir a verlo. De

modo que el señor Hollister se la llevó en la furgoneta para que pudiera contemplarlo.

—¡Oh, papá! —gritó la pequeñita, entusiasmada—. ¡Tu tienda es la más simpática y la más bonita de la ciudad!

—Y yo confío en que sea la que tenga los más simpáticos y los más bonitos juguetes para los pobres niños que no reciben regalos en estos días.

—Yo quiero que el trineo tenga tantas cosas encima que llegue hasta el cielo —añadió Sue, palmoteando.

Cuando la chiquitina y su padre llegaron a casa, ya estaba la cena preparada.

—¡Zambomba, se está poniendo el tiempo muy frío! —dijo Pete cuando unas ráfagas de viento helado le azotaron en la cara.

Su hermano y él entraron en el garaje y acariciaron al burro. De pronto, Ricky exclamó:

—¡Mira, Pete! ¡«Domingo» lleva otra nota!

Colgando del cuello del animal había un cartel parecido al de la primera vez. Escrito en él se leía:

SOY EL MEJOR BURRO DE LA CREACIÓN.
EN NAVIDAD UTILÍZAME COMO…

Y. I. F.

—¡Canastos! ¿Con qué rima creación?

—Éste es muy fácil —sonrió Pete—. Apostaría a que es decoración.

—¿Quiere decir que debemos colgar a «Domingo» del árbol de Navidad?

Pete se echó a reír a carcajadas:

—Hazlo, si puedes. Pero quizá se pueda usar a «Domingo» como adorno en alguna otra cosa.

Ricky suspiró y dijo:

—Si «Domingo» pudiera hablar nos diría quién es ese misterioso Y. I. F.

En aquel momento el burro dijo sonoramente:

—¡Aaaaiiiih! ¡Aaaaiiiih!

Los dos hermanos se echaron a reír. Luego, al volver a ponerse serios, Ricky preguntó:

—Oye, Pete, ¿no pone papá «se despide cordialmente» en las cartas comerciales?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque estoy seguro que esas letras son algo parecido. Por ejemplo: Yo Intensamente Feliz.

Pete rió a más y mejor con la ocurrencia del pecoso.

—Pero, aunque tuvieras razón, eso no nos aclararía el nombre.

—Tienes razón, Pete. Lo que es seguro es que el señor Vega no ha escrito esta nota. ¿Quién lo habrá hecho?

Pete se metió la nota en el bolsillo para enseñársela a los demás de la familia. Luego preparó un cubo de pienso para el burro, mientras su hermano le llevaba otro cubo con agua. «Domingo» quiso salir del garaje con ellos.

—Echa de menos su ejercicio de hoy, porque no vinimos en seguida de salir de la escuela —dijo Pete—. Ven, muchacho, que haremos una carrera.

Pete se sentó sobre «Domingo», sin siquiera ponerle la albarda y los dos salieron veloces. ¡Qué pronto lamentó Pete haber montado a pelo sobre el animal!

—¡Eh, «Domingo», tranquilízate!

Pero el burro lo estaba pasando demasiado bien para hacer caso de nadie y corrió calle abajo, tan de prisa como pudo, con Pete aferrado a su ronzal.

—¡Basta! ¡Basta! —gritaba el chico.

Por fin «Domingo» se decidió a volver. ¡Y qué contento estuvo su jinete de que así lo hiciera! Pete entró en casa cojeando, y puso una almohada en la silla antes de sentarse para hacer los trabajos escolares. Enseñó a la familia la nota que acababa de encontrar y el señor Hollister la leyó, frotándose, pensativo, la barbilla.

—Realmente, es un misterio —dijo—. No cabe duda de que «Domingo» tiene un secreto.

—Pero nosotros lo resolveremos —declaró Pam, muy decidida, mientras preparaba sus trabajos. Y cuando acabó de estudiar dijo a su padre—: Papá, ¿has puesto el anuncio en el periódico, advirtiendo que la gente podrá comprar a precio especial los regalos

de Navidad para niños pobres?

—No, hija. ¿Quieres redactarlo tú misma?

—Sí, papá. Pero antes voy a repasar la lección con Pete.

Pete y Pam se ayudaban, muchas veces, a hacer los deberes del colegio, Pam tomaba las lecciones a Pete y él repasaba los problemas de aritmética de su hermana.

Cuando hubieron concluido, aquella noche, Pam se sentó a redactar el anuncio. Al terminar, se lo mostró a Pete:

SEA USTED TAMBIÉN PAPÁ NOEL

… COMO EL QUE SE ENCUENTRA EN EL CENTRO COMERCIAL.

¡AYÚDENOS A LLENAR EL TRINEO CON REGALOS PARA AQUELLOS QUE SON MENOS AFORTUNADOS QUE USTED!

EL CENTRO COMERCIAL LE OFRECE PRECIOS ESPECIALES PARA LOS REGALOS DEL TRINEO.

NOSOTROS NOS ENCARGAREMOS DE EMPAQUETAR LOS REGALOS DEBIDAMENTE Y EFECTUAR SU ENTREGA EN LA NOCHEBUENA.

Después de leerlo, Pete exclamó:

—Es un anuncio fantástico, Pam. Ya verás cuando papá lo lea.

Los dos corrieron a la sala, donde el señor Hollister estaba leyendo el periódico, y le mostraron el escrito.

—Magnífico, Pam —dijo el padre—. Muy bien pensado. Podríais ir vosotros mismos a llevarlo a «El Águila de Shoreham», mañana por la mañana.

Al día siguiente, Pete y Pam salieron antes de la hora del colegio, para ir a dejar el encargo del anuncio en las oficinas del periódico. Como Pete había notado la tarde anterior, el tiempo era mucho más frío, y los dos hermanos caminaron soportando el fuerte azote del viento, que les daba de frente. El resultado fue que Pete, que casi no veía por dónde iba, chocó con un árbol.



—¡Ay, pobre árbol! —bromeó Pam, haciendo sonreír a Pete.

A pesar de todo, no tardaron en llegar al edificio de «El Águila de Shoreham».

—Mira quién está ahí, Pete —dijo la niña.

Frente a ellos, en el mostrador de registro de anuncios, se encontraba Joey Brill. Llevaba una cuartilla de papel en la mano y hablaba con una joven empleada.

—El señor Tash quiere poner este anuncio mañana, pidiendo un Papá Noel.

De repente, el chico se volvió en redondo y los ojos casi se le salieron de las órbitas cuando vio a los Hollister.

—Conque siguiéndome, ¿eh? —dijo el chico en tono antipático —. Vosotros siempre haciéndoos los detectives. ¡Pues no vais a saliros con la vuestra!

—¿Salimos con la nuestra? —dijo Pete.

—Eso he dicho. ¡Pero el señor Tash va a tener un Papá Noel, con su trineo y sus renos, y va a ser dos veces más grande que el vuestro!

Dicho eso, Joey abrió la puerta y salió a la calle.

—Apuesto a que no encontrará ninguno —dijo Pete, mientras entregaba el anuncio a un empleado.

Pam siguió preocupada, durante las horas del colegio, pensando en aquello, aunque su hermano lo olvidó por completo.

Cuando los cuatro hermanos se reunieron, al terminar las clases, Pete propuso:

—¿Por qué no vamos a patinar? El hielo está estupendo ahora.

Ricky dijo que sí en seguida y los dos chicos corrieron a casa a buscar sus patines para hielo. Pronto se encontraron deslizándose sobre la helada superficie, describiendo eses y ochos, y persiguiéndose en círculo.

Pam y Holly se entretuvieron unos momentos en casa de los Hunter. Cuando llegaron a su casa encontraron a Sue que salía corriendo del garaje.

—¡Pam! ¡Holly! —gritó la pequeñita, corriendo hacia sus hermanas—. ¡A «Domingo» le pasa algo muy malísimo!

—¿Qué quieres decir? —preguntaron las dos mayores, asustadas.

—«Domingo» está… está temblando… temblando.

UN BURRO TESTARUDO



Cuando Pam y Holly oyeron que «Domingo» estaba temblando, entraron a toda prisa en el garaje. Sue, entre tanto, corrió a la casa para avisar a su madre.

Pam fue la primera en llegar junto a «Domingo». El burro tenía los ojos tristones, estaba arrebujado sobre la paja y temblaba convulsivamente.

—¡Pobre animalito! —murmuró la compasiva Pam, arrodillándose para rodear con sus brazos al burro—. ¿Estás enfermo?

—A lo mejor tiene dolor de estómago —dijo Holly, acariciando al animal—. Te buscaremos alguna medicina, «Domingo». Oye, Pam, ¿qué medicina deben de tomar los burros?

—No lo sé. Lo mejor será preguntar a un veterinario.

En aquel momento, la señora Hollister entró muy apresurada, con Sue, La señora se inclinó y palpó el hocico de «Domingo». En seguida dio un suspiro de alivio y dijo:

—Por fortuna, no está enfermo. Tiene el hocico frío y húmedo. Todo lo que ocurre es que tiene frío. —Y dando unas palmadas al tembloroso animal, le dijo—: Donde vivías no estabas acostumbrado

a las temperaturas bajas, ¿verdad?

—Pues habrá que ponerle mantas —siguió Sue—. Iré a buscar una de mi camita.

—Puede que tengamos alguna vieja en la buhardilla —dijo la señora Hollister.

—Mamá, ¿por qué no le hacemos una mantita para que la lleve puesta? —preguntó Pam.



—¡Excelente idea! —respondió la madre—. Y ya sé de qué la haremos. De una manta vieja de coche.

Y la madre de los Hollister explicó que sus padres habían utilizado aquella manta muchos años atrás, cuando los coches no tenían calefacción. Estaba todavía en buenas condiciones y era de mucho abrigo.

La señora Hollister y sus hijas corrieron a la casa y subieron a la buhardilla. Encontraron la vieja manta guardada en una bolsa antipolilla. Al Sacarla, Pam exclamó:

—¡Es muy bonita! «Domingo» estará muy elegante con esta manta de lana, a cuadros.

Volvieron al piso bajo y quitaron lo que había en la mesa del comedor para poder trabajar encima del tablero. Holly buscó las tijeras y Pam volvió al garaje, con una cinta métrica para tomar medidas a «Domingo». Sin pérdida de tiempo, Pam extendió la cinta desde el cuello al rabo de «Domingo».

—Un metro —dijo—. Y alrededor del cuello, noventa y cinco centímetros. ¡Ah! Falta el contorno del cuerpo. A ver… Un metro y medio.

Pam acarició al burro, diciéndole:

—Pronto estarás abrigado.

Y volvió rápidamente al comedor. La señora Hollister comprobó que la manta tenía el tamaño justo para hacer a «Domingo» una especie de abrigo que le cubriese los flancos y el lomo hasta el rabo.

—Ve a buscar una cinta sólida y dos hebillas —encargó la madre a Holly.

Ambas cosas tenían que ser cosidas a la manta para ajustarla sobre «Domingo», bajo el cuello y en el pecho del animal.

Ya entonces la señora Hollister tenía cortada la manta con la forma conveniente. Pam y Holly se repartieron el trabajo de coser las cintas y las hebillas. De pronto echaron de menos a Sue. Cuando la pequeña no contestó a la llamada de su madre, Pam gritó:

—¡Sue! ¡Pequeñita! ¡Sue, bebé bonito!

Pam sabía que a su hermanita no le gustaba que le llamasen bebé y que, por ello, si estaba en algún sitio desde donde la hubiera oído, contestaría de inmediato, protestando. Pero no contestó nadie.

Holly acudió a la cocina y miró por la ventana.

—La veo yendo al garaje, mamita. Seguramente quiere consolar a «Domingo», mientras le acabamos la manta.

La señora Hollister y las dos hijas mayores continuaron trabajando. Unos minutos después oían pisadas estrepitosas en el porche posterior. Alguien abrió la puerta de la cocina.

¡Clip, clop! ¡Clip, clop!

—¿Qué es ese ruido? —dijo la señora Hollister, atónita, dejando las tijeras sobre la manta, para correr a la cocina, seguida de Pam y Holly. En medio de la cocina estaba, muy orondo, «Domingo». Sue,

a su lado, le tenía sujeto por el ronzal.

—¡Oh! —exclamó la señora Hollister—. No debiste hacer esto, Sue. Mira qué suelo; se ha ensuciado todo.

—Es que…, me dolía pensar que el pobre «Domingo» se estaba congelando. Está casi «hielado». Ahora estará cómodo y calentín hasta que le pongamos su abrigo.

Pam y Holly no pudieron contener la risa. Y pronto la señora Hollister reía también. Era muy cómico ver a «Domingo» olfateando el blanco refrigerador.

—A lo mejor tiene hambre —dijo Sue y abrió el refrigerador para sacar una zanahoria—. Anda, mamita, déjale que se quede aquí.



—Muy bien, Sue. Nosotras acabaremos la manta lo más rápidamente posible y tú, entre tanto, vigilas a «Domingo».

Mientras iban al comedor, Pam dijo:

—La manta de «Domingo» deberá llevar su nombre bordado.

—Y más campanillas —añadió Holly.

Retorciéndose una trenza, Holly corrió a su habitación, para regresar con un puñado de cascabeles plateados. Con aguja e hilo

las cosió a las esquinas de la manta del burro. ¡Qué alegre tintineo!

De una falda vieja, de paño amarillo, Pam recortó las letras necesarias para poner la palabra «DOMINGO», y las cosió a un lado de la manta. Ya estaba la prenda lista para probársela al burro. Pero cuando la señora Hollister, Pam y Holly entraron en la cocina, oyeron un golpe sordo. ¡Plop! «Domingo» había decidido sentarse.

—¡Levántate! —le ordenó Sue—. Ya tienes el abrigo nuevo, listo para probarlo.

El burro miró a la pequeñita a los ojos, pero ni se movió.

—Mira. Un abrigo nuevo. Vas a estar muy abrigado —dijo Holly —. Vamos, sé un buen burro y ponte de pie.

Pam no dijo nada; desapareció en la despensa y volvió con un terrón de azúcar. Lo sostuvo en alto, ante el hocico de «Domingo». El burro se apresuró a apoderarse del terrón y lo mordió, muy satisfecho, pero no se movió. Las tres niñas probaron a empujarle por detrás y a tirar de él, pero «Domingo» continuó donde estaba.

—Qué desastre —se lamentó la señora Hollister—, ¿cómo lo sacaremos de aquí? Ya es hora de hacer la cena.

Apoyando las manecitas en las caderas y sacudiendo de uno a otro lado la cabeza, Sue dijo:

—Creo que hoy «Domingo» tendrá que cenar con nosotros.

Estaban Pam y Holly riendo por la ocurrencia de su hermana, cuando llegaron Ricky y Pete.

—¡Zambomba, qué barbaridad! —exclamó el hermano mayor.

Y Ricky, arrugando su nariz pecosilla, preguntó:

—¿Cómo se ha metido aquí?

La madre explicó a los chicos que no había manera de que el burro se levantara sobre sus cuatro patas.

—Yo sé una cosa que le hará levantarse —aseguró Ricky.

Dicho esto, el pelirrojo entonó a grandes voces el himno nacional. Pete y las niñas observaron atentamente. Pero el burro no daba muestras de comprender y continuó sentado.

—Vaya —murmuró Ricky, rascándose la cabeza.

—Ya sé lo que dará resultado —dijo entonces Pete, y salió de la casa.

Volvió a los pocos minutos con un gato de automóvil que su padre utilizaba cuando cambiaba los neumáticos de la furgoneta. El

chico probó suerte, pero cada vez que intentaba colocar el armatoste debajo de «Domingo» no conseguía más que ver resbalar el gato por el brillante linóleo.

—Bien —dijo la señora Hollister, suspirando—. Creo que tendremos que darnos por vencidos.

No había terminado ella de hablar cuando «Domingo», con gran estrépito, se irguió sobre sus cuatro patas.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó Ricky.

—Sólo quería gastarnos una broma —sonrió Pam—. Anda, mamá, vamos a probarle su abrigo en seguida.

La manta quedó colocada sobre el lomo del animal y la señora Hollister ajustó las hebillas.

—No diréis que no queda fino y distinguido —bromeó Pam.

—A lo mejor podríamos llevarle a un desfile de modelos de asnos —añadió Holly.

Todos rieron de buena gana, hasta que la señora Hollister dijo:

—A ver si los chicos os encargáis de llevarle al garaje.

—Por aquí —ordenó Ricky, tomando al burro por el ronzal.

«Domingo» le siguió y, a los pocos momentos, volvía a encontrarse en su establo de confección casera. Los chicos le dieron el pienso de la cena y también dejaron carne y leche para «Morro-Blanco» y sus mininos.

Mientras la madre empezaba a hacer la cena, las niñas hicieron limpieza en el comedor. A la hora de llegar el señor Hollister, la estancia había quedado limpia y la mesa estaba puesta.

Sue hizo salir a su padre para enseñarle el abrigo de «Domingo».

—Muy bien —dijo el señor Hollister. Y al entrar en casa añadió —: Mi familia siempre está haciendo cosas buenas para proporcionar felicidad a los demás.

—Todo el mundo tiene que ser feliz, ¿verdad, mami? —preguntó Sue, levantando la vista hacia su madre, que estaba ocupada en hacer un gran filete a la plancha.

—Hoy no sólo habéis hecho feliz a «Domingo», sino también a mí —dijo el señor Hollister, en tono misterioso.

—¿Cómo, papá? —preguntó Pam.

El señor Hollister contestó que la idea de vender juguetes a precio reducido había dado un gran resultado.

—Ya antes de que apareciera el anuncio en el periódico, la gente ha empezado a entrar para comprar regalos a los necesitados. Tengo una gran pila de cajas en el trineo de Papá Noel.

—¡Viva! —gritó Holly, palmoteando—. Pero ¿qué pasará si nieva?

El señor Hollister levantó la tapadera de un humeante cazo donde se cocían frijoles, y olfateó el apetitoso olorcillo.

—¡Huuumm! Sí, hija. Buena ocurrencia. Creo que tendremos que disponer de algo con que cubrir las cosas, por si vuelve a nevar antes de Navidad.

Pete ofreció su poncho de excursión, que estaba en el garaje.

—Vayamos a cubrir con él los regalos esta misma noche —dijo.

El señor Hollister estuvo de acuerdo y, después de cenar, toda la familia se instaló en la furgoneta. Estaban aproximándose a la tienda cuando Ricky gritó:

—¡Canastos, mirad cuánta gente!

Había muchas personas que contemplaban los renos y reían, viendo el hocico encarnado del primer animal y las cabezas que se movían de un lado a otro. El señor Hollister aparcó el vehículo y todos salieron y abrieron las puertas del Centro Comercial. Pete fue a la trastienda a buscar la escalera y, con la ayuda de Ricky y de su padre, la sacó por la puerta trasera.

Ricky sostuvo el poncho, mientras apoyaba la escalera en la pared. De repente, a la brillante claridad que despedían los renos, Pete vio en los ladrillos dos rascaduras verticales, paralelas.

—Mira, papá, qué señales tan curiosas —dijo.

El señor Hollister examinó las marcas.

—Son señales dejadas por una escalera. Pero no apoyamos aquí la escalera la última vez.

—¡Aquí hay algo más! —anunció Ricky—. ¡Mirad qué huellas de pies en el suelo!

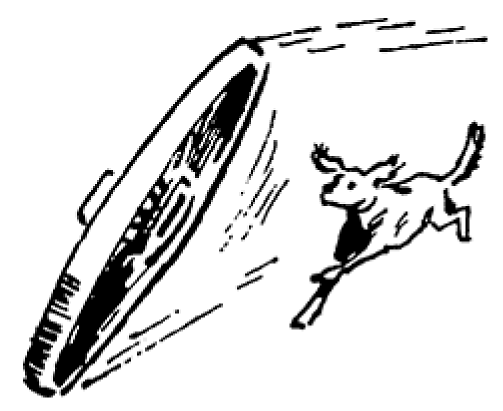
Se advertía que alguien, de grandes pies, había probado a apoyar una escalera en aquella pared, pero la escalera debió de resbalarle.

—El que lo hizo debió de asustarse por algo —dijo el señor Hollister.

De repente, a los ojos de Pam asomó una expresión inquieta.

—Papá, ¿crees que alguien habrá intentado subir al tejado, para robar los regalos del trineo? —preguntó.

UN CARRITO FUGITIVO



—Por favor, papá, vayamos a ver si han robado los regalos del trineo —suplicó Pam, mirando a Papá Noel, instalado en el tejado del Centro Comercial.

—Eso vamos a hacer —dijo el señor Hollister.

Después de asentar firmemente la escalera, subió por ella. Pete le siguió, llevando el poncho.

—¿Ha desaparecido algo? —preguntó, mientras su padre acababa de contar las cajas de alegres colores, adornadas con bonitos lazos.

—Celebro decirte que no. Nadie ha tocado nada —gritó, para que lo oyese Pam.

—Pero alguien ha debido de planear hacerlo —opinó Pete—. ¿No sería mejor guardarlo todo en la tienda?

El señor Hollister contestó que, teniendo en cuenta la eficacia de la policía de Shoreham, nadie podía atreverse a subir al tejado y robar los regalos navideños.

—Además —añadió, mientras Pete extendía su poncho sobre los regalos y lo remetía por los lados del trineo—, tengo entendido que un coche patrulla ronda constantemente por esta calle, durante las

noches.

Tranquilizado al oír aquello, Pete siguió a su padre, escalera abajo, y entró con él en la tienda. Mientras volvían a casa, Sue se acurrucó junto a su madre y se quedó dormida. Cuando llegaron a casa, el señor Hollister subió en brazos a su hija menor. Sue no se despertó cuando la desvistieron y no abrió los ojos en toda la noche.



Entre tanto, Ricky encontró un aviso de telegrama en la puerta. El señor Hollister telefoneó a la central de telégrafos y supo que el telegrama era del señor Vega y decía así:

> «No sé nada sobre nota burro. Agradeceré noticias cuando resuelvan misterio. Saludos a todos. Incluido “Domingo”».

—Vaya —murmuró Ricky—. Ahora tendremos que empezar todo otra vez. ¿Quién puede ser ese Y. I. F.? —murmuró hundiendo la barbilla entre las manos.

—Tengo una idea —dijo súbitamente Pam—. Puede que el piloto o alguna otra persona del avión lo sepan. Debemos llamar al aeropuerto para preguntarlo.

El señor Hollister hizo la llamada y habló con el capitán de las líneas aéreas. El hombre cotejó las iniciales de todas las personas que trabajaban con él, pero nadie tenía aquellas iniciales.

—¡Dios mío! —murmuró Pam, con desaliento—. ¿Cómo vamos a averiguarlo?

A la mañana siguiente, Ricky madrugó para limpiar el pesebre de «Domingo» y darle el pienso antes de ir al colegio. Y deseaba estar un rato a solas con el animal porque, en secreto, le estaba enseñando a hacer algunos ejercicios y piruetas.

—Un apretón de manos —ordenó. Y «Domingo», obediente, levantó su pezuña derecha. Como premio recibió una manzana.

Después, Ricky sujetó entre ambas manos la cabeza del burro y se la zarandeó de uno a otro lado, diciendo:

—¿Dos y dos son cinco?

Luego soltó la cabeza del burro, repitió la pregunta. «Domingo» se quedó mirándole sin moverse.

—No seas tonto, hombre. Bueno; tendré que darte otra lección al salir de la escuela. Tienes que saberte todos los trucos para Navidad.

Aquel día, la maestra de la clase de Ricky dijo que debían confeccionar cadenas de papel de colores para el gran árbol navideño que pondrían en el escenario el día de la representación. La maestra pasó tarritos de cola blanca y tijeras a los alumnos.

—Podéis empezar ahora mismo —dijo la señorita Berry.

Los ojos de Ricky despidieron chispitas de felicidad. Le encantaba manipular con la goma líquida. Estuvo un buen rato trabajando con todo interés, hasta que tuvo una larga tira de eslabones verdes, rojos y amarillos.

—Y ahora haremos unos farolillos de papel para el árbol —dijo la maestra, y añadió—: Así es como debéis pegar el soporte en la parte superior del farolillo.

Y para que todos lo aprendieran, pegó los extremos de una tirita de papel encima del farol.

Ricky hizo uno igual y luego decidió añadir una larga cadena al farolillo.

«Pero voy a necesitar más cola de pegar. Tomaré un poco del tarro de Jimmy» —se dijo.

Jimmy era el niño que se sentaba a su lado. Ricky se volvió velozmente y agachó la cabeza, en el preciso momento en que Jimmy levantaba de la mesa su tarrito de cola blanca.

¡PLOF! ¡La naricilla respingona de Ricky se sumergió en la blanda pasta!

—¡Bombas y granadas! —exclamó Jimmy, echándose a reír, sin poder evitarlo.



Todos los niños se volvieron a mirar, mientras Ricky se tocaba la nariz. Ahora, el pecoso tenía también los dedos blandos y pegajosos. Al verle así, todos sus compañeros se echaron a reír.

Aquello hizo que Ricky sintiera ganas de hacer tonterías. Por eso

tomó la cadena de papel y se la pegó a la nariz.

—¡Miradme! ¡Soy un árbol de Navidad!

Y todos, hasta la maestra, rieron alegremente.

—Será mejor que vayas a lavarte la cara y las manos —dijo, luego, la señorita Berry.

Ricky hizo lo que ella le indicaba. Cuando el pelirrojo volvió, la maestra estaba diciendo:

—Ahora quería hablaros sobre adornos y regalos para las personas poco afortunadas.

Explicó que había una familia muy pobre que vivía a poca distancia de la escuela. ¿No sería hermoso preparar para ellos una buena cesta de alimentos? Todos los niños dijeron que sí, y la señorita Berry sugirió que los niños llevasen algún dinero que se hubieran ganado con su esfuerzo, si sus respectivos padres estaban de acuerdo. Todos palmotearon, diciendo que estaban dispuestos a ganar dinero para ayudar a aquella familia.

—Yo sé cómo conseguir dinero —anunció Ricky—. Con nuestro burro «Domingo». Veré si mi hermano me ayuda a construir un carrito; así podríamos ir a llevar encargos de la tienda de mi padre. Le traeré el dinero que ganemos, señorita Berry.

Jimmy Cox y los demás niños consideraron aquélla una gran idea, mucho mejor que quitar nieve a paletadas o fregar platos, para ganar algunas monedas.

—¡Qué gran idea! —dijo Pete, cuando el pelirrojo se lo explicó todo, según iban a casa—. Eh, Dave —llamó Pete, viendo pasar a su amigo—. Ricky y yo vamos a hacer un carrito para nuestro burro. ¿Quieres ayudarnos a buscar con qué hacerlo?

—Claro que sí —afirmó Dave, entusiasmado—. Ahora que me acuerdo, en la cuadra de casa hay dos ruedas viejas de carro y un eje. Puede que estén un poco herrumbrosas, pero creo que servirán.

—Estupendo —dijo Ricky.

Cuando las niñas de la familia Hollister conocieron el plan de los chicos, también quisieron participar. Holly dijo en seguida:

—He visto los restos de una carreta en el sótano de la casa de Donna Martin. Puede que su madre nos permita usarla.

Corrieron a casa de Donna y en seguida hablaron con la niña. La pequeña subió en busca de su madre, que apareció de inmediato.

—Sí. Claro que podéis usar esos restos de carro —dijo a los Hollister—. Yo jugaba con él cuando era niña. Siento que falten las ruedas.

—Ya tenemos ruedas —contestó Ricky—. Vamos, chicos: a recoger la carreta.

Todos los niños bajaron en tropel al sótano. Los chicos se encargaron de transportar la caja del carro hasta el patio y después fueron a casa de Dave, en busca de las ruedas y el eje. Lo encontraron todo en un viejo pajar, junto a un gran azadón.

—¡Canastos, si es precioso! —opinó Ricky.

Algo más arriba, colgados de un clavo, pendían algunos arneses.

—A lo mejor también podría serviros esto —ofreció Dave, descolgándolo, para quitarle el polvo.

—Seguro —asintió Pete.

Las dos ruedas estaban todavía en buenas condiciones, a pesar de la herrumbre y las telarañas que las cubrían. Parecían algo grandes para la carretilla de mimbre, pero eso no tenía importancia para los Hollister, que las transportaron, rodando, desde la cuadra de Dave a la casa de Donna. Les seguía Dave, cargado con un martillo, destornillador, llave inglesa, tornillos y tuercas.

Luego de volver la caja de carro boca abajo, Pete examinó la plataforma dé madera y decidió que el mejor sitio para colocar el eje era a treinta centímetros de la parte delantera. Olvidó por completo que había que pensar en un buen equilibrio. Una vez puesto el eje sobresalía algo más de un palmo por cada lado. Y, después de colocadas resultó que las ruedas levantaban la caja algo más de lo que todos habían imaginado.

—Está raro, pero muy bonito —opinó Holly.

Muy orgulloso, Pete se colocó entre las dos varas y tiró de la carretilla hasta su casa, seguido de los demás niños.

—Iré a buscar a «Domingo» —se ofreció Pam.

Ella se encargó de sujetar al burro, mientras los demás le colocaban los arneses. Cuando el animal quedó enganchado, el carrito se inclinó extraordinariamente hacia delante. Pero nadie se fijó en lo anormal que aquello era.

Ricky quería ser el primero en dar un paseo, pero Pete dijo:

—Pam, haz tú la prueba.

La niña soltó al burro, pero aún no había podido acomodarse en la carreta cuando llegó «Zip», corriendo. Con un gran salto, el perro se colocó en el carrito.

—¡Parece que «Zip» quiere ser el primero en probar! —rió Holly.

Pero las sonrisas se transformaron al momento en expresiones de preocupación cuando «Domingo», asustado por el salto de «Zip», emprendió la carrera. Los niños corrieron tras él, gritando a «Domingo» que se detuviera, y notando con asombro que «Zip» continuaba dentro de la carretilla. El hermoso perro pastor no parecía en absoluto preocupado por el hecho de que «Domingo» hubiera salido a la calle y corriera hacia el centro de la ciudad.

—¡Para, «Domingo», para! —gritaban los Hollister, pero el burro parecía resuelto a dar a «Zip» un largo paseo.

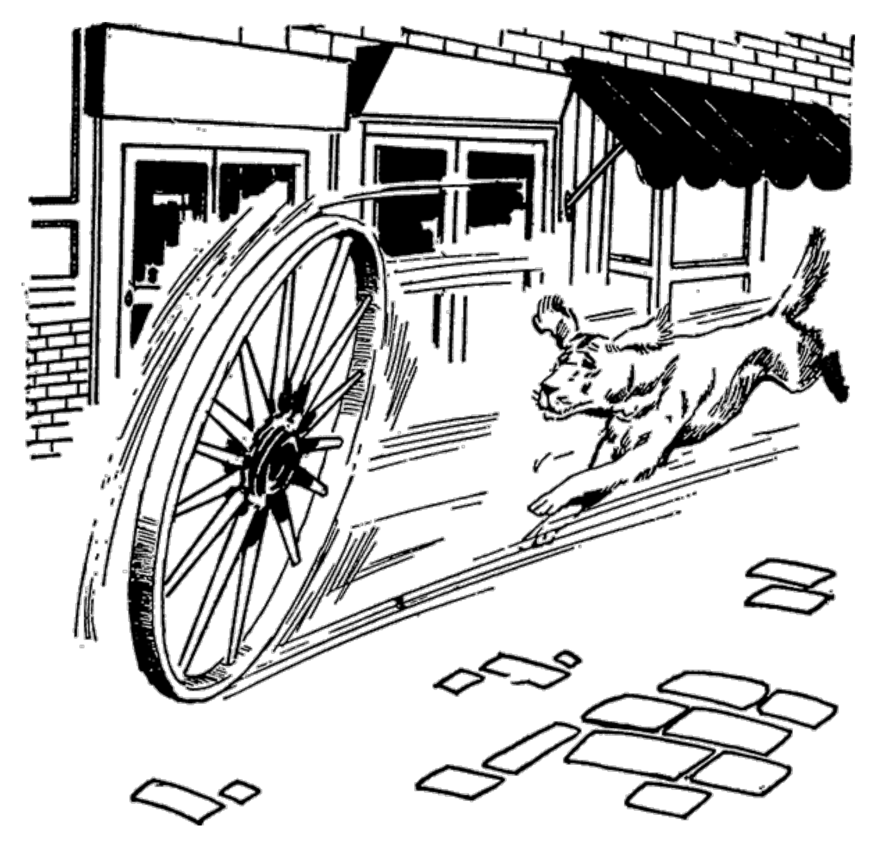
De repente apareció un coche que avanzaba en sentido contrario a la carreta. Los niños contuvieron la respiración. El burro se desvió hacia la derecha, pero la rueda del carro chocó con el bordillo. Un segundo más tarde se aflojaba la tuerca y la rueda salía disparada. El carrito se detuvo en seco, mientras la rueda saltaba al bordillo.

«Zip» saltó al suelo y corrió tras la rueda, que cruzó velozmente los jardines de varias casas.

Pete y Dave, que eran muy veloces, salieron en persecución de la rueda, para detenerla antes de que chocase con algo o con alguien. Pero la rueda les llevaba una buena delantera. De repente, Pete gritó:

—¡Mira, Dave!

La rueda acababa de patinar en un trecho de nieve y, tras cambiar de curso, avanzaba directamente hacia el porche encristalado de una casita blanca.



Holly se tapó los ojos con ambas manos y dejó escapar un grito. Era seguro que la rueda iba a romper todos los cristales. Para colmo de desgracias, el jardín de la entrada hacía un poco de declive y la rueda, al llegar allí, descendió aún con mayor rapidez.

Por lo visto, «Zip» consideraba que aquello tenía mucha gracia, pues seguía saltando y ladrando alegremente, detrás de la rueda.

De repente, Pam, que también corría y estaba casi a la altura de los chicos, tuvo una idea.

—¡«Zip», «Zip»! ¡Para esa rueda! ¡Coge la rueda, guapín! —gritó.

EL SERVICIO DE REPARTO DE RICKY



Cuando Pam gritó a «Zip» que detuviera la rueda, las orejas del animal se pusieron tiesas al instante, como si hubiera comprendido con toda exactitud lo que su amita quería.

De un gran salto, el perro se abalanzó contra la rueda, que osciló un instante hasta que, ¡plop!, cayó al suelo, a pocos centímetros del bonito porche encristalado.

—¡«Zip» es un héroe! —gritó Holly, bailoteando.

—¡Uuuf! Qué poco faltó —murmuró Pete, echándose hacia atrás la gorra, para enjugar el sudor de su frente.

—¡Y tan poco! —concordó Dave—. ¡Qué perro tan inteligente!

Mientras «Zip» olfateaba la rueda que acababa de detener, los demás niños corrieron a su lado, Sue incluida. En aquel momento, la pequeñita se echó a llorar.

—¡Se nos ha «rompido» nuestro carro! —balbució.

Y unas gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. En aquel momento, una señora sonriente abrió la puerta de la casita blanca. Los niños la conocían: era la señora Wallace.

—He visto lo que ha ocurrido —dijo, afablemente—. Vuestro perro ha hecho una verdadera hazaña y voy a darle una

recompensa.

Entró a buscar una enorme galleta moldeada en forma de hueso, y se la ofreció a «Zip», que la tomó muy contento.

—Pero ¿por qué estás llorando? —dijo la amable señora, fijándose en Sue—. Vosotros sois los Felices Hollister, ¿no es cierto? Pues te advierto que la gente feliz no llora. —Echándose a reír, la señora Wallace añadió—: Además, si no te secas en seguida esas lágrimas, se te van a convertir en hilitos de hielo cuando lleguen a la nariz.

Aquella explicación hizo reír a Sue.

—Confío en que podáis reparar vuestro carro —dijo la señora.

Después que la señora Wallace entró en su casa, Pete y Dave recogieron la rueda. Ricky había localizado la tuerca suelta y la enroscó, mientras «Domingo» esperaba, pacientemente, a que todo estuviese concluido.

«Zip» volvió a saltar al carro y Pam condujo a «Domingo» a casa. Allí, Pete buscó una llave inglesa más grande y ajustó la tuerca con fuerza.

—Ahora ya no se soltarán las ruedas —dijo.

Pam y Sue aplaudieron, muy contentas.

Los niños jugaron con el carro hasta el oscurecer, dando paseos en él, de dos en dos, por delante de la casa. Llegaban Pete y Pam de dar un paseo cuando regresó el señor Hollister, que rió de buena gana al ver el extraño artefacto.



—Muy bien hecho —declaró—, pero me parece muy trabajoso para «Domingo». Será mejor que le desenganchéis ya.

Holly tomó a su padre de la mano, diciendo:

—Antes, ¿no quieres sentarte tú y probar cómo se va?

El señor Hollister apoyó un pie en la parte posterior, pero en el momento de levantar el otro pie, el carro se inclinó hacia atrás y el pobre «Domingo» se vio levantado en vilo.

El burro ejecutó una verdadera danza por los aires, pateando frenéticamente, al tiempo que rebuznaba. Incluso después de que el señor Hollister hubo bajado y el carro recuperó la adecuada posición, el aterrado «Domingo» siguió exhalando sus lúgubres ¡Iiiaah, iiiaaah!

Holly y Sue corrieron a su lado y estuvieron abrazando y acariciando a «Domingo» hasta que se tranquilizó. Entonces, los

Hollister estallaron en risas.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Me hubiera gustado tener una foto de «Domingo», el burro volador.

A la hora de cenar, Ricky explicó a su padre que necesitaba ganar dinero para regalar unas cestas navideñas a una familia pobre, y que había pensado conseguirlo haciendo recados para el Centro Comercial.

—¿Me dejarás, papá?

—Muy bien. Pero será mejor que Pam te acompañe. Pasad por la tienda mañana, al salir del colegio.

Al día siguiente, en las escuelas de Shoreham sólo se daba clase medio día, porque había reunión de profesores. En cuanto acabaron de comer, Ricky y Pam engancharon a «Domingo» a la carreta y Pam condujo hacia el Centro Comercial. La tienda estaba llena de compradores, con motivo de la Navidad.

—Tinker ha dejado vuestros paquetes allí —dijo el señor Hollister a su hijo, señalando la trastienda—. Cada paquete lleva el nombre y dirección correspondientes.

Pam ayudó a su hermano a colocar los paquetes en el carro.

—Este de aquí no está marcado —observó Pam.

—Iré a preguntarle a Tinker para quién es —dijo Ricky y se acercó al amable dependiente de cabellos grises.

—¡Ah! ¿Aquella larga caja de cartón? —le respondió Tinker—. Es una tabla de planchar para la señora Ritter, de la calle de la Haya, 16.

Ricky se apresuró a llevar la caja al carro, que estaba detenido delante del Centro Comercial. «Domingo» emprendió un trotecillo por la calle principal de Shoreham. Las gentes se paraban a decir adiós a los dos hermanos, y los coches hacían sonar sus bocinas, a modo de saludo.

—Podemos ir primero a casa de la señora Ritter, y así dejaremos en seguida esa caja tan grande —propuso Ricky.

Unos minutos más tarde se detenían ante el número 16 de la calle de la Haya. Ricky sacó de la carreta el largo paquete y lo llevó hasta la entrada. Cuando tocó el timbre, salió a abrirle una señora de cabellos canosos.

—Aquí tiene usted su tabla de planchar del Centro Comercial,

señora Ritter —dijo Ricky, dándose mucha importancia.

—Muchas gracias, jovencito. Pero ¿no eres demasiado pequeño para que te envíen a llevar paquetes tan grandes?

Cuando Ricky explicó que su hermana y él estaban haciendo aquel trabajo para ganar algún dinero con que ayudar a comprar la cesta de Navidad para una familia pobre, la señora Ritter sonrió, diciendo:

—Toma. Puede que esto os sirva de ayuda, también.

Y dejó en la mano de Ricky una moneda de medio dólar. El pequeño le dio las gracias y volvió al carro, para decirle a su hermana:

—Mira lo que nos ha dado la señora Ritter. ¡Medio dólar! Fíjate; ya hemos ganado algo de dinero.

—Es estupendo —asintió Pam. Y levantando las riendas, gritó—: ¡Arre!

No había dado el burro ni dos pasos, cuando la señora Ritter volvió a abrir la puerta y gritó:

—¡Eh, muchachito! ¡Aquí ha habido un error!

Ricky sintió un ligero susto, pero en seguida bajó del carro y avanzó valerosamente hacia la casa.

—¿Sabes lo que me has traído? —preguntó la señora Ritter, echándose a reír—. ¡Un tobogán! ¿Cómo quieres que me planche los vestidos en un tobogán?

Ricky estaba muy apurado, pero no tuvo más remedio que echarse a reír, en vista de su equivocación. Debía haber cogido una caja por otra.

—Volveré a la tienda a buscar su tabla de planchar —dijo.

A Tinker le dio risa cuando supo la equivocación sufrida.

—De todos modos, ¿por qué no vais a llevar el tobogán? —dijo —. Es para la casa del señor Kent. Ya le conocéis.

—Sí, sí —respondió Pam—. Es aquel señor tan simpático, el director de la sección Vida Animal, de «El Águila de Shoreham». —El verano pasado los Hollister había tenido una extraña aventura en la oficina de aquel señor—. Vamos a llevar el tobogán, Ricky.

Los dos hermanos, otra vez en camino, fueron a entregar la tabla de planchar a la señora Ritter, y después tomaron la dirección de la casa de los Kent. La señora Kent dijo que se alegraba mucho de que

le hubieran llevado el encargo con tanta prontitud. Y al enterarse de los planes de la escuela, dio a Ricky cincuenta centavos de propina. Cuando el pequeño se disponía a marchar, la señora Kent se inclinó y le susurró al oído:

—El tobogán es para mi hijo Roger. ¿Serás capaz de guardar el secreto hasta Navidad?

—Sí, señora Kent —afirmó Ricky.

—Sobre todo, no le hables a él de eso.

Ricky prometió guardar el secreto. Luego se reunió con Pam para ir a llevar otro paquete. Varias personas le dieron dinero para la cesta navideña y, cuando todos los paquetes estuvieron entregados, se encontró con que había reunido tres dólares y veinticinco centavos. Guardó el dinero bien apretado en la palma de la mano, dentro del guante, para no perderlo.

—Has hecho un buen trabajo —dijo el señor Hollister a su hijo, cuando Ricky y Pam volvieron a la tienda—. Bien. Aquí tengo algo para mi recadero. Un dólar setenta y cinco. Ahora ¿cuánto tienes en total?

—Vaya, papá; tengo cinco dólares.

—Sí. Es un buen pico para la cesta de Navidad.

Ricky se sentía muy feliz cuando Pam y él marcharon hacia su casa, conduciendo a «Domingo» a través de estrechas calles. Al pasar por la zona verde de la ciudad, vieron a una señora poniendo un nacimiento entre dos abetos. Estaba disponiendo las figuras bíblicas de tamaño natural, hechas en cartulina, en un cobertizo, y extendía paja por el suelo. La escena empezaba a presentar el mismo aspecto que el pesebre que Pam y Ricky habían visto con frecuencia en estampas.

—Bonito burro el vuestro —comentó la señora, levantando la vista.

—Nos lo han traído de Nuevo Méjico —dijo Ricky, muy orgulloso.

—¿Le haréis participar en el concurso? —preguntó la señora.

—¿Qué concurso? —preguntó Pam.

Iba la mujer a contestar, cuando la interrumpió un hombre, que la llamó. Los Hollister esperaron, pero la señora no volvió a su tarea y, por lo tanto, los dos hermanos acabaron marchándose.

—¿Qué habrá querido decir, Pam? —preguntó Ricky—. ¿Crees que será Y. I. F.?

—No. No lo creo.

Pero, para más seguridad, la niña se acercó a preguntar a otra señora que estaba allí cerca.

—No. La que está preparando el Nacimiento es la señora Morris —contestó la desconocida.

Ricky le preguntó si sabía algo del concurso, pero ella dijo que no. Los niños se marcharon, hablando sobre el misterio, todavía sin resolver de su burro.

—Seguro que tiene algo que ver con el concurso —dijo Ricky.

Ya habían llegado a casa, cuando decidió volver a hablar con la señora Morris. Y así, en cuanto hubo guardado los cinco dólares en su escritorio, volvió a toda prisa a la parte baja de la ciudad. Pero la señora se había ido.

Cuando regresaba a casa, se detuvo a contemplar la escena de Papá Noel, en el tejado de la tienda de su padre. ¡Qué hermosa le pareció!

Después de aquel día tan atareado, los hermanos Hollister se acostaron temprano. De pronto, a medianoche, Ricky imaginó estar en un coche de bomberos. Se dio cuenta de que todo era un sueño cuando se encontró sentado en su cama. Pero no era extraño su sueño. ¡Primero una sirena, luego otra, sonaban en la distancia! Todos los otros Hollister estaban ya despiertos.

—¿Veis qué rojo está el cielo por allí? —observó Pam, mirando desde la ventana del dormitorio de sus padres.

—Oye, ésa es la zona en donde viven los Quist —añadió Pete—. Dios quiera que nuestro árbol de Navidad no se haya quemado. Papá, ¿puedo llamar a la policía para averiguar qué pasa?



Cuando su padre cabeceó, asintiendo, Pete descolgó el teléfono colocado en la mesita, entre las dos camas. El sargento que contestó a su llamada le dijo que Cal Newberry no estaba allí. Había salido a una tarea especial, a causa del gran incendio que se había producido en una granja de las afueras de la ciudad.

—¿Es la granja de los Quist? —preguntó Pete, muy nervioso.

—No. Está media milla más lejos —le repuso el sargento.

Pete suspiró, tranquilizado. Estuvieron todos observando hasta que fue disminuyendo el resplandor en el cielo. Entonces, la señora Hollister dijo:

—Creo que ahora ya se ha dominado el incendio, de modo que debéis volver todos al mundo de los sueños.

Por la mañana volvieron a hablar del gran incendio, hasta que el timbre del teléfono les interrumpió. Contestó Pete, que se encontró con que era Tinker quien llamaba.

—¿Quieres hablar con papá? —preguntó Pete.

—Sí… No. Díselo tú, Pete. ¡Ha sucedido algo horrible! Papá Noel, el trineo y todo lo que había dentro… ¡ha sido robado!

LA PISTA DEL HILO ROJO



Todos los niños dejaron escapar exclamaciones de desencanto.

—¡Robado! ¿Cómo puede haber alguien tan malo que nos haya robado a Papá Noel? —se lamentó Pam.

—Y todos los bonitos regalos del trineo… —lloriqueó Holly—. Si el trineo de Papá Noel no está, todos los niños pobres van a quedarse sin regalos.

—Me marcho en seguida a ver lo que ocurre —dijo el señor Hollister, sacando su abrigo del armario del vestíbulo—. Puede que exista algún error.

—Déjanos ir, papá —suplicaron los niños.

—Está bien. Pero daos prisa.

Todos estuvieron dentro de la furgoneta en pocos minutos y el señor Hollister condujo rápidamente hacia el Centro Comercial. ¡Qué diferente estaba el tejado, tan vacío! Tinker salió a toda prisa de la tienda, con la cara muy larga.

—¿Has avisado a la policía? —le preguntó el señor Hollister, saliendo de la furgoneta.

Tinker, que temblaba de pies a cabeza, a causa del nerviosismo, dijo que todavía no, pero que iba a llamar de inmediato.

—No comprendo cómo los ladrones no fueron vistos —dijo el señor Hollister, mientras el canoso Tinker entraba en la tienda—. Tenemos muy eficaz protección policial en esta población.

Mientras, ya todos los niños habían descendido del coche y buscaban por todas partes pistas de los ladrones. Pete fue el primero en encontrar algo.

—Mira, papá —llamó el muchachito desde la parte posterior del edificio.

Pete señalaba unas profundas huellas de neumáticos de camión en la nieve sucia de barro.

—Nuestra camioneta no ha hecho eso.

—Tienes razón, hijo. Y ayer no vino ningún camión a entregarnos pedidos. Estas huellas por fuerza se produjeron anoche.

Pam señaló unos agujeros en la nieve, allí donde debió de ser colocada una escalera que se apoyaría en la pared. Luego Holly encontró una gruesa cuerda que debió de ser utilizada para descender el trineo y los renos.

En aquel momento, el sonido de una sirena hizo que los Hollister volvieran a la fachada. Un coche patrulla se detuvo ante la tienda y de él descendió el oficial Cal. Con él iba otro policía, a quien Cal presentó como el detective Farnham.

Cuando los policías se enteraron de lo sucedido, Cal dijo:

—Todos los policías de servicio en Shoreham fueron llamados para que ayudasen a sofocar el incendio de anoche. Esta manzana estuvo sin vigilancia durante cosa de una hora.

—En tal caso, fue entonces cuando se produjo el robo —opinó el señor Hollister—. Los ladrones se aprovecharon de las circunstancias.

—Incluso podría existir una relación entre el robo y el incendio —dijo el detective Farnham—. Permítannos subir al tejado, por si encontramos alguna pista.

Pete y Ricky fueron a buscar a la tienda una escalera, y los dos policías subieron por ella, seguidos del señor Hollister y sus hijos varones. Las niñas esperaron abajo.

Después de examinar las huellas de pies sobre el tejano nevado, el detective Farnham dijo:

—Hay tantas huellas que sería muy difícil determinar cuáles

pertenecen a los ladrones. No puedo encontrar ningún par de pisadas que sean, sin duda, de una misma persona.

—Pero las de ahí abajo sí lo son —intervino Ricky.

—Desde luego, muchacho. Tomaremos una impresión de ellas.

Los Hollister y los policías bajaron por la escalera. El detective fue al coche patrulla a buscar su equipo especial, con el que sacaría moldes de las huellas dejadas por los neumáticos.

—Vamos a obtener unas buenas huellas —comentó Cal, mientras ayudaba a verter una masa similar al cemento en las profundas hendiduras de la nieve.

Ricky observaba, fascinado. Y no tardó en declarar:

—Eso es lo que yo quiero ser cuando sea mayor: policía.



—Puede que entonces Cal sea jefe superior —dijo, sonriente, Pete—. ¿Dará a Ricky un buen trabajo, oficial?

—Claro que sí —contestó Cal—. Nombraré a Ricky jefe de detectives. —Poniéndose serio otra vez, dijo al señor Hollister—: ¿Sospecha usted de alguien que haya podido hacer esto?

Los Hollister se miraron unos a otros y al rostro del padre asomó una extraña expresión. Él no contestó, pero sí lo hizo Ricky, con toda espontaneidad.

—¡Apuesto a que lo ha hecho el señor Tash!

—¿Cómo? —exclamó el detective.

El señor Hollister se apresuró a explicar por qué su hijo tenía aquella sospecha: el señor Tash había querido quedarse con el Papá Noel de los Hollister. Pero en seguida añadió:

—Nosotros no acusamos a nadie. Ricky, hay que tener más cuidado con lo que se dice.

El oficial Cal miró a su compañero. Luego, al recoger el molde de escayola con las huellas de neumáticos, dijo:

—De todos modos, hablaremos con el señor Tash.

Los policías se alejaron, pero los niños continuaron buscando pistas.

—Muchachos, será mejor que retiréis esta escalera, no vaya a usarla alguien más —dijo el señor Hollister.

—En seguida, papá —contestó Pete.

Ya los dos hermanos habían llevado dentro la escalera, cuando Pam llamó:

—¡Mirad! ¡Puede ser una pista!

—¿Qué es? —preguntó Pete.

La niña señaló una hilacha de lana roja adherida a la pared de ladrillo del Centro Comercial.

—Claro que es una pista —opinó Pete—. Uno de los hombres que se ha llevado nuestro Papá Noel debía de ir con un jersey rojo.

Holly desprendió la hebra de lana de la pared y corrió a la tienda, a enseñárselo a su padre. En aquel momento regresó el coche de la policía. Cal frenó junto al bordillo y todos los Hollister salieron a preguntarle qué había averiguado.

—El señor Tash niega toda relación de él con el robo. Además, tiene una perfecta coartada. Estoy seguro de que no es la persona que buscamos.

—Me alegro —contestó el señor Hollister—. No me gustaría

pensar que alguno de los comerciantes de nuestra ciudad es capaz de hacer una cosa así.

—Por cierto, hemos enviado un aviso a ocho Estados con motivo del Papá Noel —dijo Cal.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Ricky.

—Quiere decir que la policía de ocho Estados se une a la búsqueda.

Ricky empezó a hacer piruetas de alegría, gritando:

—¡Nuestro Papá Noel va a ser famoso!

Apenas había terminado de hablar, cuando Holly salió corriendo como una centella.

—¿Adónde va? —preguntó el señor Hollister, sorprendido, pero nadie pudo contestarle.

Holly corría calle abajo, con el trocito de lana roja en la mano. ¡Delante de ella caminaba un hombre fornido, con jersey de cuello de cisne…, color rojo!

—¡Espere un momento! —llamó Holly, llegando junto al hombre.

El que llevaba el jersey rojo se volvió en redondo. Era un joven alto y robusto, con el pelo cortado a cepillo.

—¿Me hablabas a mí, pequeña? —preguntó, sonriente—. Dime, guapa, ¿cómo te llamas?

Holly quedó algo cohibida, viendo la amabilidad de aquel hombre. No era así como ella suponía que se comportaría un ladrón. Pero no había que dejarse engañar.

—¿Tiene usted un agujero en el jersey? —preguntó, valerosamente.

El joven se echó a reír.

—¡Qué extraña pregunta! ¿Por qué quieres saberlo?

Holly acercó al hombre el trocito de lana. ¡Era del mismo tono que el jersey! Era preciso averiguar en dónde había estado aquel hombre la pasada noche, se dijo la niña. Con el corazón latiéndole aceleradamente, se atrevió a preguntar:

—¿Subió usted anoche a nuestro tejado?

De nuevo rió el joven a carcajadas. Luego se arrodilló hasta que su cabeza quedó al nivel de la de Holly.

—Oye, ¿es que eres una detective? —preguntó, guiñando un ojo.

—Pues… sí. Pero, si no tiene usted un agujero en el jersey, no será sospechoso de haber robado nuestro Papá Noel.

No es muy seguro que el joven del jersey rojo hubiera llegado a entender lo que Holly decía, de no ser porque se acercaron Pam y el oficial Cal.

—Hola, señor Long —dijo el policía, dirigiéndose al joven del jersey.

—¿Le conoce? —preguntó Holly.

—Claro. Fue entrenador nuestro en el equipo de fútbol de la escuela superior.

Holly estaba apuradísima. Pero Pam explicó a todos que habían encontrado aquella brizna de lana y que creían que podía ser una pista sobre el robo del Papá Noel.

—Mi hermanita sólo quería ayudar.

—No te preocupes —le dijo el señor Long—. La verdad es que ha resultado muy divertido. Lo que lamento es que haya desaparecido vuestro Papá Noel. Era un hermoso espectáculo.

El oficial Cal había tomado de entre los dedos de Holly la brizna de lana roja. Y consideró que podía ser una buena pista para encontrar al menos a uno de los ladrones.

—Me lo llevaré, si no os importa —dijo a las niñas.

—Claro que no —contestó Pam.

—Dios quiera que encuentre a esos hombres tan malísimos —deseó Holly cuando el policía ya se marchaba. Luego se volvió al señor Long y le pidió—: Por favor, perdóneme por haberle molestado.

—Ha sido un placer que lo hicieras. Y te deseo mucha suerte —contestó el entrenador, antes de seguir su camino.

Pam y Holly se unieron a sus otros hermanos y marcharon hacia casa. Cuando pasaban por el pequeño parque del centro de Shoreham, Sue dijo a grititos:

—¡Mirad! ¡Están haciendo un árbol de Navidad grandote!

—Sí. Es el árbol de la ciudad —contestó Pete—. Vamos a ver.

Era costumbre, en la ciudad de Shoreham, preparar todos los años un gran árbol navideño en el centro del parque. Sus alegres luces brillaban toda la noche, durante los días de las fiestas navideñas. Cientos de visitantes, llegados de las poblaciones

cercanas, admiraban el Belén que se instalaba junto al árbol.

—Ya han hecho el agujero para «plantarlo» —observó Ricky.

El gran camión en que se había transportado el árbol se encontraba detenido en el césped. Otro camión, equipado con una gran grúa, se detuvo junto al primero. Cuatro hombres ajustaron un grueso cable desde la grúa a lo alto del árbol.

¡Ruuum, rum rum rum! La grúa gruñó sonoramente, mientras el árbol empezaba a elevarse por los aires. Por fin, la base del árbol quedó situada sobre el agujero.



—No os aproximéis demasiado —aconsejó uno de los obreros a los Hollister y a otros niños que se habían aproximado a contemplar el espectáculo—. El árbol no estará debidamente asegurado en su orificio hasta que lo hayan sujetado con los cables.

Los obreros clavaron estacas en cuatro puntos distintos del suelo y ataron a ellas largos cables que pendían de lo alto del tronco.

A pesar de la advertencia del obrero, el grupo de niños se había

ido aproximando más y más, para poder contemplarlo mejor todo. Los Hollister fueron empujados a primera fila.

De repente se produjo un sonoro chasquido. Todos levantaron la vista a tiempo de ver el cable resbalar del árbol.

—¡Apartaos todos! —gritó un obrero.

El árbol se fue inclinando lentamente. Luego empezó a caer hacia la multitud.

Pete agarró a Sue en brazos y echó a correr. Ricky le siguió. Pero Pam y Holly no encontraban manera de abrirse paso.

PETE AYUDA A UN POLICÍA



Dándose empujones, Pam, Holly y otros varios niños corrieron atropelladamente.

¡Zas! El árbol de Navidad se vino bajo. Se estrelló en el suelo con gran estrépito y sus ramas más altas rozaron a los niños. Los obreros acudieron presurosos para cerciorarse de que ninguno había resultado herido.

—Estamos todos bien —aseguró Pam.

—¡Gracias a Dios! —exclamó uno de los capataces—. A ver si esta vez os mantenéis bien lejos —añadió el hombre, mientras se disponían a levantar el árbol de nuevo.

Los otros hermanos Hollister regresaron.

Cuando los jóvenes espectadores estuvieron lo suficientemente lejos, el conductor de la grúa volvió a levantar el árbol hasta el agujero. Aquella vez lo encajaron debidamente en su lugar.

Otro hombre colocó una escalera plegable apoyada en el árbol y subió a las ramas altas. Llevaba consigo una ristra de lucecitas que colocó entre las ramas.

Después de ésta colocó varias ristras más de bombillas por los otros lados.

Luego, a una señal, uno de los hombres oprimió un interruptor. Incluso a la brillante luz del sol, el árbol se tornó deslumbrador con tantísimas bombillas de colorines. ¡Qué bonito resultaba!

—Yo nunca había visto un árbol de Navidad tan precioso —dijo Holly—. Estoy muy contenta de haber venido a vivir a Shoreham.

Cuando llevaban un rato contemplando el árbol, Sue empezó a sentirse cansada, y todos decidieron irse a casa. Al pasar junto al Belén, Pam miró, esperanzada, por si alguien podía darle información sobre el concurso. Pero no vio a ninguna persona adecuada.

—Ese concurso debe de ser algo de animales, porque la señora Morris preguntó si íbamos a apuntar en él a nuestro burro —dijo Pete.

—A lo mejor es una función —sugirió Ricky—. Me gustaría poder saber qué es.

Ninguno de los niños podía imaginar con exactitud lo que debía de ser aquello. Volvieron a casa y, al entrar en el jardín, llegó hasta sus oídos un repiqueteo. Un ruido indescifrable que procedía del garaje.

—¿Qué es eso, Pam? —preguntó Sue, abrazándose a aquélla, por si acaso.

Los demás rieron, despreocupados, y Ricky dijo:

—Debe de ser «Domingo», que tiene sed.

Sue no comprendió bien y preguntó qué quería decir. Pero, hasta que levantaron la puerta enrollable del garaje, no se enteró. Allí estaba «Domingo», con su cubo de agua entre los dientes, sacudiéndolo contra el suelo de cemento. La chiquitina se echó a reír y corrió junto al burro.

—Qué manera tan rara de hablar, «Domingo». Ahora mismo te «taeré» agua, «percioso».

Ricky ayudó a su hermanita a llevar agua para el burro y luego todos fueron a casa. Cuando la señora Hollister se enteró de todas las aventuras de aquella mañana, dijo que confiaba en que pronto se encontrase a Papa Noel y su equipo, y añadió:

—Tengo una agradable noticia para vosotros.

—¿Qué es? —preguntaron los niños, a coro.

Y Holly añadió, inmediatamente:

—Juguemos a adivinarlo.

—Danos una pista —pidió Pam.

Sonriendo, la señora Hollister contestó:

—Está bien. Tendremos que arreglar de inmediato el cuarto de invitados.

—¡Es que viene alguien!

—Exacto.

—El señor Vega —gritó Sue—. «Vene» a hacer una visita a «Domingo».

—No —contestó la madre—. A ver quién lo adivina.

A Pam se le iluminaron los ojos.

—¿No serán los primos? —dijo.

—Sí, hijita. El tío Russ, tía Marge, Teddy y Jean.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¿Es que Teddy y Jean ya tienen vacaciones en el colegio?

La madre tomó una carta de la mesa y la leyó en voz alta. El hermano del señor Hollister y su familia estaban camino de Shoreham y llegarían al día siguiente. La escuela de Crestwood, la localidad donde ellos vivían, aquel año había dado las vacaciones con una semana de antelación.

—¿Se quedarán aquí a pasar la Navidad? —preguntó Ricky, ilusionado.

Ricky consideraba que el tío Russ, que era dibujante de historietas, su esposa y sus dos hijos, eran las personas más maravillosas del mundo.

—Creo que sí se quedarán. Al menos, es lo que deseo —respondió la señora Hollister—. Será una Navidad perfecta.

Después de comer, las niñas se ofrecieron para ayudar a su madre a hacer una limpieza extra en la casa. Como en otras ocasiones, Jean dormiría en la misma cama que Pam, y Teddy ocuparía la litera sobrante de la habitación de los muchachos.



Las niñas corrieron a enchufar la aspiradora y a buscar los trapos de quitar el polvo.

Como era el turno de Ricky de limpiar el pesebre de «Domingo», el pequeño fue a cumplir con sus obligaciones. Pete, como no tenía ninguna tarea especial, volvió al Centro Comercial. Tal vez hubiera noticias sobre el desaparecido Papá Noel. Cuando llegó a la tienda, Pete encontró a su padre hablando con el oficial Cal.

—Hola, Pete —saludó el policía—. Estaba diciéndole a tu padre que hemos estado haciendo comprobaciones con cuantas personas hemos visto con jersey rojo.

—¿Y ha habido suerte? —preguntó el muchacho.

—En absoluto. Si tuviéramos algún dato más sobre el que trabajar… Precisamente iba a subir otra vez al tejado para echar otro vistazo.

—Iré con usted —se ofreció Pete.

Entre él y el oficial sacaron la escalera y la apoyaron en la pared del edificio. Mientras esperaba a que subiera Cal, Pete miró a su alrededor. De pronto sus ojos se fijaron en un chanclo de goma, caído junto a un cubo de basura. Era extraordinariamente grande, con una estrella grabada en la suela. El otro chanclo de la pareja no se veía en parte alguna.

«Vaya», pensó Pete. «Puede que lo perdiera uno de los ladrones. Nadie de estos alrededores tiene un pie tan grande».

Pete lo tomó y subió velozmente por la escalera, para mostrar el chanclo al policía y explicarle de sus sospechas. Cal lo examinó inmediatamente, muy interesado. En seguida se inclinó para apoyar el chanclo en una de las huellas que se veían en la nieve.

—Pete, has hecho un gran trabajo policial —declaró, levantando la vista—. Esta clase de chanclos suelen utilizarlos únicamente los obreros que trabajan a la intemperie. Además, el ladrón que visitó este tejado tenía un pie desusualmente largo, por lo que es de suponer que corresponda a un hombre muy alto. Con estas pistas y la del jersey rojo, podremos encontrarle con facilidad.

Cuando Cal terminaba de hablar, la cabeza de Ricky asomó desde la escalera. Al saber a dónde había ido Pete, el pequeño se había apresurado a terminar su trabajo, para ir a reunirse con el hermano. Al enterarse de lo que se había descubierto, gritó:

—¡Hurra! ¿Vamos a buscar en seguida a ese ladrón?

El oficial de policía dijo, sonriendo, que ese trabajo podría resultar demasiado duro para Ricky.

—Pero podéis ayudarme de otro modo, muchachos. Podríais llevar este chanclo al detective Farnham y explicárselo todo.

Los tres bajaron por la escalera y los dos hermanos corrieron a la comisaría de policía. Ésta se encontraba en el edificio del Ayuntamiento de Shoreham, cuatro manzanas más allá del Centro Comercial.

Los dos Hollister se fueron corriendo a todo correr. Al llegar allí, sin aliento, estuvieron a punto de tropezar con el policía de guardia.

—Hola, chicos —dijo el hombre—. Veo que venís fatigados. ¿Qué habéis estado haciendo? ¿Persiguiendo ladrones?

—No, señor —contestó Ricky, irguiéndose muy dignamente—. Pero mi hermano ha encontrado una pista que puede, llevamos

hasta los ladrones.

El policía escuchó, muy asombrado, todas las explicaciones de los Hollister, y luego les hizo pasar a una gran sala. En un extremo se veía una tarima y, sobre la tarima, un alto escritorio. Sentado a la mesa había un policía que estaba respondiendo a una llamada telefónica, a través de la centralita.

Al concluir la conversación el sargento se volvió hacia los chicos, sonriendo:

—¿En qué puedo serviros? —preguntó.

—Querríamos ver al detective Farnham —replicó Pete—. Somos Ricky y Pete Hollister. Nos envía el agente Cal con una pista relativa al Papá Noel que ha sido robado del Centro Comercial.

—Bien. La verdad es que ése es un caso intrigante —afirmó el sargento.

Utilizó de nuevo el teléfono, y habló unas palabras. Unos minutos más tarde el detective Farnham aparecía en la puerta.

Cuando los Hollister le mostraron el chanclo, exclamó:

—¡Esto es magnífico! Nos quedaremos con él para hacer indagaciones. Puede ser lo que nos identifique a uno de los ladrones. —Luego, sonriendo, añadió—: Me he enterado de que tenéis otro misterio entre manos. Me refiero a vuestro burro. Cal me ha dicho que habéis encontrado unas notas en el animal y no sabéis quién las ha puesto.

—Sí. Es alguien que se llama Y. I. F. —dijo Ricky.

—De todos modos, estoy seguro de que resolveréis el caso —dijo el detective cuando los dos hermanos se disponían a marcharse.

Aquella tarde, hacia las ocho, Holly decidió ir a ver a «Domingo» antes de acostarse. Después de ponerse el abrigo y el gorrito de lana, abrió la puerta trasera. En aquel momento advirtió que una sombra misteriosa se deslizaba por detrás del garaje.

—¡Papá, ven! ¡Ven en seguida! —llamó la niña.



Salía el padre corriendo de la sala, cuando la niña vio una silueta oscura que atravesaba el patio a todo correr y desaparecía en dirección al lago.

—Me… me parece que alguien quería robar a «Domingo» —dijo Holly, asustada.

—En seguida lo veremos —contestó el señor Hollister, tomando el abrigo, colgado junto a la puerta trasera.

Él y Holly corrieron hacia el garaje. Encontraron a «Domingo» muy orondo y feliz en su establo.

—Parece estar bien —dijo el señor Hollister, entrando en su coche para sacar una linterna.

—A ver, hija. Echa un vistazo de cerca.

Cuando la linterna iluminó a «Domingo», Holly exclamó:

—¡Papá, hay algo allí! ¡Mira!

Había una nueva cinta roja alrededor del cuello del burro. Y de la cinta pendía otro mensaje.

—Léelo, papá —pidió Holly.

El señor Hollister enfocó la linterna sobre el papel y leyó:

DE ENTRAR EN FUNCIÓN MI MOMENTO LLEGA.
DESATADME OS PIDO, YA, DE MI…

Y. I. F.

—Esto se pone misterioso de día en día —comentó el señor Hollister, mientras Holly y él entraban en casa para informar a los otros—. Yo apostaría a que casi habéis dado con el bromista.

—¡Ojalá, papá! Así sabremos de una vez quién hace estas cosas.

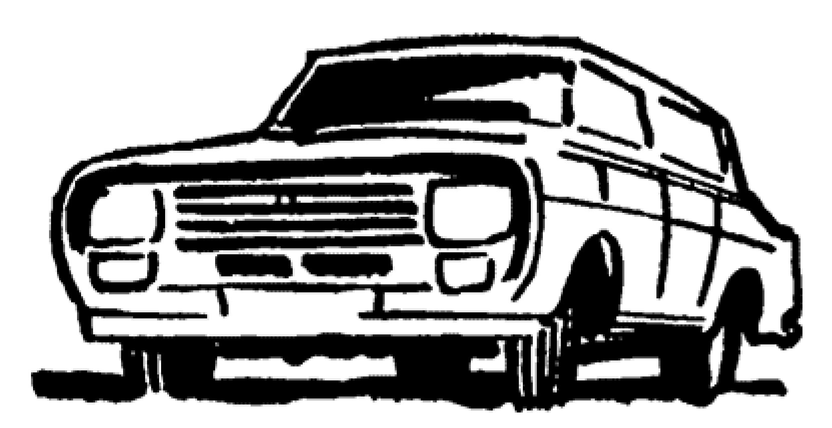
Toda la familia se reunió en la sala para descifrar el mensaje.

—Debe querer decir: «Desatadme os pido, ya, de mi carreta» —opinó Pam—, porque eso rima con llega.

Todos estuvieron de acuerdo en que carreta debía de ser la palabra que faltaba.

—Pero ¿por qué tendremos que desatarle de la carreta? —preguntó Ricky, arrugando su nariz llena de pecas.

UN MALENTENDIDO



Durante media hora los Hollister estuvieron haciendo cábalas sobre lo que podía significar aquella nota y sobre quién podía ser Y. I. F. Pero no llegaron a más conclusión, excepto que aquel desconocido debía de ser de Shoreham.

—Ya sé —dijo Ricky—. Y. I. F. quiere decir: «Yodo “incuentras” en Farmacia».

—No —replicó Holly, siguiendo la broma—. Lo que quiere decir es: «Yate “intrando” en Fortaleza».

Por fin la señora Hollister dijo que ya era hora de que la gente menuda se fuese a la cama. Los más pequeños subieron en seguida a las habitaciones. Cuando los mayores pusieron objeciones, la señora Hollister contestó que podían hablar un rato más en sus habitaciones.

El día siguiente amaneció muy despejado y frío. Después de ir a la iglesia, los Hollister comieron y luego se sentaron a leer. Acababa Pete de leer un capítulo de su libro, cuando sonó el teléfono. El muchachito fue a contestar.

—¡Tío Russ! —exclamó Pete—. ¿Dónde estáis?

Todos los niños se arremolinaron en torno al teléfono y Pete fue

repitiendo lo que su tío decía.

—Está sólo a sesenta kilómetros de aquí —cuchicheó el hermano mayor.

Quedó unos minutos silencioso y por fin, sonriendo, repitió:

—¿Que tenéis una sorpresa para nosotros? ¿Qué es?

Todos esperaron, impacientes, mientras su hermano escuchaba. Por fin, Pete suplicó:

—¡Anda, dinos qué es!

Otro rato de silencio. Luego, una expresión de gran extrañeza en el rostro de Pete, como si alguien acabara de echarle un chorrito de agua helada por el cogote y, por fin, una amplia sonrisa.

—Eso sí que es estupendo. Ya verás cuando papá lo sepa. Hasta luego, tío Russ.

Pete colgó y dijo, distanciando mucho las palabras:

—El tío Russ tiene un Papá Noel con trineo y renos para nosotros.

El señor Hollister prorrumpió en un silbido.

—¿Es el Papá Noel desaparecido?

—No me lo ha dicho, pero quizá lo sea —opinó Pete.

Los niños empezaron a bailotear alegremente, mientras se hacían cientos de preguntas. ¿Dónde lo habrían encontrado? ¿Cómo lo traerían? ¿En un remolque, en un camión?

Durante las dos horas siguientes los Hollister esperaron con impaciencia la llegada de sus parientes. Por fin, cuando se estaba poniendo el sol y Pam había sacado a «Domingo» a dar una vuelta por el patio, se oyeron tres bocinazos. Un coche penetró en el camino del jardín.

—¡Ahí están! —gritó Pam, bajando del lomo del burro.

Pete, Ricky, Holly y Sue salieron a recibir a sus visitantes. Cuando el tío Russ detuvo el coche, los Hollister se dieron cuenta de que no llegaba con sus primos el Papá Noel. Después de los saludos y abrazos, Ricky le preguntó dónde estaban los objetos perdidos.

—¿Te refieres a vuestro Papá Noel y los renos? —preguntó el alto tío Russ muy perplejo—. No sé nada del vuestro, pero tía Marge os trae uno de ella.

Ahora fueron los Hollister quienes quedaron atónitos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ricky.

—Pronto lo sabrás, Ricky. —Pero ¿qué es eso de vuestro Papá Noel?

Pete contó que les habían robado el que exhibían en el tejado del Centro Comercial.

—Cuánto lo lamento —dijo tío Russ, abriendo la portezuela y saliendo del coche.

Era alto y delgado y se parecía mucho al padre de los Felices Hollister, aunque era más joven. Tío Russ era tan bromista y alegre como su hermano. Dibujaba historietas cómicas para un periódico y tenía una gran embarcación que los Hollister de Shoreham habían utilizado una vez para hacer un viaje.

—Es una lástima que vuestro Papá Noel haya desaparecido —dijo—, pero puede que la sorpresa de tía Marge os alegre un poquito los ánimos.



Del coche salió tía Marge, con una gran caja blanca. Tía Marge era muy guapa y casi siempre tenía una risueña expresión en los

ojos.

—Os enseñaré lo que traemos en esta caja, en cuanto hayamos abierto las maletas —prometió.

Mientras se dirigían a la puerta, Jean y Teddy se fijaron en «Domingo», que había permanecido a un lado, esperando con paciencia.

—¡Qué burro tan precioso! —exclamó Jean, acercándose a acariciar el hocico del animal.

Jean tenía el cabello lacio y castaño y hoyuelos en las mejillas. Como a Pam, le gustaban mucho los animales y tenía dos perros de caza y una jaca.

—¿De dónde habéis sacado este burro? —preguntó.

Pam se lo explicó y permitió que su prima diese un paseo a lomos de «Domingo». Acudió Teddy para ayudar a desmontar a su hermana y estuvo acariciando al burro.

Teddy tenía once años; dos más que su hermana. Se parecía bastante a Pete, con la diferencia de que era más bajo y tenía el cabello negro y los ojos grises. De pronto el chico notó un tirón en su abrigo y bajó la cabeza. ¡El travieso burro le había arrancado un botón y lo tenía en la boca!

—¡Qué travieso eres! —reprendió Sue, mientras Teddy intentaba recobrar su botón.

Pero «Domingo» no estaba dispuesto a ceder. Uno tras otro, los niños intentaban obtener lo perdido. El burro mantenía la cabeza echada hacia atrás, mientras los niños luchaban por abrirle la boca.

—No te comas el botón, hombre —suplicó Jean—. Mamá no encontrará otro que haga juego.

—Por eso no te preocupes —dijo Pam—. Los burros nunca se tragan nada que no sea comestible para ellos. Te diré lo que podemos hacer: echemos a andar, como si nos fuéramos. Puede que entonces «Domingo» suelte el botón.

Pam tenía razón. En cuanto los niños echaron a andar hacia el porche, el burro perdió su aspecto juguetón y, tristemente, dejó que el botón cayera al suelo. Teddy se acercó, corriendo, y lo recogió. Luego Pete llevó a «Domingo» a su cuadra y los niños entraron en casa.

Tan pronto como los abrigos, gorras, guantes y botas hubieron

quedado guardados en el armario del vestíbulo, tía Marge dijo:

—Ahora, la sorpresa.

Abrió la gran caja blanca y sacó un Papá Noel en miniatura, con un trineo tirado por ocho renos.

—¡Qué lindo! —exclamó Pam.

Una expresión golosa asomó a los ojillos de Ricky.

—¿Podemos comérnoslo, tía Marge? —preguntó.

La pregunta hizo reír a Jean y Teddy.

—¿Cómo lo has adivinado? —preguntó Jean—. Mamá hizo esta pasta dulce, pero no creímos que lo adivinaseis tan pronto.

—¿Cuándo podremos comérnoslo? —preguntó Holly, tocando con un dedito la barba del dulce de Papá Noel.

—Esta noche, para postre, si lo deseáis —dijo tía Marge, riendo —. Naturalmente, si vuestra madre está de acuerdo.

—Desde luego —dijo, en seguida, la señora Hollister—. Yo misma estoy deseando probarlo.

Poco rato después, los Hollister de Shoreham y los Hollister de Crestwood estuvieron sentados a la mesa, con los lindos muñecos de postre como centro de mesa, para que pudiera caber todo el mundo.

—¡Huuuumm! —dijo Sue cuando llegó la hora del postre—. Yo me quiero comer una cabeza de reno.

Su madre le dio permiso para que la cogiera. Sue alargó un bracito y ¡chaf!, el primer ciervo se quedó sin cabeza. Sue se quedó con ella en su mano gordezuela y empezó a mordisquear los cuernos.

Holly se apoderó de la bolsa de juguetes de Papá Noel, hecha de chocolate y caramelo.

—Está deliciosa —dijo a su tía.

Pam se comió medio Papá Noel y Jean la otra mitad. Ricky tomó el trineo y Pete se decidió por un reno.

Los otros renos quedaron para los mayores. Al terminarlo todo, el señor Hollister declaró que hasta la última pezuña le había sabido a gloria.

Cuando acabaron de comer la obra de arte de tía Marge, Pam habló a sus primos del espectáculo que preparaban en el colegio sobre la Navidad en distintos países.

Ricky dijo:

—En nuestra clase vamos a representar la Navidad en Noruega.

—¡Qué interesante! —dijo tía Marge—. Yo estuve una vez en Noruega, en la fechas de Navidad.

—¿Sí, tía? Cuéntanos algo de allí, ¿quieres? —pidió Pam.

Tía Marge explicó que, cuando era pequeña como Pam, su padre tuvo que hacer un viaje de negocios a Noruega y la llevó a ella consigo.

—Lo que más me gustó, de la Navidad noruega —prosiguió—, fue la deliciosa comida, que la gente empezaba a preparar varias semanas antes de Navidad. En especial me gustaron las figuritas de dulce. Y una cosa que no olvidaré es que, durante las vacaciones de Navidad, los niños daban a sus animales de granja comida extra, porque luego les llevaban al pesebre, el día de Navidad. Además, se tenían atenciones especiales con los pájaros.

—¿Quieres decir que también se hacían regalos de Navidad a los pajaritos? —preguntó Holly.

—Ya lo creo —repuso la tía Marge—. En todos los porches de Noruega, en la época de Navidad, se coloca una pértiga con una gavilla de trigo. Es el árbol de Navidad para los pájaros.

—¡Qué ocurrencia tan hermosa! —exclamó Pam—. Y ¿los pájaros acuden a comerse el trigo?

La tía contestó que sí. Los pájaros se amontonaban en torno a las gavillas, para picotear el grano.

—Entonces, nosotros debemos hacer algo así —repuso Pam—. Todos los pájaros, y los demás animales, deben disfrutar de la Navidad.

—Y «Jul-Nisse» también —terció Sue.

—Ah, ¿ya conocéis la existencia de esos enanillos? —dijo tía Marge—. Son lindísimos, con sus caperuzas de punto rojo y el borlón colgando, las chaquetas blancas y los pantalones rojos también.

—¿Has visto uno alguna vez? —preguntó Sue, interesadísima.

—No. Pero le he dejado comida. Un poco de pastel de arroz —explicó tía Marge con ojos risueños—. Se lo comió todo.

—¡Cuánto me gustaría ver uno! —dijo Sue, suspirando.

Durante la velada, la familia de Shoreham contó a la familia de tío Russ las cosas que les habían sucedido en Shoreham

recientemente. A Teddy le interesaron, en particular, las notas misteriosas que alguien dejaba en el burro. Jean hizo preguntas sobre el concurso y sobre lo que harían en el Centro Comercial con respecto a los regalos para los niños pobres.

—No lo sé —dijo Pam, mirando a su padre.

El señor Hollister quedó unos minutos pensativo. Al fin, haciendo un chasquido con los dedos, dijo:

—Si Papá Noel no ha aparecido mañana por la mañana, pondré una gran bolsa de lona en el escaparate y colocaré dentro el equivalente de los regalos robados. Además, pediré a los clientes que den donativos para la bolsa. Llevaremos a término nuestro proyecto aunque sea sin el trineo y los renos.



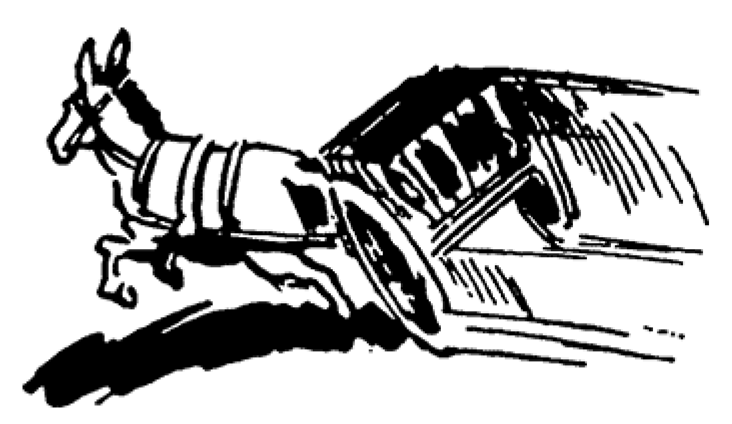
—¡Bien por papá! —gritó Pam, corriendo a darle un abrazo.

Pronto fue hora de acostarse y los niños se disponían a dar las buenas noches, cuando sonó el teléfono. Contestó Pete. Era el oficial

Cal que dijo que la policía había encontrado la primera evidencia sobre el caso del Papá Noel desaparecido.

—¿Sí? ¿Qué han descubierto? —preguntó Pete, muy emocionado.

UN TRINEO A VELA



—Hemos encontrado huellas de camión a orillas de la cala del Pez Rueda —dijo el oficial—. Son huellas que concuerdan con las que recogimos ante el Centro Comercial. Ahora estamos intentando adivinar por qué el camión se dirigiría al Lago de los Pinos.

—¿Cree usted que descargarían allí nuestro Papá Noel? —preguntó Pete.

—Eso fue lo primero que pensamos. Pero falta saber a dónde lo llevaron y con qué medio de transporte.

—¡Vaya! Me gustaría saberlo —confesó Pete—. Háganos otra llamada si averigua algo más, por favor. ¿Lo hará?

—Lo haré, Pete.

Los otros Hollister estaban ansiosos por enterarse de lo que había ocurrido.

—Debe haber alguna razón para que llevasen la camioneta hasta la orilla del lago —comentó Pete, después de explicarlo todo—. Oye, Teddy, ¿querrás venir a un sitio conmigo mañana, cuando salga de la escuela?

—Claro. ¿Adónde?

—Al lago de los Pinos.

Pete no pensaba decir nada más sobre sus planes.

—Vendré a buscarte, en cuanto salga de la escuela, Ted —dijo Pete a su primo a la mañana siguiente.

—Oye, ¿qué vamos a hacer todo el día, si Pam y tú estáis en el colegio, Pete? —se lamentó Jean.

Cuando Pam le oyó, tuvo una feliz idea:

—Vamos a llevarnos a Teddy y Jean al colegio con nosotros —propuso.

A Jean le pareció una gran solución, pero su hermano tenía otros planes.

—Yo voy a llevarme a «Domingo» a dar un largo paseo —anunció—. Primero le daré de comer.

Salió de casa y dio pienso al burro. Luego le enganchó al carrito y le condujo al porche de la parte trasera.

—¡Taxi hasta la escuela Lincoln! —dijo, cuando todos, menos Sue, salían por la puerta de la cocina.

—¡Oye! ¿Podrá «Domingo» tirar de todos nosotros? —preguntó Jean, dudosa.

—Ya lo creo —afirmó Pete—. Puede tirar de doscientos kilos.

—¿Y cuánto pesaremos nosotros juntos? —quiso saber Ricky.

Pete hizo cálculos rápidamente y pareció algo avergonzado.

—Lo menos pesaremos doscientos cuarenta kilos. Ya veo que tendremos que hacer dos tandas.

Pam y Jean, seguidas de Holly, subieron a la carreta y pronto estuvieron en la calle. Una vez en la escuela, Teddy las dejó y se preparó a volver. No había recorrido más que una manzana de casas cuando… ¡ZAS! Una bola de nieve le golpeó en el brazo.

Teddy miró a su izquierda a tiempo de esquivar una segunda bola, arrojada por un chico mucho más robusto y alto que él. Enfurecido, Teddy saltó a tierra y corrió hacia el chico, que estaba preparando otra gran bola de nieve.

—¡Basta ya! —gritó Teddy—. ¿Quieres que te haga puré la cara? Pero, oye, ¿tú quién eres?

—Joey Brill. Y yo sé quién eres tú. Eres el primo de Pete Hollister. Y resulta que a mí no me gusta ese tipo que se las da de listo, ni quiero que ande por aquí su familia.

—Hablas como si fueras el amo de Shoreham —comentó Teddy

con desagrado—. ¡Deja de tirar bolas de nieve o lo vas a sentir!

Un brillo maligno iluminó los ojos de Joey, que, de repente, dejó que otra bola de nieve saliera disparada de su mano, directamente contra «Domingo». La bola alcanzó ruidosamente al burro en el lomo.

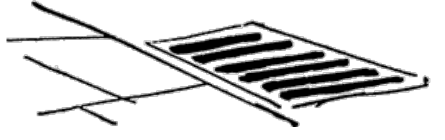
Dando un sonoro rebuzno de dolor, el burro dio una coz para luego echar a correr calle abajo. Teddy se entretuvo tan sólo el tiempo necesario para dar a Joey un puñetazo que le dejó tambaleándose. Luego corrió tras el animal desbocado.

—¡Eh, «Domingo»! ¡Eh! —gritó Teddy, con toda la fuerza de sus pulmones.

El burro continuó corriendo, arrastrando el carrito, que se tambaleaba a uno y otro lado. Un coche surgió ante él y el pobre animal no supo cómo comportarse. Al alarido penetrante de una sirena le asustó todavía más. «Domingo» cruzó, veloz, un prado y fue a parar entre dos árboles muy juntos.

¡CROC! El burro pasó entre los árboles sin problema, pero el carrito quedó aprisionado entre los dos árboles, y del impacto resultó completamente destrozado.

Teddy, que llegó corriendo, miró desesperado el desastre que acababa de producirse. Para entonces, varias personas habían acudido.



—¿Hay algún herido? —preguntó una señora.

—No. Sólo el carrito ha resultado roto. Y no es mío —suspiró Teddy, mohíno.

Mientras desenganchaba a «Domingo», Teddy le acarició, diciéndole que él se encargaría de buscar otro carrito.

«Puede que tío John me ayude a encontrar uno nuevo», pensó.

Subió a lomos de «Domingo» y se encaminó al Centro Comercial. El señor Hollister lamentó mucho lo ocurrido y telefoneó de inmediato a la señora Hunter, ofreciéndose a pagarle el importe del carrito de mimbre que había prestado a sus hijos. Pero la señora rehusó, diciendo que el carrito se lo había dado a los niños para que jugasen. Además, era muy viejo y no tenía utilidad para nadie.

El señor Hollister efectuó otras dos llamadas telefónicas. Al colgar, sonreía alegremente.

—Todo arreglado, Teddy. Compraremos un carrito a un precio muy razonable. —Escribió un nombre y una dirección en un papel

que entregó al muchacho—. Ve a estas señas y trae el carro. Es alargado, con dos asientos laterales. Pediré a Indy que recoja los restos del carrito roto.

Teddy se marchó, de nuevo contento. Mientras todo esto ocurría, el timbre de la escuela había sonado. Pam y su prima estaban en el guardarropas, quitándose las prendas de abrigo.

—Hoy, en nuestra clase, tenemos ensayo de la función de Navidad —dijo Pam.

—¿Qué país ha elegido vuestra clase? —se interesó Jean.

—Italia.

Pam explicó que las costumbres italianas sobre la Navidad son muy distintas a las de los Estados Unidos.

—En lugar del árbol de Navidad, ello decoran sus casas con bonitas flores. Además, ponen un «presepio».

—¿Un prr…? ¿Qué has dicho? —preguntó Jean, que nunca había oído aquella palabra.

Pam dijo que el «presepio», que puede verse en muchas casas italianas durante Navidad, es una escena de la Natividad, construida con madera, corcho, cemento, cartón piedra y otros materiales.

—Hay ángeles, rebaños de ovejas y vacas. Y los reyes, vestidos con lujosos trajes. Los niños de mi clase vamos a representar cada uno alguna de esas figuras.

Jean se echó a reír.

—¿Quieres decir que vas a ser un cordero o una vaca?

—Yo no —contestó Pam, riendo también. Y luego suspiró.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Jean.

—Sólo hay una cosa mala en nuestro «presepio» —cuchicheó a su prima, cuando se dirigían a la clase—. Will Wilson es uno de los reyes.

—¿Y no te gusta ese chico?

—Es que siempre está molestándonos. Pero necesitamos un chico alto para hacer de rey.

Pam presentó a su prima a la señorita Nelson.

—Encantada de conocerte —dijo la maestra—. Cuando ensayemos, tal vez te guste hacer de apuntador de los actores.

—Me encantará mucho, señorita Nelson.

Jean compartió el pupitre de Pam durante la clase de aritmética y geografía. Al terminar las lecciones, la señorita Nelson dijo:

—Ahora, a ensayar. Poneos vuestros trajes.

Las niñas corrieron al vestuario. Jean fue con las demás y se fijó, en seguida, en Ann Hunter.

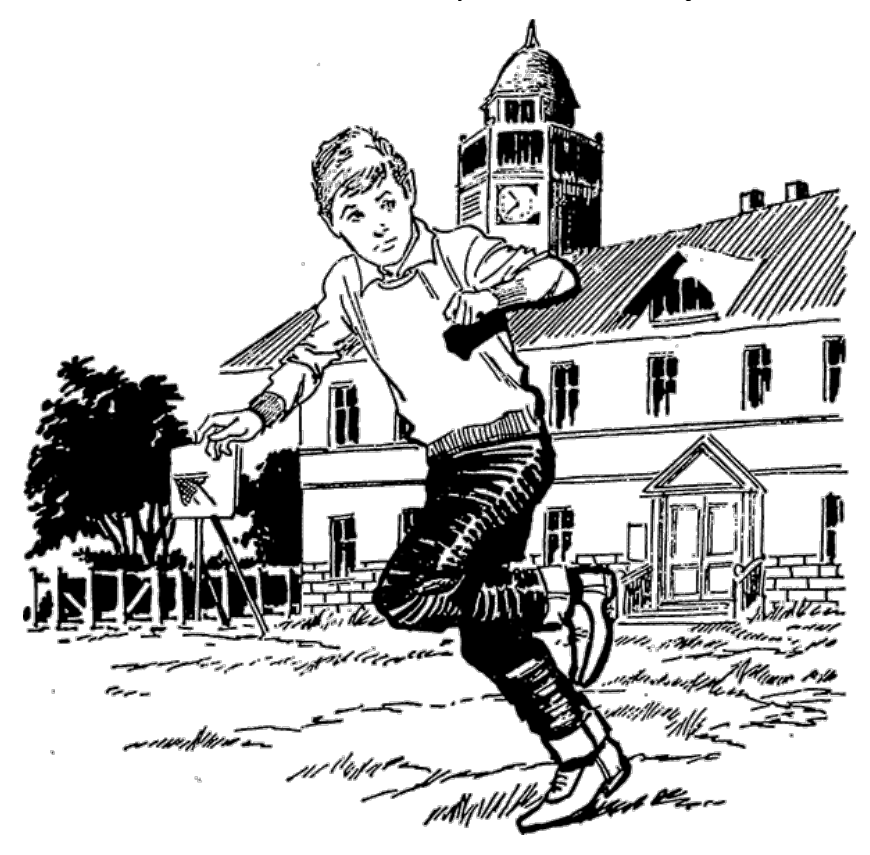
—¡Eres un ángel guapísimo, Ann! ¡Y las alas parecen de verdad!

Ann dijo que se las había hecho su padre. Había utilizado alambres, convenientemente doblados, y los recubrió con tarlatana. Luego, su madre cosió las plumas.

Cuando las niñas salían del ropero, Will corrió hacia ellas.

—¡Paso libre! —gritó, abriéndose camino a empujones.

—¡Qué chico tan ordinario! —dijo Jean, con desagrado.



Los demás jóvenes actores siguieron a Will. A los pocos momentos volvían a aparecer todos. Will llevaba un traje de antiguo rey, a rayas blancas, rojas, verdes y azules, y en la corona de su

cabeza resplandecían piedras de muchos colores.

—Ahora, empezaremos —dijo la señorita Nelson, entregando a Jean varias hojas de papel con la conversación de cada joven artista.

Las vacas y ovejas de cartón ya estaban en su lugar. Entonces, reyes, pastores y ángeles, todos ellos de carne y hueso, aparecieron en escena. Mientras cada uno recitaba su papel, Jean prestaba gran atención.

Avanzó Ann Hunter, con expresión radiante y emocionada. Will se acercó.

De repente, se abalanzó como una furia sobre ángeles y pastores. Los más pequeños corrieron, apartándose de su camino. Ann Hunter quiso retroceder, pero Will le puso la zancadilla y el pobre ángel perdió el equilibrio.

La señorita Nelson corrió a sostener a la niña, pero no llegó a tiempo y Ann cayó de espaldas, aterrizando sobre sus alas. Cuando la maestra le ayudó a levantarse, todos pudieran ver que las hermosas alas habían quedado deformadas y hechas una lástima. A la pobrecilla Ann se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No es importante lo que ha ocurrido con tus alas —le tranquilizó la maestra—. Podremos devolverles su forma, torciendo los alambres. Pero Will no debió hacer una cosa así. Pide disculpas a Ann, y continuemos ensayando.

—No pediré disculpas porque no he hecho nada —dijo el chico, desafiante.

—Si no le pides perdón, no te queremos en nuestra obra teatral —declaró la señorita Nelson con firmeza.

Algo cabizbajo, Will fue a quitarse su espléndido traje de colores, que le fue entregado a un niño más bajo, pero con mejores modales que Will, y el ensayo prosiguió.

Se representó la obra entera y, al concluir, la maestra dijo:

—Estoy muy orgullosa de mis actrices y actores.

Era la hora del recreo, y todos corrieron al patio. Los Hollister vieron aparecer a Teddy. Estaba muy nervioso y hablaba sin aliento al explicar cómo se había roto la carretilla de mimbre y de cómo el señor Hollister había adquirido un carro nuevo.

—Salid a la calle que os lo enseñaré.

Todos los Hollister siguieron a Teddy, y en seguida prorrumpieron en exclamaciones de entusiasmo. Aquel carro era mil veces mejor que el primero.

—¡Zambomba! —dijo Pete—. Éste sí que está bien. Puede que, después de todo, Joey Brill no haya hecho más que hacernos un favor.

Holly abrazó al burro.

—Ahora estás mucho más guapísimo —aseguró al animal—. ¿No te sentirás orgulloso cuando vayas a llevar todos los regalos en la Nochebuena?

«Domingo» inclinó la cabeza, como diciendo que sí, y todos rieron alegremente.

Un momento después sonaba el timbre del colegio y todos entraron corriendo. Durante el resto del día, Pete hizo esfuerzos por concentrarse en las lecciones, pero continuamente se distraía, pensando en la investigación que pensaba hacer aquella tarde. En cuanto sonó el timbre, corrió a casa. Teddy le esperaba.

—Le diré a mamá a dónde vamos. Así no se preocupará si nos retrasamos un poco.

Encontró a la señora Hollister en la sala, ayudando a Sue a ponerse su traje de esquiar. Cuando Pete le pidió permiso para salir con Teddy a buscar más pistas, la madre dio su aprobación, pero añadió:

—¿Queréis llevaros a Sue al lago, con vosotros? Ella puede jugar con el trineo, mientras vosotros investigáis.

—Muy bien, mamá.

Sue se agarró de la mano de su hermano mayor y salió con él. Los dos chicos corrieron a lo largo de la orilla, tirando de Sue y del trineo. Cuando se acercaban a la Cala del Pez Rueda, Pete dijo:

—Mirad cómo me divierto.

Arrastró el trineo sobre la nieve, con gran rapidez, y luego dio una veloz vuelta. El trineo giró como un molinete y Sue prorrumpió en grititos de entusiasmo.

—¡«Hácelo» otra vez! —pidió.

Después de jugar con ella un rato, Pete dijo:

—Ahora, ¿jugarás un ratito tú sola, Sue?

Y, para convencerla, Pete explicó a la pequeñita que Teddy y él

tenían que buscar pistan, con objeto de encontrar al Papá Noel y el trineo desaparecidos.

—Sí, sí —se avino Sue, y marchó con su trineo hacia un grupo de niños pequeños que jugaban cerca.

—Volveremos en seguida —gritó Pete, cuando su primo y él se encaminaban hacia el lugar en donde habían sido encontradas las huellas del camión. Luego, habló de sus sospechas con Teddy.

—Creo que los hombres que robaron nuestro Papá Noel se llevarían el trineo arrastrándolo sobre el hielo. De ser así, habrá huellas en el lago.

—Pero ¿no crees que la policía ya habría encontrado las huellas? —objetó Teddy.

—Es posible que los ladrones llevasen un rato el trineo en alto para despistar.

Caminando sobre el hielo, directamente en frente de donde las huellas de neumáticos habían sido halladas, los dos primos recorrieron unos treinta metros. Aunque no encontraban nada, siguieron adelante un trecho más. De repente, Pete exclamó:

—¡Mira, Teddy!

Cuando su primo llegó a su lado, Pete señaló dos surcos en el hielo.

—Tiene que haberlos hecho unos fuertes deslizadores de trineo —opinó el mayor de los muchachos—. Vamos a ver adónde llevan.

Pete volvió la cabeza hacia donde se encontraba Sue, entretenida con sus pequeños compañeros. Al mismo tiempo, descubrió el trineo a vela de Dave Meade, que avanzaba hacia ellos, y fue a detenerse junto a los dos primos, en medio de una rociada de polvo de hielo, lanzados por el freno.

—¿Qué hacéis por aquí sin patines? —preguntó Dave.

Pete explicó los motivos y su amigo dijo:

—Subid. Podremos seguir la pista mucho más de prisa en el trineo.

Pete le presentó a su primo y el grupo se puso en camino. El viento hinchó la vela y el trineo se deslizó, veloz, por el Lago de los Pinos. Los surcos se veían ahora con mucha claridad.

—Estamos muy cerca de la Isla Zarzamora —observó Pete—. Puede que haya sido allí a donde los ladrones han llevado nuestro

Papá Noel.

Dave detuvo el trineo en la orilla de la isla.

—¡Mirad! —gritó Teddy—. ¡Los surcos siguen viéndose en la isla!

—Vamos a seguirlos —propuso Pete.

Dave dijo que él se quedaría en el trineo, esperando a los dos primos. Pete y Teddy echaron a andar. Ahora podían ver en la nieve, además de los surcos, huellas de pies.

—¡Estamos sobre la pista! —gritó Pete con emoción.

¡NAVE A PIQUE!



No existía duda, ahora, de que dos hombres, arrastrando un trineo, habían llegado a la isla. Pete y Teddy siguieron las huellas, muy emocionados, aunque algo asustados también.

—Podemos encontrarnos con los ladrones en cualquier momento —dijo Teddy, con voz ronca.

Manteniéndose muy juntos, los dos primos continuaron avanzando. Pero comprobaron, con desaliento, que las huellas atravesaban toda la isla y volvían de nuevo al hielo. Una vez allí, desaparecían.

—Debe de ser que los hombres cargaron otra vez con el trineo, en vez de arrastrarlo —comentó Pete, enfurruñado—. Pero ¿adónde irían?

Aunque habría querido seguir investigando, se dio cuenta, de pronto, de que habían dejado sola a Sue demasiado tiempo. Cuando los dos chicos regresaban corriendo al trineo de Dave, Pete dijo que pensaba telefonear al oficial Cal para decirle lo que habían descubierto.



Al subir al trineo, los dos primos contaron a su amigo lo que habían averiguado. A Dave se le iluminaron los ojos.

—Mañana os acompañaré otra vez aquí, chicos —ofreció.

—Gracias —dijo Pete.

Se acercaban a la orilla cuando Pete observó que sólo unos cuantos pequeños seguían jugando allí. Un momento más tarde, el corazón le daba un vuelco, al comprobar que todos los chicos eran mayores que aquellos con los que Sue se había quedado jugando.

—No veo a mi hermanita por ninguna parte —dijo a Teddy.

Este último sugirió:

—¿Por qué no vamos a ver si se ha ido a casa?

—Eso es —concordó Pete, preocupadísimo.

Agarraron por la cuerda el trineo de Sue, que había quedado allí, dijo adiós a Dave y se encaminó a casa, en compañía de su primo. Entró corriendo en la sala y preguntó a su madre si Sue estaba allí.

—No. ¿Es que se os ha escapado?

Peter explicó todo tal como había ocurrido, y la señora Hollister se sintió muy inquieta.

—Pero ¿a dónde habrá ido Sue, Dios mío?

Llamó a los demás niños y a tía Marge y preguntó:

—¿Alguno de vosotros ha visto a Sue?

De repente, Pam recordó algo y dijo:

—Hace un rato he visto, en la cocina, una bolsa rota de arroz cocido y tostado, y una botella de leche vacía. Puede que Sue viniera a casa porque sintió apetito. Después de comer habrá vuelto al hielo.

Todos, incluidos los vecinos de los Hollister, empezaron a buscar. Pero no se encontró en parte alguna a la pequeñita.

Cuando todos estuvieron reunidos otra vez en la cocina, Ricky dijo, de repente:

—Ya sé. Podemos ir a buscar a Sue con «Zip».

El perro pastor, al oír su nombre, se presentó en la cocina. Holly se inclinó, le rodeó la cabeza con sus brazos y le dijo:

—Sue se ha perdido, ¿sabes? Tienes que ayudarnos a encontrarla.

—¡Vamos, «Zip»! —llamó Ricky cuando todos salían en tropel por la puerta.

El perro corrió de un lado a otro del patio. Luego se acercó al garaje y arañó la puerta con su pezuña.

—¿Cómo no se nos había ocurrido? —dijo Pam, alegrándose inmediatamente—. Sue debe de estar jugando con «Domingo».

Pero, cuando abrieron el garaje, encontraron al burro solo. El animal volvió la cabeza hacia el grupo, con aire interrogador. ¡Y ellos que habían esperado encontrar allí la solución!

De pronto, «Zip» salió corriendo por la orilla del lago. Los niños le siguieron, mientras él olfateaba unas huellas de pies diminutos que se veían en la nieve. Caminando tras el perro, llegaron a la Cala del Pez Rueda.



«Zip» levantó la cabeza y dio unos breves ladridos. Ni Ricky ni los otros pudieron comprender lo que el perro quería decir.

—¡Sigue buscando! —ordenó el pecoso.

El perro bajó el morro hasta el suelo y retrocedió por donde viniera, hasta llegar a la casa.

—Sue vino a casa —afirmó Pete, viendo aquello.

«Zip» olfateó las escaleras de la cocina y arañó la puerta. La señora Hollister abrió.

—Parece que «Zip» piensa que Sue está dentro de casa —dijo Pete.

Todos observaron, mientras «Zip» daba un par de vueltas por la cocina; luego llegó a las escaleras del vestíbulo y empezó a subir. La señora Hollister dijo:

—«Zip» debe haberse despistado, porque el abrigo de Sue no está por aquí.

De todos modos, los niños siguieron a su perro, escaleras arriba.

«Zip» no fue al dormitorio de Sue, sino que subió hasta la buhardilla. Pete abrió la puerta y encendió la luz. Pete abrió la marcha y todos le siguieron, tras el perro.

—¡Ahí está Sue! —gritó Pete, lleno de alivio, corriendo a un rincón.

Su hermanita, con las botas y el abrigo puesto, se había quedado dormida, arrebujada en un rincón. La cabecita le caía a un lado y el gorro se le había ladeado. A su lado tenía un tazón de leche con arroz.

—Sue debe haber estado jugando a comiditas —consideró Pam.

El sonido de voces despertó a la pequeñita, que levantó la cabeza y parpadeó.

—Mamá, mamita —dijo, apresuradamente—. No he podido encontrarle. ¡Y debe de tener un hambre!…

—¿A quién no has podido encontrar?

—A «Jul-Nisse», claro. Al hombrecito que viene a nuestra buhardilla en Navidad y a quien le gusta el arroz.

—¡Ángel bendito! Te has acordado de lo que yo os conté. Bueno. Acuérdate de dejar el arroz, ya sea en pastel o con leche, en la Nochebuena y estoy segura de que «Jul-Nisse» se lo comerá.

Todos bajaron a la sala. Mientras se quitaba el abrigo, Sue explicó que, cuando estaba esperando a los chicos, tuvo frío.

—Por eso me «viní» a casa a tomar el té con «Jul-Nisse». Yo me comí galletas, pero él no «vinió» a comerse el pudin.

Holly, que se había sentado en el suelo, junto a «Zip», estaba diciendo:

—Eres un buen perro detective, «Zip», guapito.

—Ya lo creo que lo es —concordó Teddy—. Y tu hermano también es un buen detective. Pete, háblales de la pista que hemos descubierto en la Isla Zarzamora.

Al saberlo todo, la familia estuvo de acuerdo con Pete en que debía informarse al oficial Cal por teléfono. El policía elogió a Pete por el gran trabajo que había realizado, y dijo que iría inmediatamente a la Isla Zarzamora. Más tarde el policía telefoneó a los Hollister para informar de que no había indicios de que los ladrones estuvieran en la isla, aunque no ponía en duda que Pete tuviera razón en sus suposiciones.

—Mañana, al salir del colegio, iré otra vez a ver —dijo Pete.

Al día siguiente, Pete pasó las horas soñando con empezar su trabajo de detective. El tiempo transcurrió muy lentamente para él, hasta que el maestro anunció que había ensayo general para toda la clase. La de Pete se ocupaba de representar las costumbres navideñas en Holanda.

Al oír aquello, Pete y Dave sonrieron, divertidos. Los dos amigos habían sido elegidos para representar el papel del caballo blanco que montaba un obispo. Dave «era las patas delanteras y Pete las posteriores». De los hombros del uno al otro se extendía un tablón, que sería el lomo sobre el que cabalgara el obispo. Se cubrirían con una sábana blanca, de la que pendía un rabo. Dave se encajaría la cabeza del caballo, de cartón, en tanto que Pete debía mantener su cabeza baja.

Cuando el blanco corcel estuvo montado, Pete se encogió un poco, para que el «animal» quedase algo más bajo en sus cuartos traseros. Los alumnos rieron a más y mejor. Dave se irguió y el singular caballo se paseó marcialmente por la clase.

Al pasar junto al pupitre de Joey, Pete se encargó de que la pata trasera derecha del caballo propinase una leve coz en la espinilla del camorrista.

—¡Estate quieto! —protestó Joey.

Al llegar a la entrada del aula, el «caballo» se arrodilló y el «obispo», uno de los niños más pequeños, vestido de terciopelo rojo y con una mitra en la cabeza, montó su corcel. Entonces, un chico llamado Sam, que llevaba la cara pintada con corcho quemado, se acercó. Hacía el papel de Negro Piet, el sirviente moro del obispo. El caballo se irguió y la procesión avanzó por toda el aula.

—Muy bien —dijo la señorita Hanson, y todos los estudiantes aplaudieron—. Pero, Pete y Dave; el día de la representación, ¿podríais poneros pantalones blancos? No quisiera que nuestro caballo tenga el cuerpo blanco y las patas negras.

En cuanto todos se hubieron quitado los disfraces y la sábana, se dieron las clases por concluidas. Pete dijo a Dave que se reuniría con él en el embarcadero, media hora más tarde, y corrió a casa. Pam informó a su hermano de que Teddy tardaría en volver, porque había ido al centro de la ciudad a hacer compras navideñas, con

Jean y tía Marge.

—¿Puedo ir contigo en su lugar, Pete? —preguntó Pam—. Me gustaría ayudarte a buscar pistas.

—Vamos —contestó el chico.

Pam dijo a su madre a dónde iba y corrió al embarcadero con Pete.

—¡Qué viento tan fuerte! —dijo Pete, mirando a lo largo del lago—. Hoy el trineo de Dave correrá como un cohete.

—Ahí está —anunció Pam, señalando a lo lejos de la superficie helada.

Poco rato le llevó a Dave conducir su vehículo hasta el embarcadero de los Hollister. Pete le explicó que aquel día Teddy no estaba en casa y que Pam le sustituía. El trineo a vela se puso en marcha por el lago y rápidamente adquirió velocidad.

—¡Zambomba! ¡Corremos como rayos! —gritó.

Dave, sonriendo, se inclinó hacia delante, con la mano derecha en el timón. Pam empezó a asustarse. Un momento después, gritaba:

—¡Cuidado, Dave!

Frente a ellos había varios montículos de hielo, sin duda sacados del lago por algún pescador que abrió unos agujeros para pescar. Dave movió el timón. El patín izquierdo del trineo se elevó sobre un trozo de hielo y el vehículo se ladeó peligrosamente.

—¡Sujétate bien! —gritó Pete, agarrando a su hermana.

Pero no sirvió de nada. El trineo a vela se volcó, y lanzó a los tres pasajeros contra la helada superficie del lago.



EL CONCURSO



Los tres niños cayeron de cabeza sobre la capa de hielo que cubría el lago. Pete, sofocado, jadeó, queriendo recobrar el aliento. Fue el primero en ponerse en pie. Pam y Dave seguían tendidos en el hielo.

—Pam, ¿estás bien? —preguntó Pete, acudiendo en ayuda de su hermana.

—¿Dónde… dónde estoy? —preguntó la niña, abriendo los ojos.

Pete se inclinó para ayudarla a levantarse.

—Nos hemos caído del trineo —dijo Pete—. ¿Te has roto algún hueso, Pam?

—Creo que estoy bien —contestó Pam, algo escalofriada.

—Y yo también —dijo Dave, que se acercó a sus amigos cojeando.

El trineo vacío había patinado por el lago y ahora se encontraba volcado, a unos cien metros más allá. Pete y Dave corrieron a buscarlo y lo levantaron.

—Nunca volveré a ir tan de prisa —aseguró Dave—. Y menos, si hay montículos de hielo atravesados.

Los niños volvieron a instalarse en el trineo a vela, que se

deslizó suavemente en torno a la Isla Zarzamora. Cuando se aproximaban al trecho por donde los ladrones habían salido de la isla, Pete se inclinó por un lateral, mirando fijamente el hielo. De repente, dio un grito de júbilo.

—¡Ahí están! ¡Huellas de cuchilla de un trineo! Por allí empezaron a arrastrad otra vez el trineo los ladrones.

Pam miró hacia donde su hermano señalaba. Era cierto. Se veían con claridad unos surcos que llevaban a tierra firme.

—¡Vayamos allí! —gritó Pete.

Pero, en aquel momento, Dave exclamó:

—Será mejor que nos marchemos en seguida. Veo a Joey Brill. Viene hacia aquí, patinando.

—¡Vaya, hombre! —se lamentó Pam, mientras Dave daba más vela al trineo—. Dios quiera que no haya averiguado lo que estamos haciendo.

Pete miró hacia atrás y vio que Joey patinaba con toda la rapidez que podía hacia donde ellos estaban. Gritaba y daba la impresión de estar pidiendo que le dejasen dar un paseo con ellos, pero sus palabras quedaban ahogadas por el atronador silbido del viento.

—Ésta es una de las veces que no va a poder alcanzarnos —comentó Pete, riendo complacido—. Pero será mejor ir un poco más lejos.

Cuando se hubieron deslizado unos tres kilómetros a lo largo del lago, Dave dijo:

—¿Te parece que no será peligroso dar media vuelta?

Cuando Pete dijo que no con la cabeza, Dave movió el timón y el trineo giró en redondo.

¡Qué tranquilizados se sintieron los tres al comprobar que no había la menor señal de Joey, cuando volvieron a la zona en donde descubrieran los surcos!

Dave siguió las marcas de las cuchillas, hasta llegar a la orilla. Allí detuvo el trineo y todos saltaron a tierra.

—Dios quiera que encontremos nuestro Papá Noel —dijo Pam, que acababa de descubrir huellas de pies, además de los surcos. Siguieron aquella pista por una elevación del terreno y luego entre un bosquecillo. Al poco, las marcas descendían, zigzagueando, por

un precipicio. De pronto, los tres niños se detuvieron en seco. Las huellas iban a parar, en ángulo recto, a un trecho de espeso arbolado.

—Aquel lugar me parece muy sospechoso —dijo Pam, con bastante miedo—. ¿Por qué esos hombres llevarían el trineo a un lugar como éste?

—Probablemente es un atajo hacia la carretera de Clareton —sugirió Dave—. Pero puede que estemos equivocados.

—No. No lo estamos —aseguró Pete, inclinándose.

Y, con aire triunfante, levantó del suelo un chanclo con una estrella impresa en la suela.

—¡Este chanclo hace juego con el que encontramos en el Centro Comercial! —exclamó.

Pam miraba a su alrededor, muy nerviosa, mientras seguían su avance. ¿Estarían cerca los ladrones? No había tenido tiempo de hablar con los chicos de sus temores, cuando Dave extendió un dedo, señalando algo a corta distancia. Las huellas concluían delante de una oscura y enorme cueva.



—Puede haber alguien allí —cuchicheó Pam. Y viendo que su hermano se adelantaba para echar un vistazo por la entrada de la cueva, aconsejó—: Ten cuidado, Pete.

—Hay algo de luz dentro —anunció el chico. Y después de olfatear el aire, declaró—: Noto olor a humo. Alguien debe haber encendido una hoguera allí.

Pete y Pam trataron sobre si convendría más presentarse con disimulo en la cueva, o arrastrarse hasta ella, sigilosamente.

—Creo que será mejor caminar hasta allí a cuatro pies —susurró Pete—. De ese modo no nos dejaremos ver, si es que hay alguien dentro.

Y pidió a Pam que actuase como centinela, por si alguien se acercaba. Luego, él y Dave se acercaron igual que gatos; andando sigilosamente, a cuatro pies.

No se percibía sonido alguno dentro de la cueva. Pero, a medida que los muchachitos avanzaban, se acentuaba el olor a humo. Al girar, en un recodo vieron, en una esquina, un resplandor rojizo.

—¡Cenizas! —exclamó Dave—. Alguien encendió una hoguera, aunque luego se ha ido.

El chico recogió varias ramitas secas que encontró a mano y las colocó sobre el rescoldo. No tardaron mucho las ramas en prender en resplandecientes llamas y, al momento, el interior de la cueva quedó iluminado.

—Bueno. Ya veo que Papá Noel no está aquí —dijo Pete, desencantado. Y en seguida llamó a Pam—: ¡Entra! No hay peligro.



Cuando Pam entró en la cueva vio sombras danzantes en las paredes. Dave preparó antorchas para todos, encendiendo unas ramas en la hoguera, y los tres niños recorrieron la cueva.

Comprobaron que, al fondo, la cueva tenía otra salida, y allí volvieron a descubrir huellas de pisadas.

—Puede que no haga mucho rato que se marcharon —dijo Pam.

Los jóvenes investigadores hablaron sobre lo que convenía hacer entonces. Dave estaba interesado en seguir durante un trecho aquellas pisadas, y eso fue lo que hicieron. Al cabo de unos minutos, los detectives llegaron a la carretera de Clareton. Allí desaparecía la pista.

—Alguien debió de recoger a esos hombres y a Papá Noel —comentó Pete—. Creo que lo mejor es ir a casa y decirle al oficial Cal lo que hemos averiguado.

Los otros estuvieron de acuerdo. Mientras regresaban por donde llegaron, cada uno de ellos mantenía los ojos bien abiertos, por si encontraban más pistas, demostrativas de que estaban sobre el buen camino.

—Porque, después de todo —dijo Pam, siempre comprensiva—, ese chanclo perdido puede ser de una persona inocente.

—Y el trineo que ha dejado esos surcos, podría no ser el que robaron —añadió Dave.

Otra vez los niños encendieron las antorchas en la hoguera y recorrieron la cueva. De repente, Dave se agachó, exclamando triunfante:

—¡Mirad lo que he encontrado! ¿No es la punta de un cuerno de reno?

Y Dave mantuvo en alto su hallazgo.

—¡Tienes razón! —gritó Pete—. Dave ha demostrado que éste ha sido el escondite de los ladrones.

Muy emocionados, los niños continuaron buscando, lentamente, para que no se les pasase nada por alto. Ya estaban casi al final de la cueva, cuando Pam vio, en el suelo, un trocito de papel casi completamente cubierto por el polvo. La niña lo recogió y, después de sacudirlo para limpiarlo, se dio cuenta de que era un recorte de periódico.

—¿Qué dice? —preguntó Pete.

—Creo que es el anuncio que el señor Tash puso en el periódico, pidiendo un Papá Noel, pero la parte del nombre está rota.

—Puede que los ladrones pensaran en venderle al señor Tash nuestro Papá Noel, y luego no se atrevieron.

Pam se guardó el papel en el bolsillo y los tres siguieron adelante. No encontraron nada más, y el grupo volvió a casa en el

trineo a vela.

Entre tanto, los demás Hollister estaban viviendo unos minutos muy emocionantes. Reunidos en la sala, escuchaban a Sue, que estaba sin aliento.

—¡He encontrado otra nota! La llevaba «Domingo» —gritaba la pequeñita—. ¡Leed! ¡Leed!

Jean cogió el mensaje y leyó:

AUNQUE EN SHOREHAM SOY FORASTERO,
LLEVADME AL PESEBRE DE NAVIDAD.
OS PROMETO HACERLO MUY BIEN
SI EN EL CONCURSO YULE ME HACÉIS…

Y. I. F.

—Este mensaje es más largo que los otros —comentó Teddy—. Y. I. F. está impacientándose.

—¿Creéis que la palabra que falta puede ser «cantidad»? —preguntó Jean.

—No suena bien —contestó Holly, sacudiendo sus trencitas.

—Pues ¿qué otra palabra rimará? —preguntó Teddy—. Vanidad, sinceridad…

Ricky dio un salto y un grito indio.

—¡Canastos! Ya lo tengo. La palabra es «participar».

Y recitó:

«Aunque en Shoreham soy forastero,
llevadme al pesebre de Navidad.
Os prometo hacerlo muy bien,
si en el concurso Yule me hacéis participar».

—Pero eso, ¿qué quiere decir? —preguntó Jean, intrigada.

Ya entonces Ricky, Holly y Sue bailoteaban alegremente un zapateado, y entre risas explicaron a sus primos lo que sabían sobre el pesebre navideño que se hacía en la zona verde de la población, junto al árbol de Navidad.

—Debe haber un concurso para los animales que van allí —reflexionó Ricky—. Y ese Y. I. F. quiere que apuntemos a «Domingo» para el concurso.

En aquel momento entró en la habitación la señora Hollister. Holly se apresuró a contarle todo lo que habían descubierto y añadió:

—Mamá, ¿podemos apuntar al burro para el concurso?

Como la señora Hollister contestó que sí, los niños se pusieron a toda prisa los abrigos y corrieron a la zona verde de la ciudad. Estaba deslumbrador el gran árbol, adornado con tantas luces de colores, y el pesebre quedaba precioso, gracias al foco que lo iluminaba.

Aquella vez estaba allí la señora Morris, y Ricky corrió a hacerle preguntas sobre el concurso. La señora le contestó que durante unos cuantos días iban a necesitarse en el pesebre un asno, una vaca y una oveja.

—Claro que el jurado sólo puede elegir un animal de cada clase. Esta noche se tomará la decisión.

—Esta noche… —murmuró Ricky, tragando saliva—. Entonces, ¿ya es demasiado tarde?

—Demasiado tarde ¿para qué? —preguntó la señora Morris que, luego, se quedó mirando fijamente al pecoso e hizo otra pregunta—: ¿Eres tú el chico que tiene aquel burro tan simpático?

—Sí, soy yo.

—Y ¿quieres que tu burro tome parte en el concurso?

—Sí. Sí, señora.

La señora Morris sonrió.

—Pon tu nombre y dirección y el nombre del burro en este papel, haz el favor.

—¿Puedo poner el nombre de mi hermana? —preguntó Ricky—. El burro, en realidad, es de Sue.

—Ponlo, claro.

Al terminar, Ricky entregó el papel a la señora Morris y preguntó:

—¿Cuándo…? —Tragó saliva porque estaba muy apurado, y por fin consiguió decir, de un tirón—: ¿Cuándo sabremos si…?

En vista de que Ricky no acababa de explicarse, la señora Morris dijo, risueña:

—A los ganaderos se les dará la noticia esta noche. Hacia las nueve, supongo.

ACROBACIA ANIMAL



Le fue imposible a la señora Hollister conseguir que sus hijos y sus sobrinos se acostasen aquella noche a una hora razonable. Todos, menos Sue, se quedaron levantados, hablando y mirando continuamente el reloj.

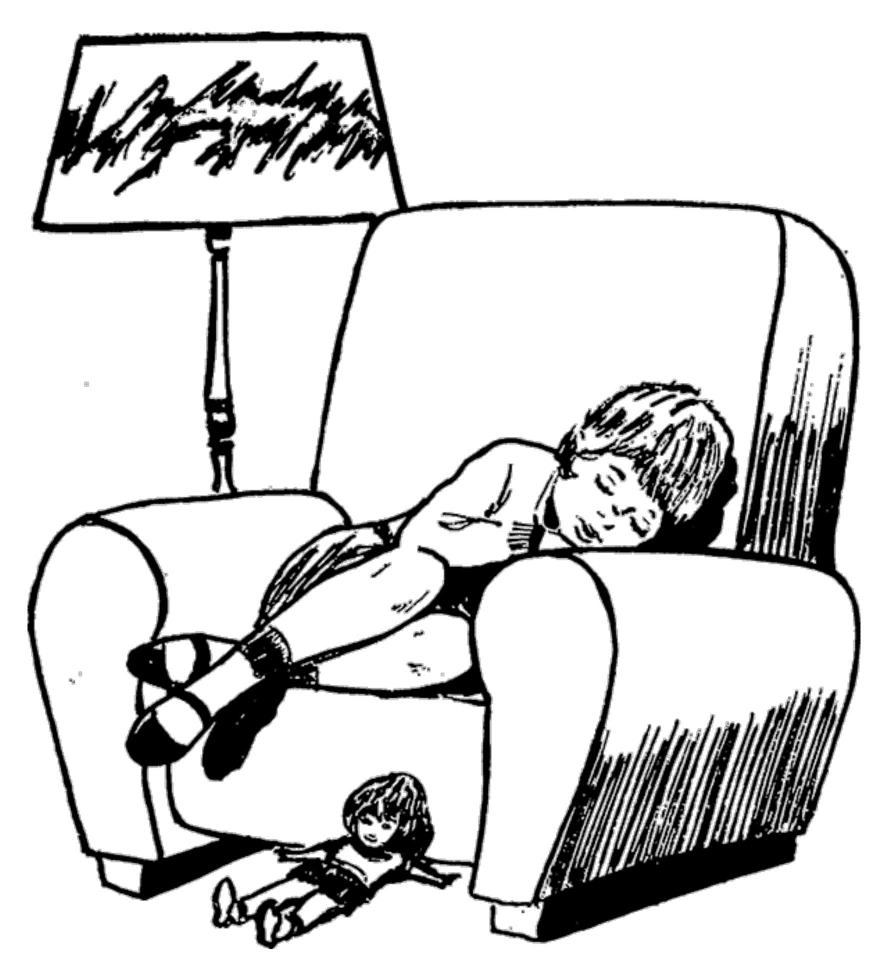
La pobrecilla Sue se había acurrucado en una butaca de la sala. De vez en cuando daba una cabezada, a punto de quedar dormida, pero volvía a despejarse, con un esfuerzo. De vez en cuando se levantaba para preguntar:

—¿Todavía no son las nueve?

Y alguno de los mayores le contestaba:

—No. Ya te avisaremos.

Entre tanto, Pete y Pam habían contado sus aventuras de aquella tarde, y telefonearon al oficial Cal. El joven policía quedó muy asombrado por los nuevos descubrimientos hechos por los Hollister, y prometió que la policía seguiría la pista desde donde los niños la habían dejado.



A las nueve menos cuarto sonó el timbre de la puerta. Todos se pusieron en pie, de un salto. ¿Quién podía visitarles a aquellas horas?

Mientras Pete abría, todos escucharon con atención.

—Hola, Pete —dijo una voz de hombre—. Se me ha ocurrido pasar a veros para hablar un momento sobre vuestro burro.

Al momento, una riada de chiquillos corrió al vestíbulo. Y todos se sorprendieron al ver que era el oficial Cal quien entraba. ¿Traería noticias del concurso? ¿Tal vez noticias malas?

El policía dio a todos las buenas noches y se dirigió a Ricky.

—Tengo entendido que has enseñado algunos trucos a «Domingo».

Ricky quedó atónito.

—Sí, sí —repuso—. Pero ¿cómo lo ha sabido? Yo lo guardaba como una sorpresa. Era el regalo de Navidad mío para mi familia.

—Lo lamento mucho —se disculpó el policía—. Me lo dijo el encargado de la lavandería. Resulta que se piensa dar una función para los niños enfermos del hospital, y he pensado que tal vez te gustara que tu burro hiciese una exhibición.

—¡Canastos, claro que me gustaría! —De repente, Ricky se puso muy serio y preguntó—: ¿Cuándo va a ser la función? A lo mejor no puedo llevarle. Estamos esperando… —Ricky miró el reloj. Eran las nueve menos cinco—. Esperamos que «Domingo» sea elegido para el pesebre.

—Ya… La función es mañana por la tarde. Precisamente yo pensaba pedirle a tu maestra que te dejase salir más temprano.

Ricky sonrió.

—A lo mejor podemos hacerlo, aunque le elijan para el pesebre —dijo.

La señora Hollister, que también había acudido al vestíbulo, apoyó una mano en el hombro de su hijo y le preguntó:

—¿Has estado enseñando trucos al burro?

—Sí. ¡Y lo hace muy bien! —dijo el pelirrojo, lleno de orgullo.

En aquel instante sonó el teléfono. Todos los niños acudieron corriendo, pero la señora Hollister dijo que debía ser Sue quien contestara. Los dedos gordezuelos de la pequeña descolgaron el auricular.

—Diga… Soy Sue… —Hubo una larga pausa—. ¡Eeeeh! ¿Que «Domingo» va a estar en el pesebre?

Sue estaba tan emocionada que dejó caer el auricular y se volvió a su familia, gritando:

—¡«Domingo» ha resultado elegido!

Al momento se produjo un gran estruendo. Todos hablaron, saltaron y rieron a un tiempo, y la señora Hollister tuvo que tomar el teléfono para poner las cosas en claro. La señora Morris preguntó si los niños querrían llevar a «Domingo», con su manta-abrigo, a las cinco de la tarde siguiente, al pesebre.

—Nosotros cuidaremos bien de él —prometió.

Y la señora Hollister aseguró:

—Allí estará, a la hora que usted dice. Y muchas gracias. Nos sentimos orgullosos de que nuestro animalito tome parte en el pesebre de Navidad.

Mientras tanto, los niños continuaban palmoteando y estrechándose las manos. Cuando se apaciguaron, Ricky dijo a Cal que llevaría a «Domingo» al hospital, para que hiciese una exhibición ante los enfermitos, antes de dejarlo en el pesebre.

—Magnífico —contestó el oficial, abriendo ya la puerta, para marcharse—. Por la mañana se lo notificaré yo al director.

A la mañana siguiente, todos los hermanos de Ricky insistieron en que se les dejase ver las proezas de «Domingo».

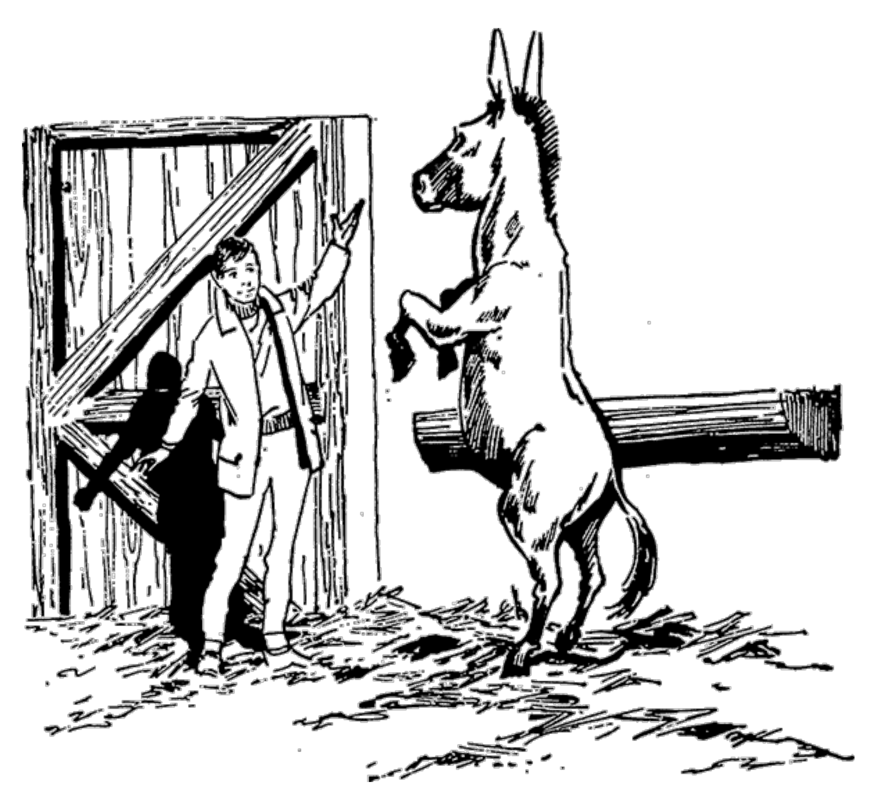
—Está bien —accedió Ricky.

El pequeño cogió del frigorífico una botella de gaseosa y abrió la marcha hacia el garaje. «Domingo» rebuznó, dándoles los buenos días, y Ricky le dijo:

—Hola, amigo. ¿Hacemos unos cuantos juegos?

Inmediatamente levantó el burro la pata derecha, como quien va a dar un apretón de manos. Ricky le tomó la pata, afectuosamente, y luego ordenó:

—¡Arriba, burrito!



«Domingo» se irguió sobre sus dos patas traseras y caminó detrás de Ricky por todo el garaje. Los demás aplaudieron y rieron.

—Ahora, jugaremos a la escuela, «Domingo» —dijo Ricky, y volviéndose a su auditorio, anunció—. Señoras y caballeros, van a ver cómo domina la aritmética este burro. «Domingo», ¿dos y dos son cinco?

El animal sacudió vigorosamente la cabeza de un lado a otro.

—¿La respuesta exacta cuál es? ¿Cuatro?

Esta vez «Domingo» cabeceó de arriba abajo y los niños prorrumpieron en exclamaciones admirativas. A continuación, Ricky dijo que iba a demostrar a todos lo inteligente que era el burro.

—¡Mirad! —gritó, al tiempo que ofrecía a «Domingo» la botella de gaseosa.

Con un penetrante rebuzno, «Domingo» sujetó la botella entre los dientes y sostuvo la parte inferior con las patas delanteras. Entonces echó hacia atrás la cabeza y la botella quedó destapada.

—¡Es listísimo! —declaró Sue.

Sin derramar una sola gota, «Domingo» se llevó la botella a la boca y apuró la gaseosa.

—¡Es estupendo! —afirmó Pete, felicitando a su hermano.

Y Pam añadió:

—A los niños del hospital les va a gustar tu representación.

—Es el mejor regalo de Navidad que podías habernos dado, Ricky —declaró Holly.

A media tarde, los niños Hollister se encontraron en la zona verde de la población. Ricky dijo que todo había ido muy bien en la representación para los niños enfermos.

—Debes haberles hecho muy felices —dijo Pam.

En el pesebre había ya una ternerilla marrón y blanca y un lanoso cordero.

—¿Verdad que son guapines? —comentó Sue—. Y «Domingo» va a estar igual que ellos.

La señora Morris dijo que estaba segura de que todos los animales del pesebre iban a ser muy buenos amigos. Estaban los niños contemplándolo todo, admirativos, cuando una voz jovial, dijo:

—Buenos días a todos.

Al volverse, se encontraron frente a Indy.

—Es un hermoso pesebre —afirmó el indio—. Y me alegro de que «Domingo» haya ganado el concurso de burros. Por cierto, que tengo una sorpresa para vosotros. «Domingo» va a tener un regalo de Navidad.

—¿Se lo traerá Papá Noel? —preguntó Sue.

El indio movió negativamente la cabeza.

—No. Yo.

—¿Qué es? ¿Qué? —preguntó Pam, impaciente.

Pero Indy, haciendo un guiño burlón, contestó:

—Es un gran secreto.

—Anda, Indy, dínoslo —pidió Holly.

Pero Indy siguió diciendo que no con la cabeza. Los niños, lo mismo que «Domingo», tendrían que esperar hasta la Nochebuena. Después de decir adiós, Indy se alejó.

Los Hollister dieron las buenas noches a su burro y también se

marcharon.

Al llegar a casa encontraron al tío Russ ocupado en dibujar una tira de historietas. Era la historia de un mono, que vivía en una palmera cocotera, y le gustaba dejar caer cocos sobre las cabezas de los que pasaban cerca. Pero un día un muchacho subió al árbol y puso miel en todos los cocos.

—Y cuando el señor Mono agarró un coco, quedaría extrañadísimo —dijo Ricky, riendo.

—Y así nunca volvió a ser malo —dijo Sue, concluyendo el cuento por su cuenta—. Estoy contenta de que el niño pusiera miel en los cocos.

A la hora de cenar, la niñita preguntó a su padre cuándo iban a ir a recoger su árbol de Navidad, y el señor Hollister dijo que consideraba que ya era hora de ir a buscarlo. Tío Russ se ofreció a llevar a los niños a casa del señor Quist, el día siguiente, en cuanto salieran del colegio.

—Así podremos adornarlo el viernes —propuso Holly—. Es el último día de escuela y saldremos temprano.

El jueves fue día de celebración en la escuela Lincoln. Los alumnos, repartidos en grupos de veinticinco, se reunieron en las distintas aulas. Los Hollister, sus primos y Dave Meade pasaron la última hora de la tarde en la biblioteca.

¡Qué alegre y atractiva había dejado la señorita Allen la biblioteca, adornada con motivos navideños! Cañitas envueltas con papel de caramelo a rayas blancas y rojas, aparecían dispersas sobre los cristales, en medio de pequeñas figuras de Papá Noel y bolitas de algodón que imitaban nieve. En un extremo de la habitación había un árbol de Navidad, también adornado.

Dave Meade, que había llevado su acordeón, estuvo tocando villancicos. Los niños cantaron durante un rato. Luego se entretuvieron haciendo juegos. Luego la señorita Nelson dijo:

—Necesito dos voluntarios para que me traigan una gran caja.

—¡Yo me ofrezco! —dijo Pete de inmediato.

—¡Yo también! —gritó Teddy.

Una vez que la maestra les hubo dado instrucciones, Pete y Teddy salieron al vestíbulo. Los dos volvieron al poco rato con una gran caja de cartón, que colocaron delante del árbol navideño.

—¡Palomitas de maíz! —exclamaron los alumnos.

La caja estaba llena de bolas de caramelo, en cuyo interior se veían muchas palomitas de maíz.

—¡Qué suerte! Estoy deseando comerme una —confesó Pam.



La señorita Allen dijo que había una bola para cada uno, y los niños se pusieron en fila. Pam se dio cuenta, entonces, de que Joey y Will Wilson estaban en la fila. Sabía que ninguno de los dos chicos les había correspondido pasar aquella hora en la biblioteca y se preguntó si habrían ido allí sólo por obtener doble ración de palomitas.

Un grupo de niñas, entre ellas Jean, se había enlazado de la mano y bailaban en corro, ante el árbol de Navidad. Joey y Will, al recibir su maíz, se fueron a su rincón, no lejos del árbol.

«¿Qué estarán tramando?», se preguntó Pam, viéndoles cuchichear y reír.

Y no tardó en tener la respuesta. Joey sacó de su bola de palomitas con caramelo un trocito pegajoso y lo lanzó contra las niñas que bailaban. ¡Plop! El trocito fue a parar sobre el cabello de Jean, en el momento en que el director entraba en la biblioteca.

—¡Vaya! —protestó Jean, luchando por arrancarse la masa pegajosa.

—¡Ven aquí, Joey! —llamó el señor Russell, muy severo; y cuando Joey, con la cabeza inclinada, se aproximó, el director le dijo—: ¿Ni en una fiesta navideña sabes comportarte como es debido?

—Sólo queríamos gastar una broma —dijo Joey.

—Una fiesta de esta clase no se presta para hacer chabacanadas —respondió el señor Russell—. A vosotros no os correspondía estar en esta habitación. A ver; tú y Will Wilson, salid inmediatamente de la escuela.

Cuando Joey pasó junto a Ricky Hollister, el pecosillo le hizo una mueca burlona.

—Esta vez no te has salido con la tuya —murmuró, sonriente.

Al concluir la fiesta, los Hollister encontraron a tío Russ a la puerta de la escuela. Sue le acompañaba. Todos se acomodaron en el coche del tío. En el suelo llevaban un hacha que habrían de emplear para cortar el árbol.

—Primera parada: La granja de los Quist —anunció tío Russ.

No les costó mucho llegar a la granja.

Cuando todos salieron del coche, Holly dijo:

—¡Teddy, Jean, venid; os enseñaré dónde está nuestro árbol!

Y Holly corrió hacia el bosque.

—¡Eh, espéranos! —gritó Pam.

Holly tenía piernas muy veloces y los demás tuvieron que esforzarse para intentar darle alcance. De repente, la pequeña se detuvo en seco y susurró, con espanto:

—¡Mirad, veo los renos que nos robaron!

LOS HOLLISTER EN ESCENA



Todos corrieron, al lado de Holly, que miraba fijamente a lo lejos. En un claro podían verse tres hermosos ciervos y dos cervatillos, situados de espaldas a los niños.

—¡Son de carne y hueso! —opinó Pete—. No son nuestros ciervos, Holly.

Sin embargo, los gráciles ciervos permanecían tan quietos que, realmente, parecían figuras talladas.

—¡Qué hermosura! —exclamó con admiración Pam.

—¡Yo «quero» uno! —declaró Sue, muy decidida.

La vocecilla chillona de la pequeña asustó a los animales, que volvieron la cabeza y contemplaron a los Hollister. Luego brincaron entre la arboleda y desaparecieron.

En aquel momento apareció el señor Quist. Saludó a los Hollister de Shoreham y éstos le presentaron al tío Russ y a sus primos.



—Hemos venido a buscar nuestro árbol —dijo Ricky.

—Pues, ¡adelante! —dijo el señor Quist, riendo—. Ya sabéis dónde está.

Ricky fue el primero en encontrarlo. El árbol todavía conservaba la tarjeta con el nombre de los Hollister.

—¿Puedo cortarlo yo? —preguntó Ricky a su tío.

—Sí, si sabes hacerlo. ¿Dónde está el hacha, Pete?

El muchachito fue al coche a buscarla. Cuando regresó, tío Russ dijo:

—Bien, Ricky. Vamos a ver qué tal leñador eres.

Ricky se quitó el guante derecho y agarró firmemente el hacha por el mango.

¡Chas! ¡Chas! ¡Chas! Ricky empezó a cortar el árbol por la base. Pero estaba tan impaciente por acabar que daba los hachazos demasiado apresuradamente. ¡Cloc! El canto romo del hacha le alcanzó en la rodilla.

—¡Ayy! —gritó el pequeño, dejando caer el hacha y empezando a dar saltitos a la pata coja, para dominar el dolor. Finalmente, tomó el hacha y se la entregó a su hermano.

—Toma, Pete. Corta tú lo que falta.

¡Tac! ¡Tac! ¡Tac! Las astillas saltaban sin interrupción de la base del árbol, y pronto Pete gritó:

—¡Árbol va!

Y todos se apartaron. Todos, menos tío Russ y el señor Quist que sujetaron el tronco, inclinándolo con cuidado, hasta posarlo sobre la nieve esponjosa, para que no se rompiese ninguna rama.

—Y ¿cómo vamos a atar el árbol al coche? —preguntó Teddy.

El señor Quist dijo que él tenía algunas cuerdas fuertes, adecuadas para tales casos. Mientras él iba a buscarlas, Pete, Teddy y el tío Russ se encargaron de subir el árbol al coche. El árbol ocupaba toda la parte superior y sobresalía hasta el capó del coche.

—Nunca hemos tenido un árbol tan grande, zambomba —declaró Pete, entusiasmado.

Cuando llegó el señor Quist con la cuerda, Pete y Teddy la colocaron sobre el tronco, metieron cada extremo por una de las ventanillas y la ataron en el interior del coche.

De pronto, Sue, con los ojillos brillantes, pidió:

—Vayamos a ver a la señora Quist. Dijo que la visitásemos, cuando viniéramos a buscar el árbol.

Pero, cuando los niños se disponían a ir a la casa, el señor Quist les dijo que su esposa había salido a hacer compras de Navidad y no volvería hasta la hora de cenar. Desencantados, los Hollister subieron al coche, después de despedirse del señor Quist. Habían recorrido un corto trecho hacia Shoreham, cuando Pam dijo:

—Me gustaría saber por qué aquellos chicos de allí señalaban en nuestra dirección.

—Y, mirad; el hombre del coche que pasa junto a nosotros, también nos señala —dijo Pete.

—Debemos llevar algo mal. ¿Será que el árbol se ha soltado?

No habían tenido tiempo de comprobarlo, cuando oyeron un fuerte batacazo y Jean gritó:

—¡El árbol se ha caído!



—¡Dios quiera que no se haya estropeado! —murmuró Pete.

Tío Russ ya había parado el coche y todos se aglomeraron en torno al precioso árbol navideño. Los chicos lo volvieron hacia uno y otro lado, comprobando que sólo se habían roto unas pequeñas ramitas, y dieron un suspiro de alivio. Pete y Pam lo llevaron hasta el coche.

—Esta vez lo ataremos mejor —dijo tío Russ, y ayudó a los chicos a pasar dos veces la cuerda sobre el tronco. Luego la ató fuertemente—. ¡Todo listo!

—¡Adelante! —gritó Ricky.

Y una vez más se encaminaron a Shoreham. ¡Qué alegría manifestaron la señora Hollister y tía Marge cuando los niños llevaron a la casa el hermoso árbol de Navidad!

—¿Dónde lo instalaremos? —preguntó Pam a su madre.

La señora Hollister sugirió que se colocara en una esquina de la sala, entre los dos grandes ventanales.

Ricky fue al sótano y regresó con una base metálica para el árbol.

—Podríamos adornarlo esta noche, mamá —propuso Pete.

—Nos llevaría demasiado rato, hijo —contestó, sonriendo, la madre—. Pero ahora podríamos colocar las luces.

Cuando llegó el señor Hollister, el árbol era un gigante deslumbrador, lleno de bombillitas en forma de velas, de color azul, rojo, verde y blanco.

—Espléndido —comentó el padre.

—Y mañana «poneremos» los «angeles» y todo —explicó Sue con desparpajo—. Pero primero iré con mamita y tía Marge a ver la «fundición» de la escuela.

Los niños se echaron a reír y Pam corrigió:

—Se dice función, querida.

A la mañana siguiente, en el colegio, todo era nerviosismo. Todos los alumnos entraron en fila en la sala de actos, menos aquellos niños que tenían algún papel en la representación. Los visitantes se sentaban en la parte de detrás.

Se levantó el telón y, una tras otra, las diferentes clases fueron haciendo su exhibición. ¡Cuánto aplaudió todo el mundo cuando la clase de Holly representó la Navidad en Suiza! Holly hizo perfectamente su papel de Lucy.

Cuando la clase de Ricky puso en escena la costumbre de dejar alimento para los pájaros en lo alto de una pértiga, hubo una gran sorpresa. Dos graciosos periquitos picotearon el grano y luego revolotearon entre el público. Uno fue a posarse en el hombro de Sue, que rió, encantada.

La clase de Pam hizo una hermosa escena de la Natividad. Pam era la Virgen María, o «Madonna», como la llaman los italianos. Toda su familia se llevó una agradable sorpresa, porque Pam no había dicho a nadie que tenía aquel papel.

La actuación de la clase de Pete fue la última. ¡Cuánto ruido y zapatazos! Primero, un grupo de niños, vestidos de holandesitos, se ocuparon, delante del público, de llenar sus zuecos con heno y zanahorias. Luego dejaron los zuecos y un cuenco de agua en el

porche de sus casas, para el caballo del obispo. Cuando apareció el «corcel», con el «obispo» sobre sus lomos y el muchachito «moro» detrás, Sue gritó:

—¡Las patas de detrás son de mi hermano, con los pantalones blancos!

Todo el público estalló en risas y el «caballo» efectuó una danza que a punto estuvo de hacer caer a tierra al jinete. Cuando, después, cayó el telón, el público aseguró que aquélla había sido la mejor representación que hiciera nunca la escuela.

Los Hollister dijeron adiós a sus maestras y, después dé desear a todo el mundo unas felices vacaciones de Navidad, corrieron a casa para adornar el árbol. Por el camino se detuvieron a ver cómo estaba «Domingo».

—Es más bueno que el oro —les aseguró la señora Morris, y esta comparación hizo felices a los niños.

Al llegar a casa, Pam y Jean sacaron del cuarto de los trastos las cajas con los adornos y empezaron a abrirlas.

—Será mejor que primero extendamos periódicos debajo del árbol, para que la alfombra no se ensucie —dijo Pam, sensata como siempre.

Pete se ofreció a llevar los periódicos. Al tomar unos ejemplares atrasados, se fijó en que uno era de la ciudad de Clareton. Volvió a la sala y extendió los periódicos por el suelo. Entre tanto, Teddy había encontrado una escalera de mano.

—Primero pondremos la estrella, en lo más alto —dijo Pam, sacando el brillante adorno de una de las cajas.

Subió por la escalera y fue a prender la estrella en la parte más elevada del árbol.

En aquel momento, Holly y Ricky decidieron jugar al escondite detrás del árbol. Holly se había escondido tras las ramas más espesas y Ricky gritó:

—Te veo, Holly. Una dos y… ¡tres!

La pequeña salió a la carrera de su escondite, y al hacerlo tropezó con la escalera, que se tambaleó.

—¡Ayy! —gritó Pam, perdiendo el equilibrio.

Y se habría dado un buen golpe en el suelo, de no ser porque Pete la sostuvo.



Pam volvió otra vez a lo alto de la escalera y, por fin, la estrella quedó bien colocada. Cuando su hermana bajó, Pete se ocupó de colgar unas bolas de alegres colores en las ramas altas. Los demás ya estaban poniendo plateadas tiras de hojalata en las ramas inferiores.

—¿Verdad que queda bonito? —preguntó Jean, admirativa.

Pete conectó las luces y el árbol se encendió y apagó repetidamente.

—¡Mamá! ¡Tío Russ! ¡Tía Marge! —llamó Sue—. ¡«Vinid» a ver!

—Queda perfecto —declaró la señora Hollister al llegar, a toda prisa.

Algunas pinochas habían caído en los periódicos que colocaron

bajo el árbol. Al empezar a recogerlas, Pete se fió en el anuncio que se leía en el periódico de Clareton.

—¡Eh, leed esto! —gritó a los otros.

Pam se inclinó para ver el punto señalado.

DEMANDAS: SE NECESITA UN GRAN TRINEO Y SUS CIERVOS PARA DECORACIÓN NAVIDAD. CALLE DEL VALLE, 22.

—¡Pam! —gritó Pete—. ¿Tienes todavía aquellos recortes que encontramos en la cueva?

—Sí.

De repente, lo que Pete estaba pensando apareció muy claro también para Pam. El arrugado papel con el anuncio que ella había encontrado no era el que el señor Tash puso en «El Águila de Shoreham», sino un duplicado del anuncio de un periódico de Clareton.

—¡Pete, puede que los ladrones hayan llevado nuestro Papá Noel a ese pueblo!

En seguida buscó el papel arrugado que había guardado en el bolsillo de su chaqueta. Era el mismo anuncio.

—Es muy extraño —comentó tío Russ.

La señora Hollister y tía Marge asintieron. Los otros niños estaban demasiado sorprendidos y no pudieron decir nada.

—Hay un solo medio de saber si vuestra corazonada es cierta —dijo el tío—. Iremos inmediatamente a Clareton.

Todos los niños suplicaron que se les dejase ir y, sin pérdida de tiempo, se pusieron abrigos y gorros. En el último momento, Pete subió a su cuarto a recoger la punta de cuerno de ciervo que su amigo Dave había encontrado en la cueva.

Una hora les llevó llegar a las afueras de Clareton. Una vez allí, tío Russ preguntó dónde estaba la calle Valle. Cuando se lo dijeron, los niños prestaron atención a todos los lugares por donde pasaban. Estaba demasiado oscuro para poder ver los números de las casas, pero la gente ya había empezado a encender las luces para que pudieran contemplarse sus adornos navideños.

De súbito, Ricky empezó a gritar:

—¡Allí está! ¡Allí lo veo!

Al fondo de un jardín se veía un Papá Noel, con todos sus complementos, que parecía el que habían robado a los Hollister. Tío Russ detuvo el coche.

Pete saltó a tierra, apretando entre sus manos el pedacito de cuerno de reno.

—Lo averiguaré en un momento —dijo, hablando por encima del hombro. Y cruzó el jardín corriendo.

SE DESCUBRE QUIÉN ES Y. I. F.



—¡Encaja! —gritó el mayor de los Hollister, apoyando el trocito de cuerno en uno de los del primer reno—. ¡Es el nuestro!

Todos prorrumpieron en exclamaciones, y entonces salió una mujer.

—¿Qué quieres decir con eso de que es el vuestro? Es para mi nieta, que viene a visitarnos esta Navidad.

El grupo se volvió a mirar. Al ver la severa expresión de la señora, todos quedaron algo amilanados.

Pero, un instante después, Pam reaccionó y empezó a explicar a la señora por qué estaban tan seguros de que aquel Papá Noel les pertenecía. En aquel momento se acercó tío Russ y se presentó a sí mismo y a los niños. La mujer dijo que era la señora Stanley.

—Mi hermano es el propietario del Centro Comercial de Shoreham —explicó tío Russ.



—Ah, sí. He estado allí —contestó, sonriendo, la señora Stanley —. Por favor, entren y cuéntenme.

Entre Pete y Pam relataron todo lo ocurrido.

—¿Y decís que uno de los ladrones era alto y llevaba un jersey rojo? —preguntó la señora Stanley.

—Eso es lo que pensamos —fue la respuesta de Pete.

Entonces le llegó a la señora el turno de explicar una historia sorprendente. Dos hombres, uno bajo y el otro alto y con un jersey rojo, se habían presentado en su casa unas noches atrás para explicar que habían leído el anuncio del periódico de Clareton y que tenían un Papá Noel para vender.

—Mi marido les pidió que lo trajesen en seguida, pero ellos contestaron que no podrían hacerlo hasta muy entrada la noche, porque tenían que pedir prestada una camioneta para transportarlo.

La señora Stanley sonrió, apesadumbrada, y luego añadió:

—Me habéis convencido, niños, de que este Papá Noel es el vuestro. Esos hombres nos engañaron a mi marido y a mí. Nos dijeron que eran hermanos y que su familia había tenido este motivo decorativo durante muchos años.

La señora siguió dando explicaciones. Habían pagado un buen precio, que los dos hombres pidieron en efectivo. Ni ella, ni su esposo pidieron a los hombres nombre o dirección.

—Pero ¡casi lo había olvidado! Esos hombres volverán esta noche a buscar el resto del dinero. Mi marido no les pagó todo lo que pedían porque faltaban las cuchillas deslizantes del trineo. Seguramente las quitaron ellos mismos para disimular su robo. Quedaron en traerlas esta noche.

Tío Russ se puso en pie.

—En tal caso, lo mejor será que nos vayamos en seguida —dijo —. Esos hombres podrían reconocernos, y entonces no se acercarían.

La señora Stanley contestó que iba a telefonear a la policía, para que se hiciesen cargo de la captura de los ladrones.

—¿Cuándo nos llevaremos a Papá Noel? —preguntó Ricky.

—Mañana por la mañana. Vendremos Indy y yo a buscarlo, en la camioneta de tu padre —contestó tío Russ.

Les pareció larguísimo el camino de regreso a Shoreham, y en todo el trayecto ninguno de los niños supo hablar de otra cosa que no fuera de los ladrones y de las posibilidades de que les detuvieran. Cuando los pequeños entraban en la casa, en tropel, el señor Hollister les salió al encuentro, sonriendo alegremente.

—¿Qué? ¿Cómo están mis detectives? —preguntó.

—¡Hemos encontrado a Papá Noel! —respondió Holly.

—Y habéis descubierto a los ladrones —dijo el padre.

—¿Cómo? —preguntaron los niños, a coro.

El señor Hollister contestó que acababa de telefonear el oficial Cal. Éste le explicó que había recibido una llamada de la policía de Clareton, notificándole la captura de un hombre alto, con grandes chanclos, y de su compañero, bajo y ancho, vestido con un jersey rojo.

—Les han detenido en la casa de los Stanley. Ahora están en la cárcel. A los señores Stanley les han devuelto su dinero y se han

recobrado todos los regalos del trineo.

—Todo ha salido bien —dijo Pam, con los ojos resplandecientes Cuéntanoslo todo, ¿quieres, papá?

El señor Hollister dijo que los dos hombres habían admitido que robaron el Papá Noel aprovechándose de que casi toda la policía de Shoreham se encontraba sofocando el incendio, en el otro extremo de la población. En un camión habían llevado las mercancías robadas hasta la orilla del lago. Allí lo colocaron todo en el trineo y lo transportaron sobre el hielo.

Aquella noche, los hombres se habían ocultado en la Isla Zarzamora, y la siguiente noche estuvieron en la cueva de tierra firme.



—A trechos, llevaron el trineo en vilo, para evitar que se les pudiera seguir la pista. Pero, el oficial Cal me ha encargado de que

os diga que vosotros, hijos, habéis sido demasiado listos para esos ladrones.

Al día siguiente, Papá Noel y su trineo volvió a quedar instalado en el tejado del Centro Comercial, deslumbrante de luces.

Se colocaron en el trineo todos los paquetes, tanto los recuperados como aquellos que la gente había adquirido en los últimos días.

Era la Nochebuena. En las heladas calles de Shoreham resonaban villancicos. El Centro Comercial estuvo abierto hasta muy tarde, para que la gente pudiese adquirir los obsequios en los que pensaron en el último instante. El señor Hollister había anunciado por un altavoz que, a las siete, todos los regalos del trineo iban a ser distribuidos.

A las seis y media, Pam y Sue fueron al pesebre para llevarse durante una hora a «Domingo» y poder hacer el reparto con él.

Mientras tanto, los otros niños estuvieron muy ocupados. Pete y Ricky habían ido a casa a buscar el carrito. Teddy, Jean y Holly estuvieron bajando los regalos, desde el tejado del Centro Comercial, utilizando una cesta, que hacían subir y bajar con una gruesa cuerda.

Cuando todo estuvo dispuesto, se enganchó a «Domingo» y se metieron los regalos en el carro. Entonces, Pete y Sue montaron.

Pete tomó las riendas y se pusieron en marcha. Los demás niños corrieron tras el carro. Fueron deteniéndose de casa en casa. ¡Qué felices se mostraron los niños y niñas al encontrarse con su regalo!

Después de haber entregado todos los obsequios, los Hollister volvieron el burrito al pesebre. Mientras quitaban los arneses, un grupo de personas les rodeó.

Entre los observadores estaba Indy. Una vez que «Domingo» volvió a ocupar su puesto en la viviente escena navideña, el indio hizo señas a los niños para que le siguiesen.

—Tengo una sorpresa para vosotros —dijo—. Venid conmigo.

Cuando llegaron a la acera, Indy señaló el carro. Enganchado a él estaba el remolque que los niños habían pedido prestado para trasladar a «Domingo» desde el aeropuerto. En el remolque se veía un extraño paquete.

—¿Qué es? —preguntó Holly.

—Un regalo de Navidad para «Domingo». Un pesebre portátil. Podéis colocarlo ahora mismo en el garaje.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Holly.

Indy contestó que lo había hecho él mismo.

—Indy es «dorable» —declaró Sue, tomando la mano del indio.

Sonriente, él miró a todos los niños y dijo:

—¿Acaso no sabéis que yo soy para vosotros el indio fiel?

De repente, Pam, mirando a Indy a los ojos, dijo entre risas:

—Creo que ya he resuelto el gran misterio.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabes algo de las notas misteriosas que encontramos en el burro?

A Indy le brillaron los ojos, pero no contesto.

Entonces, Pam exclamó:

—Y. I. F. quiere decir: «Yo, el indio fiel». ¿No es verdad, Indy?

El bueno de Indy se echó a reír y repuso:

—Eres una chica inteligente, Pam.

—¡Zambomba! ¿Eres tú quien iba dejando esas notas en «Domingo»? —preguntó Pete—. Pero ¿cómo pudiste dejar la primera? ¿Es que estabas en el avión?

El indio contuvo la risa y repuso:

—Sí. Por coincidencia.

—¿Cómo pudo ser? —preguntó Ricky, que sabía que, por lo general, Indy estaba en el Centro Comercial todas las horas laborables.

—Os acordaréis que nos habíamos quedado con pocas existencias de patines, toboganes y trineos, en la tienda. Vuestro padre me envió con un pedido urgente, para que lo trajera en persona. El sábado por la mañana tuve la suerte de poder tomar un avión de carga con las mercancías de vuestro padre.

—¿Y «Domingo» iba en ese mismo avión?

—Has adivinado una vez más, Pam. Imaginaos la sorpresa que me llevé cuando el piloto del avión me dijo que el burro era para mis amigos, los Felices Hollister.

—¿Y entonces fue cuando tuviste la idea de poner esas notas misteriosas? —inquirió Pete.

—Sí. Veréis. En el Oeste, de donde yo procedo, nos gusta tener

siempre un burro en el pesebre de Navidad. Consideré que «Domingo» haría un buen papel eh el pesebre de Shoreham, pero, al mismo tiempo, quería preparar un jeroglífico para que vosotros lo resolvierais.

—Pues lo has hecho muy difícil —declaró Ricky.

Todos volvieron al pesebre, para echar un último vistazo al burrito, antes de darle las buenas noches.

Mientras le contemplaban, con ternura, Pam dijo a media voz:

—Ésta es nuestra mejor Nochebuena.

—¡Sí! La mejor —contestaron los otros, todos al unísono.

Y «Domingo» cabeceó varias veces.

—¡Aaaaaiiiiih!

Al verle abrir la boca, todos tuvieron la certidumbre de que el burro «Domingo» sonreía, dichoso.


FIN